

CONSTRUCCION NATURAL Y FIGURADA

DISCURSO INAUGURAL DEL CÍRCULO FILOLÓGICO

«Natura non facit saltus.»
(LINNEO.)

I

El Círculo Filológico Matritense, asociación modesta, pero llena de los mejores propósitos para lograr el adelanto de nuestra patria en conocimientos que un día cultivó como la nación que más en Europa, celebra hoy solemne inauguración de sus tareas en el presente curso, y fundada en mi nunca desmentida afición á los estudios que patrocina, impone sobre mis hombros la pesada carga, que de Atlante me parece, de llevar su voz en ocasión que acreditara, de seguro, la elocuencia y saber de cualquiera de sus profesores. Hablar hoy de filología es ardua empresa, porque pocas ciencias, si acaso alguna, han progresado tanto en tan breve tiempo, y quizá ninguna tiene á la vista horizontes amplísimos como ésta y fertilísimos é inexplorados terrenos que pueda llamar suyos. Por ella, como por firmísima escala, ascendemos desde la actual generación hasta las más antiguas, proporcionando á la historia datos con que escribir sus anales de una manera fidedigna; por ella se reconocen hermanos los pueblos y como una familia las naciones, y con el lazo de la palabra invisible, pero el más fuerte de todos, como con guirnaldas de flores, se unen occidentales y orientales, antiguos y modernos.

¿Qué cultiva la filología? El verbo humano, á la vez expre-

sión de las ideas y vehículo de los sentimientos, recuerdo, voz de mando, plegaria, consejo, enseñanza de cuanto se comprende en el arte y en la ciencia. De las profundidades de nuestro espíritu sale armada la palabra, como algo que es de otro mundo, de la región celestial, para vivificar la materia. Siendo por sí misma un milagro, lleva consigo otro no menor, la escritura, y tales son aquél y éste, que benévolamente podemos perdonar la creencia de los que aseguraron ser los signos de la escritura y las voces del idioma don de la Divinidad y el máspreciado atributo de nuestra especie.

Escribe Moisés los primeros fastos de la humanidad con la mano que hizo brotar fuentes de la aridez del desierto: interrumpen sus penitencias los sabios de la India y las turbas se colocan á su voz en clases y en castas, ocupando unos las cumbres y otros los valles de las condiciones sociales; ocurrese á Mahoma escribir sus revelaciones, y los ídolos caen, el pueblo renace, la Arabia envía, no ya incienso y oro, sino conquistadores al remoto Occidente; aparecen allá en el Norte de Europa los *runas*, y quienes los escriben y leen, se preparan á tomar posesión de Alemania, de Francia, de nuestra patria, de Italia y Sicilia, y todos estos cambios de pueblos y de dominaciones obedecen al misterioso poder de la voz que manda y de la mano que escribe, porque si el acento del legislador no durase más que las vibraciones del aire, sólo quien hablase con él podría obedecer á su imperio.

El primer distintivo de la humanidad es la palabra; ella sola refutará eternamente los desvaríos de los que encadenan con la de otras irracionales la existencia de nuestra especie, por la palabra conocemos la razón, como por el humo la existencia del fuego. El mismo Redentor de la humanidad se llamó *verbo* del Padre y con este nombre le vislumbraron ya los más ilustres entre los filósofos antiguos.

El más sabio de los pueblos de nuestra raza en remotísimas edades, el indio, cultivó antes que ningún otro la ciencia de la palabra y tenía gramáticas y léxicos á tiempo que los griegos apenas balbuceaban el tosco lenguaje que más tarde resonó como el trueno en labios de Demóstenes, que suspiró como la brisa entre las cuerdas de la lira de Safo y de Alceo.

Cuando más tarde Platón discurría acerca de la palabra y revelaba alguno de sus misterios, parecía expresarse no sólo como filósofo, sino como sacerdote, y las manos cargadas de palmas de César, de Cicerón, de Varrón no dejaban de recorrer las páginas de los gramáticos, ni aun de escribir algunas, pensando los que tal hacían que no era menos gloriosa esta obra que la de escribir los anales del Imperio ó contribuir con hechos heroicos á que de día en día fuesen más interesantes y gloriosas.

Vana sería, en verdad, la ciencia de la palabra si no encerrase la ciencia de la idea; pero son tan inseparables que en vano pretendería rebajarse á la primera á un papel indigno de su preclara estirpe. El gramático no era para los pueblos que tanto le honraron mero sabedor de palabras, como no era sacerdote el que sólo conocía la liturgia, ni jurisconsulto el que sabía de memoria la letra y no conocía el espíritu de las leyes. Poetas y prosistas venían á rendir parias al gramático y le ofrecían el tesoro de su imaginación y de su ciencia; sin tal maestro, ¿cómo hubieran podido formarse tan ilustres discípulos? Á la influencia de los gramáticos se debía, cuando sabían serlo, que una pobre vendedora del mercado de Atenas conociese después de muchos años á un extranjero, que hablaba el dialecto ático puro y bebido en las mejores fuentes, y que se extendiese por toda la sociedad un espíritu de cultura que no tiene semejante en los tiempos modernos; ved si no el pueblo, ó mejor dicho, la plebe de París y de Londres: ¿habría muchos entre sus individuos que pudieran competir con la pobre vendedora de Atenas?

Que existe en las lenguas un *quid divinum*, elemento no bien estudiado todavía después de tantas investigaciones, lo prueba la perfección de algunas habladas por tribus de escasa cultura y el grosero artificio de otras usadas por naciones ilustradísimas. Así como en bosques no tocados por el hacha ni visitados por el sol crecen robustos y frondosos árboles de riquísimos frutos y aromáticas maderas provistos, mientras en los más trabajados jardines y olorosos huertos sólo á fuerza de muy penoso trabajo y cotidiana solicitud vegetan plantas raquíscas.

Que las lenguas son seres que viven, crecen, florecen y terminan como todos su existencia reproduciéndose en su posteridad; que hay en ellas tal fuerza de vida, que con pobres elementos pueden algunas expresar lo mismo que otras con riquísimo vocabulario y científica sintaxis, verdades son que hoy nadie niega. Que existe entre unas y otras un comercio que las enriquece y otro que las arruina, no de otra manera que á los pueblos acontece, es también un axioma por todos reconocido. Que son como la bandera y el signo de nacionalidad, como el blasón de pueblos y razas y como su árbol genealógico, es hoy evidente, pues á los gramáticos y filólogos se debe la demostración de tales principios, así como el descubrimiento de sucesos que había olvidado la historia y hoy recibe como presente de la filología.

Permítasenos citar aquí una frase de Lutero, dos comparaciones poéticas, aunque él no fuese poeta, y enérgicas, según él las concebía. Las lenguas son como el vaso que guarda los aromas y como la vaina de la espada, que oculta pero no embota sus filos.

Los gramáticos y filólogos son los que nos ofrecen esos perfumes, y en nuestra mano ponen esa arma triunfadora, con la que peleamos y vencemos.

Si la Edad Media no concedió gran importancia á los estudios filológicos, sin que por eso los descuidase absolutamente, porque San Isidoro, Casiodoro y otros nos desmentirían, en cambio el Renacimiento se adornó con ellos como con las mejores alhajas, y la luz que esparcieron iluminó el siglo de oro de Italia y el nuestro. ¿Qué son los mejores gramáticos del tiempo en que el latín se hablaba, al menos los que conservamos, excepto quizá Servio y Varrón, al lado de los que en ambos países florecieron? Verdad es que entonces Isabel de Inglaterra hablaba latín y griego, la Reina Católica aprendía el latín y dominaba su estudio, y poco después Francisco I se detenía respetuoso ante la morada de un sabio lingüista que se dedicaba á corregir las pruebas de un diccionario griego.

Semejantes los gramáticos á los exploradores del país de Canaán, á quienes sorprendió la lozanía de sus plantaciones de cereales y viñedos, después que saborearon los estudios del

griego y el latín, despertado ya el apetito para nuevos manjares, dedicáronse al cultivo de otras lenguas. Para el filólogo como para el cristiano, ya no hay romano ni griego, tártaro ni scita, libre ni esclavo; las lenguas de todos los países merecen estudio, y las pruebas nos las suministra en abundancia la historia de los dos últimos siglos. Mientras yacen, para no despertar acaso tan pronto, en la más crasa ignorancia los pueblos orientales, los occidentales interpretan sus libros; un día se presenta Anquetil Du Perron con los sagrados de los persas, otro día Colebrooke revelándonos los arcanos de la filosofía india; gran número de misioneros, tantos que no podríamos formar largo catálogo de sus nombres sin omitir á muchos muy célebres, enseñan y explican á los indígenas mismos, formando gramáticas y diccionarios, las lenguas de Asia, África, América y Oceanía; los misterios del etrusco desaparecen ante la escrutadora mirada de Lanzi; Klaproth, Remusat, Humboldt, nuestro Hervás y Panduro y otros, cuya familia por fortuna no se ha extinguido, juegan, por decirlo así, con gramáticas y vocabularios, lenguas y dialectos, y aparece por fin, sostenida en tan fuertes columnas, esa ciencia á la que erige nuestra sociedad el santuario en que nos reunimos.

Aunque jamás hubiesen estampado su planta en tan fértil terreno los ingenios españoles, merecería esta ciencia todos nuestros desvelos; pero mucho más cuando, lejos de ser extraña á nuestros padres, ellos la cultivaron con predilección y enseñaron á muchos pueblos á quererla. Raimundo Lulio promovió en la Edad Media la enseñanza de las lenguas orientales y consiguió que también la protegiese la Iglesia, reunida en Concilios ecuménicos, digno propósito de quien comenzó su carrera como sabio y la terminó como apóstol y con el martirio. Arias Montano y Jiménez de Cisneros y los que sirvieron de auxiliares á tales sabios, reunieron en torno suyo á los maestros del saber filológico de Oriente, que, cual otros *reyes magos*, entregaron en presente para la difusión de la Sagrada Escritura su ciencia incomparable. Todavía la Congregación de *Propagandâ fide*, debida al Papa Gregorio XIII, no existía. Aún no se conocían las sociedades que, bajo la

enseña del protestantismo, estimulan para las traducciones de la Biblia el estudio de las más extrañas lenguas. Españoles y portugueses nos dieron á conocer las del extremo del Asia, la malaya, la china, la japonesa. En Salamanca y Alcalá eran honrados los maestros de las clásicas, no como sabedores de palabras, sino como atinados intérpretes de la ciencia antigua; ilustres griegos y latinos hablaron nuestro idioma en multiplicadas traducciones. Nebrija y Simón Abril, á la cabeza de los intérpretes y gramáticos de nuestro país, acreditaron entre los eruditos la fama de nuestras escuelas y profesores. Y más adelante, cuando la gramática iba á convertirse en filología, Hervás y Panduro, como demostré en otra ocasión, reivindicaba para nuestro país la gloria de haber dado origen á la *filología comparada*. Los nombres de Pérez Bayer, Rojas Clemente, Cañas y algunos más que por más próximos á nosotros tal vez no conviene citar todavía, son los últimos restos de aquella tradición que hoy procura reavivar el círculo filológico. ¡Dios premie sus esfuerzos y aliéntelos el Gobierno de la Nación, á quien no puede ser indiferente ningún progreso en la enseñanza, y menos los que no son otra cosa que una renovación de la antigua ciencia de nuestras escuelas! Si hoy, por la relación en que viven todas las naciones europeas y americanas, el industrial y el comerciante están convencidos de que han menester el conocimiento de los idiomas extranjeros, si no se formula una ley sin consultar las análogas de otros países, si todos en periódicas exposiciones ofrecen los productos de su trabajo, si no hay distancias para la electricidad ni para el vapor, téngase en cuenta que gran parte de esta mayor comunicación entre las razas más separadas se debe al gramático y al filólogo, exploradores del verbo humano, de donde quiera que proceda y como quiera que se exprese.

II

Siguiendo la costumbre admitida en actos como el presente al inaugurar las tareas de una Asociación literaria ó científica, paréceme oportuno exponer á vuestra consideración,

en los reducidos límites que también fija la costumbre, un punto importante de la ciencia que estudiamos. Y como quiera que nuestro siglo es por esencia filosófico é investigador de rarezas y un tanto inclinado á censurar lo que no se ha forjado ni puede forjarse en sus moldes, teniendo en cuenta que las lenguas contemplan en la gramática general un eterno modelo que seguir, como todas las ramas del derecho en el llamado natural una regla á que acomodarse, he pensado (y perdonadme el error si lo he cometido) escoger como asunto de mi discurso, no un minucioso análisis gramatical de una lengua, sino un objeto más general y relacionado con la filosofía, y es: la construcción *natural* y la *figurada* de las palabras, piedras de que se forma la oración y todo el lenguaje humano.

Hay lenguas que reflejan en el discurso el procedimiento natural y lógico de la inteligencia al formar los conceptos; las hay que siguen un camino especial en su sintaxis, y en aquéllas y en éstas es característico el sistema. ¿Existe, por ventura, una construcción natural á que todas debieran atenerse? ¿Es un defecto, aun lógicamente considerada, la inversión de aquel orden? Concededme para discutirlo vuestra ilustrada benevolencia.

Para nosotros ni uno ni otro procedimiento deben ser exclusivos y ambos son naturales; pero ambos están expuestos á originar abusos que produzcan oscuridad en la manifestación del concepto ó afectación en el que los usa. Existe no un orden solo, no un solo procedimiento para expresarnos, cualesquiera que sean los recursos gramaticales de un idioma; pero la pasión es natural también y naturales deben ser los medios para expresarla. Ni hay lengua que no admita alguna especie de hipérbaton, ni la hay que del todo renuncie á la construcción denominada natural por los gramáticos. Y más diré; así como no hay reglas fijas para el uso del hipérbaton, tampoco existen preceptos completamente determinados para formar las oraciones por sintaxis *natural*, lo que prueba que este nombre no es tan exacto como á primera vista parece. En cuanto la oración consta de más partes que sujeto, cópula y predicado, en cuanto de alguno de estos miembros salen

á manera de ramas secundarias y con hojas y frutos, otras palabras, como de la higuera de los banianos; comenzamos á dudar acerca de la verdadera construcción natural y cada cual ordena *á su arbitrio*, como se decía en las aulas de gramática, los miembros de aquel conjunto.

La comunicación entre los hombres por medio de la palabra debe obedecer y obedece como instintivamente á las leyes de la lógica, pero no á las argucias de los dialécticos, á lo que San Ambrosio llamaba *philosophorum tendiculas*, á las fórmulas de los ergotistas, sucesores de los que aquel gran padre y elegante escritor censuraba. El profesor y el legislador son quizá los únicos que se proponen mandar y enseñar cuanto hablan; los demás casi siempre hablamos para persuadir y más que para ilustrar con la doctrina, para conmover con los afectos. El amor, el odio, la admiración, el temor, la esperanza pueden movernos y en efecto nos mueven, y el que con nosotros habla y en ocasiones análogas obedece á iguales impulsos, comprende esto perfectamente; la palabra sigue el camino que nuestros afectos le marcan, y no por eso es menos perceptible el concepto. Suele nuestro interlocutor responder á nuestras preguntas con una sola palabra, y en las lenguas que admiten casos para los nombres, emplea la misma desinencia que debiera tener si formase una sola oración con la pregunta, para no repetir todos los vocablos que fueran inoportunos. Cuando se halla ante nuestra vista un objeto muy complicado, nos fijamos tal vez exclusivamente en una sola de sus partes; pues no de otra suerte, al formar una oración, la comenzamos y concluimos por las palabras correspondientes á los objetos que más ó menos respectivamente han herido nuestra imaginación y excitado nuestros sentidos. ¿Se dirá por eso que faltamos á un precepto lógico, al seguir una ley que también nos enseña la naturaleza? Bueno es recordar que las grandes ideas provienen de los grandes sentimientos, y que muchos á quienes hubiera salvado el corazón ha perdido la cabeza.

Almas hay reconcentradas en sí mismas que ven desfilar como en ordenada procesión los conceptos de la inteligencia; nada falta en su puesto, nada pudiera ocupar otro lugar que

el señalado; las ideas son pocas y bien definidas, los efectos callan como el mar cuando ningún viento riza su igual superficie; así es la inteligencia cuando ningún afecto perturba su calma. Pero hay almas (y son tal vez las de superior temple) que viven más fuera que dentro de sí mismas, que no pueden ver sin admirar ni juzgar sin que la censura ó el encomio den colorido á sus juicios; son como el mar bajo el aliento de la tempestad, en que las olas no conservan el acostumbrado nivel, porque tampoco los vientos guardan el silencio de las horas de calma. No es ésta más natural que la agitación en el Océano; pero si una no sucediese á otra, ¿cómo sería posible la navegación y sin ella los maravillosos resultados del arte, que ha duplicado la extensión del mundo y servido de lazo á las más distantes regiones, como la palabra á las razas más diferentes?

La naturaleza es lo que es y no lo que los hombres quieren. El autómeta que concertadamente se mueve según ley fija, no es el *homo sapiens* del naturalista ni la criatura racional, que viviendo en un punto abarca el espacio y desde su presente de pocos días domina lo pasado y lo venidero. La palabra es flexible para el mando y para el ruego; la razón y la pasión la encuentran igualmente dispuesta en el momento en que la necesitan. ¿Qué tienen de parecido la sintaxis de Tácito y la de Tito Livio, la de Anacreonte y la de Demóstenes, la de La Bruyère y la de Fenelón, la de Saavedra Fajardo y la de Santa Teresa? ¿Qué la de un mismo autor en obras de diferente índole, que la de un capítulo con la de otro en la misma producción de un ingenio? (1).

¿Quién ha olvidado aquellos dos exordios contra todas las reglas bellísimos de Cicerón y de Fr. Luis de León, el *¿Quousque tandem?* y el *¿Y dejas, Pastor Santo?* que la perversidad

(1) Un gran fisiólogo de nuestros tiempos, Flourens, ha dicho: «El que siga la historia del ejercicio de nuestras facultades en los escritores que han vivido y escrito durante largo tiempo, en Bossuet, en Fontenelle, en Voltaire, verá como en uno mismo se suceden deferentes personajes, y que mientras unas facultades se debilitan, otras se elevan, y tal vez reconocería que las que se elevan durante la vejez no son las menos preciosas». (*De la longevité*, c. I.)

de un gran criminal, obstinado en desafiar á sus jueces, y la majestad de Dios, que desaparecía entre las nubes, inspiraron á tan sensibles almas y á escritores de tan extraordinario mérito?

La cuestión que estudiamos ofrece tanto mayor interés cuanto que hoy se trata de cultivar las lenguas, como si la filología comparada formase parte de las ciencias naturales. Ya que por incidencia tocamos este punto, séanos permitido indicar que estudiarla así es desconocer uno de los caracteres de la palabra, el espiritual, que la hace ser por excelencia el *verbo*. El acústico y el músico aprecian el sonido y hablan de él, enhorabuena; pero el filólogo nada tiene que ver con ese esqueleto de la palabra, cuando debajo de él palpita el reflejo del alma, de la inteligencia y del sentimiento. No tener voz, como el mudo linaje de los peces, ó tener palabra, como pretenden los que clasifican la filología entre las ciencias naturales, fuera una misma cosa. La palabra humana es trueno, es relámpago, es suave y apacible, caída de nevados copos, como la voz de los héroes de Homero (επεα πτεροεντα), es la articulación sujeta á leyes físicas, bien así como el canto del ave; pero es antes que todo y sobre todo algo como la manifestación del alma en todas sus múltiples fases: inteligencia, voluntad y sentimiento.

Disputan los orientalistas sobre la verdadera raíz de las palabras, pensando unos encontrarla en el nombre y otros en el verbo, esto es, adjudicándose, ya al nombre, ya al verbo, la prioridad dentro de la lengua; perplejos andan igualmente los lógicos sobre si el concepto de una de estas partes de la oración es anterior al de la otra; los indianistas tienen resuelta la cuestión admitiendo raíces de las que lo mismo pueden derivarse nombres que verbos, y en las lenguas monosilábicas, la palabra, según la pronunciación que se le dé y el lugar que en la oración se le destine, ya es nombre, ya es verbo. De cuyas diferencias se deduce fácilmente: 1.º, que no es anterior en la inteligencia el concepto del nombre al del verbo, sino simultáneo con éste; que si uno sirve para expresar un ser, el otro expresa una acción, y el verbo entra en el terreno propio del nombre representado por el infinitivo de algunos

idiomas, y el verbo en el nombre, por el participio; 2.º, que no es siempre exacto que la naturaleza y significación de la palabra designe su puesto en la oración, puesto que muchas veces, y atendido el genio de ciertas lenguas, acontece lo contrario. Por donde también se demuestra que el estudio de la filología comparada echa por tierra las proposiciones demasiado absolutas de la gramática general; como que las lenguas no se han hecho con el compás ni con la escuadra, ni de las Academias han nacido, sino que proceden de las condiciones intrínsecas y esenciales de la humana naturaleza.

Según esta manera de comprender la cuestión, la construcción más natural de la frase habrá de ser la que mejor responda al estado del ánimo del que habla ó escribe, dentro, sin embargo, siempre de los límites prefijados por la gramática de cada lengua.

Además del indicado origen, puede tener otro la construcción inversa ó figurada, y este segundo origen es la eufonía. Como las piedras, al son de la lira de divinos músicos, para formar antiguas ciudades, así para griegos y latinos debían disponerse las palabras si el período había de resultar lleno de rotundidad y armonía. La eufonía es una gran ley cuyas consecuencias ni del todo admite ni del todo rechaza ningún idioma. En algunos contribuye á la formación de las mismas palabras, haciendo que vocales y consonantes guarden cierta proporción, lo mismo que las consonantes de distintas clases, que desaparezcan ó se modifiquen los sonidos ásperos, y al frente de esta clase de lenguas debe figurar la sánscrita, mientras otras reservan las reglas eufónicas para la colocación de las palabras en la frase, por más que no las observen en todo caso dentro de la palabra misma. El griego y el latín, que en esta segunda parte no pueden compararse con el sánscrito, usaron la construcción inversa (*el hipérbaton*) para dar al período la apetecida sonoridad y armonía. De aquí el *cantus obscurior*, el número de la prosa mucho más difícil que el del verso, porque no puede sujetarse á reglas de antemano establecidas. ¡Cuán pocos llegan en todos los idiomas, sin que se descubran demasiado el arte ni la afectación, á formar esos períodos mejores para un oído sensible y delicado que las

más encantadoras estrofas de un buen poeta! El poder de la eufonía para los antiguos era tal que, aun sólo vislumbrada por nosotros, que ignoramos muchas de sus reglas, nos encanta en Cicerón y nos hace creer que griegos y latinos tenían verdadera versificación, si bien fundada en bases que de todo en todo se distinguen de la nuestra. Pues bien, para que el período resulte lleno y armonioso es á las veces tan necesaria la construcción inversa como para que sea eufónica la palabra lo es la observancia de reglas análogas á las que enseña la gramática sánscrita.

Dos condiciones necesitan además las lenguas en las que prevalece como favorita la construcción inversa, y éstas son el genio sintético del idioma y una variación suficiente para no producir confusión en las desinencias nominales y verbales. No hay duda que si latinos y griegos hubieran tenido que servirse de proposiciones para distinguir los casos, habrían renunciado al uso y no incurrido en el abuso del hipérbaton. Las lenguas neolatinas, que no saben formar frases sin artículos, no serían capaces de tal inversión en sus oraciones. Las germánicas y escandinavas, que por regla general tienen además del artículo una conjugación sencilla y rudimentaria si se compara con la griega y latina, se hallan en el mismo caso.

La construcción inversa encuentra el límite de su empleo cabalmente en las mismas razones que la han introducido. Siempre que se produzca oscuridad en la frase, que parezcan afectadas las inversiones ó que, en vez de aumentar la sonoridad del período, resulte un sonido inarmónico, puede considerarse inadmisibile y vicioso el hipérbaton. Quintiliano hallaba confusa esta frase: *Vidi hominem librum scribentem*, y lo es en efecto, porque la repetición de iguales desinencias viene á poner ciertas oraciones latinas en la misma categoría que las de nuestra lengua. Cítanse dos pasajes: uno de Virgilio en la *Eneida* (1) y otro de Horacio en sus *Odas* (2), en los que, gracias al hipérbaton, queda suspenso el sentido de muchos versos, y se comete una licencia que no autoriza suficientemente

(1) De Virgilio: *Interea reges, ingenti mole Latinus*, etc.

(2) De Horacio: *Qualem ministrum fulminis alitem*, etc.

el uso de los clásicos. Pero no es tan exagerado el que frecuentemente vemos en los prosistas, ni aun en los poetas, ni el que se empleaba en el estilo epistolar y sencillo, como las cartas de Cicerón y las fábulas de Fedro nos lo demuestran. En la conversación familiar, de la que nos da cierta idea el lenguaje de los autores dramáticos, probablemente la construcción del griego y del latín no diferiría considerablemente de la nuestra, y aún sería más parecida á la de las lenguas neolatinas la del *sermo rusticus* y la de los dialectos provinciales del imperio.

Á pesar de todo y admitiendo que la frase latina clásica se distingue por la construcción inversa y hasta un punto desconocido, lo mismo en las lenguas más antiguas que en las que le debieron su origen, observaremos que algo no bien estudiado todavía, pero que forma parte del genio del idioma, producía en éste el exceso del hipérbaton. No parece sino que el pueblo destinado á mandar al mundo quería ejercer el mismo imperio sobre las palabras y barajarlas á guisa de los reinos y de las repúblicas, según pluguiese al escritor. Porque la construcción de que tratamos es característica del idioma. Cuando en el Epítome de Shomond ó en la misma Vulgata y en el lenguaje de la Iglesia encontramos la frase latina, aun la más pura y castiza, sin el hipérbaton al que estamos acostumbrados, parécenos ver una lengua diferente, ó al menos inusitada. Bien así como el capitel y el fuste de la columna que mutuamente se completan, porciones que separadas son seguro indicio de imperfección de la obra ó de ruinoso edificio.

Lo que en gran parte dependía del gusto del escritor, en vano hubiera sido sujetado á reglas. Bien sabemos que los gramáticos han dado algunas tomadas de la observación de los clásicos; pero si bien las hemos leído, jamás las consideramos como precepto. Cada uno de los clásicos tiene una construcción especial, y de ella, tal vez más que de ciertas frases, se forma su estilo propio. No faltan circunlocuciones y trasposiciones viciosas, como aquella bien conocida de Virgilio: *Ibant obscuri solâ sub nocte per umbran, Inmissi floribus Austrum; Saxa vocant Itali mediis quæ in fluctibus aras*, y otras que nos enseñará para evitarlas el frecuente ejercicio de

la lectura. Sólo que los gramáticos han convertido en figuras tales defectos, por no confesar que los mayores genios dormitan alguna vez y que no hay libertad que carezca de límites.

El célebre Du-Marsais, cuyo espíritu de observación es tan penetrante en tales materias, recuerda un pasaje de San Agustín en que el sabio doctor, refiriéndose á las ideas y no á las palabras, dice que el pensamiento no expresado en ellas no tiene forma alguna gramatical, ni propia de ningún idioma: «*Intùs, in domicilio cogitationis, nec hebreæ, nec græca, nec latina, nec barbara veritas, sine oris et linguæ organis, sine strepitu syllabarum*» (1); pero en cuanto la palabra se apodera del pensamiento le da color y le hace súbdito de alguna gramática. Si se expresa en francés, como si en latín, estas lenguas les imponen un sello que marca la frase. Para Du-Marsais existe una construcción lógica, otra figurada y otra usual, que empleada en la conversación y en los libros, difiere de las dos primeras. Quitense, dice, las desinencias nominales y verbales al verso de la *Eneida*: «*Arma virumque cano, Trojæ qui primus ab oris*», y al traducirlo en otra lengua se tendrá una reunión de palabras ininteligibles; si lo entendemos, es porque mentalmente se restablece el orden natural que le falta. Según el gramático filósofo á quien acabamos de citar, la construcción figurada es «aquella en que no se sigue el orden y el análisis lógico de la expresión y en la que, sin embargo, deben vislumbrarse, rectificarse ó suplirse» (2). «La natural, dice en otra parte, es la que hemos aprendido sin maestro por la sola constitución mecánica de nuestros órganos, por nuestra atención y por la costumbre de imitar lo que vemos.» La primera definición nos parece más feliz y exacta que la segunda.

No toda construcción figurada es elegante, ha dicho el mismo gramático, y su afirmación es una gran verdad. Cuando es contraria al genio del idioma en que se habla ó escribe, lejos de adornar la frase toda construcción inversa, la desfigura y la convierte en extranjera para los mismos nacionales;

(1) Confess., lib. XI, c. III.

(2) Logique et principes de grammaire.

lejos de dar al período movimiento, armonía, el no sé qué propio de los buenos hablistas, lo hace pesado, inarmónico, digno de la reprobación de los que saben expresar como sentir y pensar para los demás como para sí mismos. Isócrates, entre los oradores griegos, componía durante diez y nueve años un discurso, y aunque salía éste pulido como el que más, no por eso se acercaba á la perfección tanto como ciertas improvisaciones. Mecenas, en Roma, peinaba y rizaba sus frases y, con todo eso, á través del estudio se percibía cierta molicie indigna del lenguaje que debieran usar los dominadores del mundo. De los culteranos en nuestra literatura, y de los que frecuentaron el palacio de Rambouillet y le dieron celebridad en la francesa, ya tiene formado juicio inapelable la historia literaria. La sencillez propia de la frase verdaderamente elegante es muy opuesta á los artificios de los que simulan los afectos no sintiéndolos, y quieren ser prestidigitadores de la palabra. Boileau lo ha dicho:

«Rien n'est beau que le vrai; le vrai seul est aimable.»

En las lenguas que hoy hablan los pueblos de Europa, que se distinguen de las antiguas por su carácter analítico más pronunciado y que ni en los nombres ni en los verbos disponen de la multitud de recursos de aquéllas, ya se observa generalmente gran sobriedad en el empleo de la construcción figurada y sobre todo en el del hipérbaton. Se ha dicho de la lengua francesa que su genio es completamente opuesto á la construcción inversa; la verdad es que semejante condición la hace muy á propósito para la concisa frase del legislador, para la didáctica de los profesores y para la que, diciendo ni más ni menos que lo que quiere y como lo quiere decir, parece reservada al diplomático. La lengua inglesa, en que se descubren dos elementos, el latino y el germánico, conserva más del segundo que del primero en cuanto á la forma de su construcción, y apenas ha tomado de más allá del Rhin otro procedimiento que el de separar la preposición de la palabra por ella modificada, uso por cierto bien singular que puede muchas veces oscurecer el sentido de la frase y jamás contribuye á su armonía, porque es sabido que el período termi-

nado en monosílabos es poco sonoro. Mucho se ha exagerado por algunos el uso del hipérbaton en la lengua alemana, pues á pesar de tener en sus nombres verdadera declinación, aunque no muy desarrollada, y gran facilidad para la formación de palabras compuestas, pocas veces se permite construcciones inversas, y casi en ninguna de las que usa excede los límites en que se contienen las lenguas modernas. Algo los rebasarían el portugués, el italiano y el habla de Castilla si no se lo impidiesen la falta de la declinación y el continuo empleo de los artículos; pero en realidad, el hipérbaton de todas estas lenguas es ni más ni menos de lo que debe ser para no perjudicar á la claridad y producir la armonía del discurso. Lope de Vega censuró donosamente en su *Gatomaquia*, en un verso muy conocido, á los que no se contentaban con lo prescrito por el buen gusto, y las construcciones forzadas y poco inteligibles han quedado enmohecidas con otras armas del mismo jæz en los olvidados arsenales de los cultos. De seguro que, si naturalmente la lengua castellana no fuese susceptible de mayor libertad que la francesa, no hubiera censurado Lope de Vega muchas frases de su tiempo, como no se hubiera criticado ésta de Voltaire, citada en una moderna enciclopedia como ejemplo de hipérbaton:

«Á tous les cœurs bien nés que la pastie est chère!» (1)

Supone el empleo de la construcción inversa cierto refinamiento en la expresión que no es en manera alguna propio de

(1) Mme. Stael, en su obra *La Alemania*, nos ha dejado muchas curiosas observaciones sobre puntos relacionados con el tema de nuestro discurso. «Una lengua extranjera es para nosotros por muchos conceptos una lengua nuestra... Por la misma índole de su construcción gramatical, el sentido de la frase alemana sólo se comprende al terminarla. Así el placer de interrumpir, que tanto anima las discusiones en Francia, no puede existir en Alemania. Tampoco permite la sintaxis alemana dar fin á la oración por la palabra más interesante, y éste es uno de los grandes medios de hacer interesante el diálogo. El sentido de una frase en lengua extranjera es á la vez un problema lógico y gramatical. Las lenguas teutónicas se traducen fácilmente entre sí, y lo mismo las latinas; pero éstas no pueden traducir la frase poética de los germánicos.

las lenguas más antiguas; por eso las inversiones que se citan en árabe son tan poco aventuradas como las del francés; el persa, así como presenta grande analogía con las lenguas germánicas, se asemeja á éstas en la construcción; el malayo, gracias á la pobreza de sus desidencias, tampoco se permite libertad alguna de este género en la redacción de sus frases, y el turco, si se exceptúa el uso de lo que los gramáticos llaman porposiciones en vez de preposiciones, no se distingue por la desviación del orden lógico más que las otras lenguas de su familia.

En la China, el monosilabismo produce la construcción lógica y directa como una ineludible necesidad; pero todavía dentro de tan rigurosos principios se permite la libertad de colocar en la oración la palabra que califica antes de la que es calificada; el adjetivo precede al sustantivo como por regla general en inglés; el adverbio al adjetivo, y la oración incidente figura antes de la principal. Tan cierto es que la construcción inversa, no menos natural que la directa, como hemos pretendido probar, se impone hasta cierto punto á todas las gramáticas y á todos los pueblos.

Otro aspecto de la cuestión que tratamos, y no menos interesante que el de la pasión y el de la eufonía, es la relación que existe entre la construcción gramatical y el estilo general de la obra. En el que los antiguos llamaron lacónico y nosotros podríamos llamar francés, el hipérbaton no se usa generalmente; en el que algunos de nuestros escritores cortan y despedazan en frases sueltas, como la hechicera Medea los miembros de Absirto, se proscribe toda construcción que pueda parecer violenta; mientras en el estilo asiático y periódico, que bien se llamaría español, por ser el predilecto de nuestros grandes hablistas, el de Cicerón y el de casi todos los clásicos latinos, la construcción inversa, conforme al genio de cada idioma, no sólo es admitida, sino que aparece natural y flúida bajo la pluma de los escritores. Séanos permitido no admirar, como tantos hoy, á los autores de *frases*. Jamás hemos comprendido el mérito de los que escribían la *Iliada* entera en una vitela, ó de una concha de pequeño molusco sabían hacer un carro de guerra con sus conductores y corce-

les, tormento para el ingenio y la mano que tales cosas producen y apenas motivo de estéril admiración para el que las contempla.

La frase luce como el diamante en un ergaste digno de ella; no es para brillar por sí sola, ni encadenada con otras. Cuando los antiguos elevaban las construcciones llamadas ciclopeas sin cemento alguno, empleaban grandes piedras, y no pequeños guijarros ni cantos rodados de los que á cada paso aparecen bajo las plantas del viajero. Nada convence, ni deleita ni satisface más que la sencillez en la frase, nada que mejor responda á esa instructiva y eterna conversación que á través del tiempo y del espacio mantienen con nosotros los libros. El predominio de la frase y la decadencia de la literatura en que aparece son fenómenos que uno á otro se llaman y muy naturalmente se suceden.

Vosotros los que podéis consagrar todavía largos años á la lectura de nuestros clásicos, enumerad las frases que veáis en ellos. No las necesitó Rivadeneira ni las buscó Granada para hablar al alma de la generación que los leía, ni Mariana para depositar en sus inscripcionales páginas alabanzas ni censuras, ni Garcilaso para describir las delicias del campo, ni Herrera los triunfos de la patria, ni Rioja la belleza de las flores, ni Fr. Luis de León el continuo anhelar por la del cielo.

La *Noche serena*, del inmortal agustino es la contemplación de un alma sencilla, no la fantasía de un Flammarión ni el sueño de un Pitágoras. Pues como el cantor de la *Noche serena* se expresaba, aunque pagano, el autor del *Sueño de Escipión*, allá en la antigüedad, porque la sencillez es el distintivo del verdadero genio. Del blanco mármol de Paros sacaban los antiguos artistas la imitación de la vida, y el ingenio y el gusto llegaban hasta simular las contracciones de los músculos y el indefinible color de la salud y casi hacían por un prodigio del arte que la sangre corriese y que se transparentasen las venas.

Aquí diera por terminado mi trabajo si no creyese conveniente dirigir algunas palabras á los que un año y otro vienen frecuentando nuestras cátedras y á los que tan dignamente las dirigen. Si de cuando en cuando no tuviesen, además de la

aprobación de su conciencia algún estímulo, aun de labios tan desautorizados como los míos, ¿no creerían que la afición á la filología ha desaparecido, con tantas otras cosas, de nuestra querida patria? No desmayen, sin embargo, en su tarea, porque á la hora en que esto decimos aparecen en nuestra lengua obras como el *Diccionario etimológico*, de Calandrelli, en Buenos Aires, y en París monumentos de nuestra gramática como el que erige Cuervo. ¿Qué importa que sean dos americanos los autores, si ellos hablan y estudian y enseñan con todos sus secretos y primores la lengua de Castilla? El deleite que produce el cultivo de la ciencia pura no está desprovisto de toda práctica utilidad, ni los que aprenden lenguas modernas para el mejor ejercicio de su profesión dejan de sentir algún espiritual contento. Responded con perseverante estudio al noble propósito de los fundadores del Círculo y con vuestra sola presencia alentadlos en él, que harto necesitan de tal estímulo. Si alguien puede considerarse ciudadano del mundo, es el que, gracias al estudio de las lenguas, salva las fronteras, domina desde una acrópolis las naciones cuya frontera borra la espada en el campo de batalla ó rompe la pluma en las cancillerías; él es quien, á la manera del antiguo filósofo que salía envuelto en su túnica y sin otro bagaje de la plaza sitiada, puede gloriarse de que todo lo lleva consigo. Ya se decía en un antiguo himno homérico:

«Quiero cantar á todos los hombres que hablan con voz articulada» (1)

Ilustres profesores, á quienes se debe la fundación y conservación del Círculo Filológico Matritense, no soy yo quien debe animaros en la prosecución de vuestra empresa. Respondisteis á una necesidad ya sentida desde que, á fines del pasado siglo, se publicaba entre nosotros el *Memorial literario*, es verdad; pero respondisteis en medio de universal indiferencia; vuestro estímulo descenderá, si al cabo se encuentra, de altas regiones á donde yo no alcanzo, ni aun con mi ruego;

(1) Citado por Fontaine, *Histoire universelle*, La Grece de 1380 á 480 antes de J. C.

pero si aquél se difiriese más de lo que merece vuestro propósito, si no se concediese pedido, si se retardase largo tiempo anhelado, más de lo que podéis esperar, vosotros mismos sois testigos y jueces de vuestra conducta; que vuestra conciencia os premie.

ANTONIO BALBÍN DE UNQUERA.

CORNELIO JANSENIO

EN LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

I

Antes de dar cuenta de la estancia de Cornelio Jansenio en Valladolid y de la misión que trajo cerca de la insigne Universidad, se dirá algo de la vida del autor del libro intitulado *Augustinus*, de las reñidas polémicas entre jesuítas y jansenistas, y de las condenaciones de que éstos fueron objeto durante el reinado de Luis XIV de Francia.

Nació Jansenio en Ipres, ciudad de la Flandes Occidental (Bélgica), en el año 1585. Hombre de clarísimo entendimiento, leyó—dice Cantú—diez veces las obras completas de San Agustín y treinta los tratados escritos contra los pelagianos, abrazando, con el entusiasmo de los sabios obstinados, las opiniones del santo (1). Escribió su famoso libro *Augustinus*, el cual forma un sistema contrario al de los *semipelagianos* y *molinistas*. Expuso la doctrina sobre la gracia, afirmando que él no se separaba del pensamiento del Obispo de Hipona. «La gracia eficaz, añade, es un placer espiritual que inclina la voluntad á querer lo que Dios quiere; es un movimiento involuntario que Dios inspira á la voluntad, y por medio del cual el hombre prefiere y busca el bien (2). Jansenio, que fué Obispo de Ipres diez y ocho meses, murió apenas hubo terminado su *Augustinus*. Mandó que se imprimiese tal como estaba; pero «si la Santa Sede, decía, quiere enmendar algo, yo soy su hijo obediente y me someto á ella, así como á la Igle-

(1) Cantú, *Historia universal*, t. V, pág. 600.

(2) Capítulo III, lib. I y II; IV, 1.

sia, en cuyo seno he vivido hasta el trance mortal», y terminaba su tratado: «Soy hombre, y por lo tanto puedo engañarme. Pero si en algo me he engañado, estoy seguro que no ha sido al pretender definir la verdad católica, sino sólo al querer exponer la opinión de San Agustín, pues no he indicado cuál es verdadera ó falsa, cuál debe admitirse ó repudiarse según la doctrina de la Iglesia católica, limitándome á lo que San Agustín dice que debe creerse» (1).

*
* *

Comenzó á publicarse la obra en el año 1640. Combatida por los jesuítas y los tomistas, porque contenía doctrinas poco ortodoxas acerca del libre albedrío, el pecado original y la predestinación, Urbano VIII la condenó (1642) por su bula *In eminenti*.

Mientras la Universidad de Lovaina y otras de los Países Bajos, como también elementos poderosos de París, se pusieron al lado de la nueva doctrina, Hubert, teólogo de Nuestra Señora de París, llamó á Jansenio en un sermón *Calvino exaltado*; y Nicolás Cornet, síndico de la facultad de Teología, denunció á la Sorbona cinco proposiciones que, según decía, se hallaban en el *Augustinus*. Eran éstas:

1.^a Los justos no pueden cumplir algunos preceptos de Dios, aunque procuren cumplirlos según sus fuerzas, faltando la gracia que les da la posibilidad.

2.^a En el estado de naturaleza corrompida, no puede resistirse la gracia interna.

3.^a Para merecer ó desmerecer en el estado de la naturaleza caída, no se necesita una libertad exenta de la necesidad de obrar, pues basta que se halle exenta de violencia.

4.^a Los semipelegianos admitían que era necesaria una gracia anterior y previa para cada acción en particular, y hasta para el principio de la fe; pero se equivocaban al pretender

(1) Al presente, en la catedral de Ipres hay una lápida sin inscripción sobre la sepultura de Jansenio.—Reclus, *Geografía universal*.—*Europa*, t. III, pág. 92.

que la voluntad humana pudiese resistir ó secundar esta gracia.

5.^a Es de semipelegianos decir que Cristo ha muerto y derramado su sangre por todos los hombres.

Condenadas estas proposiciones por Inocencio X en la bula *Cum occasione* (1653), los jansenistas no se dieron por vencidos, comenzando por afirmar que aquéllas no existían en el *Augustinus*. Alejandro VII confirmó la sentencia de Inocencio X en la bula *Ad sanctam* (1656).

Juan Duvergier de Hauranne, colega de Jansenio, nombrado abad de San Cirano, en el Berry, ayudado por Arnauld y por los solitarios y solitarias de Rot-Royal, propagó el jansenismo en Francia. Aunque murió Duvergier, no se apaciguó la ardiente polémica entre jansenistas y jesuítas, representando á los primeros el profundo pensador Pascal, autor de las *Cartas á un provincial*, el poeta Racine y el erudito historiador Tillemont.

Pascal, con su fina sátira, hizo guerra terrible á los jesuítas. La Sorbona se declaró del mismo modo contraria á los hijos de Loyola.

Los Papas Clemente IX, Clemente X, Inocencio XI, Alejandro VIII é Inocencio XII se ocuparon en apaciguar los ánimos, alterados por los ataques de los jansenistas franceses; pero Clemente XI tuvo que condenar, en la bula *Vineam Domini Sabaoth* (1705) la doctrina del *caso de conciencia*, y en la bula *Unigenitus* (1713) las *Reflexiones morales* de Pascual Quesnel.

Continuó el jansenismo ejerciendo influencia en los Países Bajos y en la sociedad francesa hasta los mismos días de la gran revolución. Hoy apenas quedan huellas de la doctrina del Obispo de Ipres.

II

Escribe un biógrafo de Jansenio que «dos veces fué enviado éste como diputado á España, y con esta ocasión obtuvo el que se revocase el permiso que tenían los jesuítas para enseñar la filosofía en la Universidad de Lovaina», y

prueba D. Vicente de la Fuente, erudito historiador de las Universidades de España, que estuvo en la de Salamanca; pero nada sabíamos de su estancia en Valladolid ni del solemne recibimiento que le hizo el claustro universitario.

Este detalle de la vida del Obispo de Ipres no lo he visto en ningún escritor, y no me parece que debe olvidarse, ya por lo que á aquél respecta, y ya también por la fama y renombre de la antigua Universidad de Valladolid. En el año 1626 intentaron los Padres de la Compañía de Jesús el establecimiento de una Universidad en Madrid, idea que encontró tenaz y ruda oposición en las escuelas de Valladolid, Salamanca y Alcalá. Cuando todavía la cuestión se hallaba sin resolver, vino Jansenio á Valladolid y se presentó al Claustro pleno del sábado 6 de Marzo de 1627, según consta en el libro 7.º de *Claustros*, folio 172. Como quiera que el acta es un poco extensa, copiaré su extracto del libro *Becerro*, folios 666 vuelto y 667. En el libro 7.º de *Claustros*, folio 171, consta «que el doctor Cornelio Jansenio, catedrático de Vísperas (1) de teología, vino á esta Universidad, enviado por la de Lovaina, y habiendo entrado en claustro con permiso del señor rector y demás señores catedráticos, y dándole el asiento correspondiente, habló en latín, diciendo la pretensión que traía contra los Padres de la Compañía en nombre de su Universidad (2), y vistos los recaudos que traía, le fué respondido en la misma lengua latina por el señor rector, con muchas buenas razones y cortesía, que el claustro tenía entendida su pretensión, y tendría acuerdo sobre ello, y habiéndose salido del claustro dicho doctor Cornelio, se trató y confirió este asunto, y se acordó por todos que el señor rector responda á la dicha Universidad de Lovaina en conformidad de lo que se ha tratado por todos sobre el dicho negocio, que esta Uni-

(1) El libro de *Claustros* dice de Prima de Teología, y esto es lo cierto.

(2) El libro de *Claustros* lo refiere del siguiente modo: Dice que Cornelio Jansenio «habló en lengua latina y dijo toda su pretensión y lo que la Universidad de Lovaina pretendía contra los Padres de la Compañía, é hizo y dijo otras muchas cosas cerca de la dicha su pretensión y razones que para ello tenía su Universidad.»

versidad á su tiempo hará lo que pareciere convenir á este asunto, y esto se acordó y mandó escribir.

Á continuación leemos en el mismo libro *Becerro*: «También consta de dicho libro que todas tres Universidades (Valladolid, Salamanca y Alcalá), y cada una en particular, imprimió ciertos memoriales, los que se pusieron en manos de su Real Majestad, representándole los graves perjuicios que se seguían á estos sus reinos si permitía semejante fundación, y en vista de ellos, se les denegó la licencia, por lo que hasta ahora no se ha fundado dicha Universidad.»

*
* *

Nada más se dirá de la estancia de Cornelio Jansenio en España en el año 1627. Recordaremos para terminar que la Universidad de Valladolid desde su origen, bastante más antiguo que se cree, hasta nuestros días, y muchas pruebas pudieran darse de ello, ha sido el centro del saber en toda Castilla, y rival, por lo que á medicina respecta, de las escuelas más famosas de Francia y de Italia.

JUAN ORTEGA RUBIO.

UN SONETO CURIOSO

En el archivo del Hospicio de Valladolid y entre los legajos de cuentas del establecimiento, encontré el siguiente soneto, no desprovisto de ingenio y tal como lo doy á la imprenta. Debió escribirse á raíz de la publicación de la pragmática-sanción, dada en El Pardo á 2 de Abril de 1767, y por la cual se disponía el extrañamiento de los jesuítas de todos los dominios españoles.

J. O. R.

SOPRA LA PROFECIA DE STO. IGNACIO:

EGO VOBIS ROMÆ PROPITIUS ERO:

Quorum cum intelligentiam nesciret Pater Noster, dicebat: *Ego nescio quid nobis futurum sit. Forsan cruci Romæ affigemur.* Acta Sanctorum á Joanne Bollandò S. 1.—De S. Ignatio Loyola trigesima prima die Julii, p. 460.

SONETO

L' oracolo di Cristo s' adempí,
Cioè quello che Ignazio interpretò,
Roma i jesuiti tanto favorì
Finche á morire in croce li portò.

Quale sia delle tre, io non lo so;
V' è quella d' innocenza ove morí
Cristo, di penitenza in cui spirò
Dima, e dell' altro reo che mal finí.

Di questo empio non spero: di Gesù
 Nol credo, che saria temerità,
 Di tanti regni espulsi molto più.
 Dunque la loro croce qual sarà?
 Sarà quella del reo che santo fu,
 Se diranno con lui la verità.

Nos quidem juste, nam digna facti recipimus.

SOBRE LA PROFECÍA DE SAN IGNACIO:

YO OS SERÉ PROPICIO EN ROMA:

Cuya inteligencia, como la ignorase Nuestro Padre, decía:
*Yo no sé qué ha de ser de nosotros en Roma: acaso en Roma
 nos clavarán en una cruz.*—Los Bolandos en la vida de San
 Ignacio de Loyola, día 31 de Julio, p. 460.

SONETO

De Cristo ya el oráculo se ve
 Cumplido, como Ignacio interpretó,
 El gran favor de Roma ha sido el qué
 Los jesuítas á una cruz llevó.

Cuál sea de las tres, yo no lo sé:
 Hallo la de inocencia en que expiró
 Cristo, del Santo Dimas otra fué,
 Y la de aquel ladrón que mal murió.

No creó que la de éste sea su cruz;
 La de Jesús será temeridad,
 Ni su expulsión indica esta virtud:

Pues ¿cuál fuera su cruz? Ahora notad:
 Será la del buen Dimas, si á su luz
 Confesaran como él esta verdad.

Nosotros padecemos justamente, porque recibimos el castigo que merecen nuestros hechos (1).

(1) *Archivo del Hospicio provincial*, estante núm. 4, tabla 1.^a

BURGOS EN VERANO

Todos saben la fama que, por su clima, tiene esta ciudad. Fría en invierno, como sujeta á persistentes heladas y nieves abundantes, resulta templada en verano y á propósito para pasar en ella la temporada de los mayores calores. Á esto ayudan dos cosas: primera, el carácter hospitalario de los burgaleses, que acogen afablemente á todo forastero que les honra visitando su ciudad; y segunda, la soberbia vegetación arbórea que en Burgos hay, siendo tal que en sus largos y frondosos paseos el calor solar no puede vencer la masa inmensa de hojarasca, hallándose por todas partes sombra amena y fresca relativa. Las alamedas de la Isla y la Quinta son tales que el paseante se vuelve á la mitad, satisfecho de haber dado un buen paseo; el soto de Fuentes Blancas, ya un poco lejano, es un sitio pintoresco y frecuentado de los que tienen carruaje, caballo ó buenas piernas. Las fuentes son tres, de buena agua, y á tal paseo suelen concurrir los colegios de chicos ó chicas, encontrando amplio espacio donde corretear.

El paseo del Parral, más cerca que las fuentes, es á modo de un gran prado, ceñido de tapias, llano, surcado por arroyos, con piso de hierba fina y multitud de chopos casi centenarios, que ofrece lugar agradable á entretenida conversación ó bulliciosa merienda, sin que se estorben unos á otros los que merienden ó charlen, porque hay sitio para todos. Á estos paseos grandes podemos agregar los pequeños, que son: las Pastizas, vecinas al Parral; las alamedas del Carmen, cuajadas de plátanos y próximas al convento del mismo nombre; los Pisones, también con fuentes y vecinos á la carretera

de Madrid; los Vadillos, muy llanos, con buen piso y recorridos por los ríos Vena y Pico y varios canalillos derivados de ellos, y el Espolón nuevo, lleno de copudos castaños de Indias, con otra fuente, y construído sobre el malecón que ciñe el Arlanzón por su orilla izquierda

De propósito hemos dejado para nombrar el último el Espolón Viejo que, como principal, suele llamarse el Espolón á secas. Es un paseo tan bien situado en medio de la ciudad, que se llega á él desde todas partes en poco tiempo, casi sin sufrir los ardores del sol. Le forma una faja de terreno que se extiende de Este á Oeste, desde la magnífica casa de la Diputación provincial hasta la torre y arco de Santa María, monumento bien popularizado por grabados y tarjetas postales. Su largo en el sentido dicho es de unos quinientos pasos, y su ancho de Norte á Sur unos ochenta. El extremo oriental se abre á la carretera general de Francia, en su trozo de Burgos á Vitoria; y el occidental al paseo de la Isla, que allí principia. El lado Norte es una fila de buenas casas, que tienen, naturalmente, sus huecos orientados al Sur, y está abierto, en su parte media, por los arcos del Consistorio, comunicando por ellos el paseo con la plaza Mayor, y por ésta con el resto de la ciudad. El lado Sur es un murallón con su pretil, que ciñe por la derecha una parte del curso del Arlanzón. El interior del Espolón está dividido en cinco partes que, como el todo del paseo, corren de Este á Oeste, y son: primera, la Acera, así llamada porque lo es, se halla pegada á las casas; segunda, el paseo Ancho, que es el trozo mayor, con buen piso de tierra; tercero, las Acacias, calle estrecha entre filas de árboles del mismo nombre y con asientos de piedras, es sitio en el que se puede pasear los días de más calor, y á la hora del mediodía, sin que el sol incomode; cuarta, el Salón, que abunda en bancos de madera y está ceñido de jardinillos; y quinta, otra calle estrecha, vecina al río y con asientos de piedra, que podríamos llamar la Ribera. El Espolón, durante el día, se ve cruzado por muchas personas que van y vienen ó dan un par de vueltas por las Acacias, ó se sientan en los bancos del Salón. Por las tardes las gentes se diseminan mucho, no sólo por los paseos, sino también

por los ventorrillos y merenderos, que abundan bastante en las cercanías de la ciudad; pero, apenas apunta la noche, empieza la afluencia al Espolón, que se llena de toda clase de personas.

Lo que se llama el señorío se junta en la mitad oriental de la Acera, por donde circulan muchachos y muchachas, señores y señoras en amistosa compañía, sentándose muchos á las puertas del café Suizo que allí está. Todas las otras calles quedan para la masa popular, que encuentra en ellas terreno amplio donde extenderse, dar vueltas y charlar con comodidad. Así lo hace, y es de notar lo bien ordenado que el todo resulta á pesar de la numerosa concurrencia, la rarísima vez que ocurre una disputa, la ausencia de rateros y mendigos desastrados, y más que nada la consideración de unas clases respecto á las otras, puesto que las populares rarísima vez entran por la Acera, y las señoriles en pocas ocasiones van al terreno donde circula la masa general. Es deferencia que unas á otras se tienen como por convenio tácito y que todos guardan sin esfuerzo, sin violencia y sin el menor asomo de rivalidad ó envidia. Resulta el total del paseo por un lado concurrido y bullicioso, y por otro tranquilo y ordenado. Á las nueve de la noche, hora de más concurso, principia á tocar una música militar que se coloca en un kiosco situado entre las Acacias y el Salón. Los burgaleses desearían que principiase á las ocho, pero ya se sabe que nunca llueve á gusto de todos. Dura el paseo unas dos horas, porque á las once, lo más tarde, el clima burgalés, que no es el bonachón de Sevilla, ni aun el tolerante de Madrid, asoma la cabeza por la carretera de Vitoria, por los arcos del Consistorio, ó por el de Santa María, que estas ventanas y otras más tiene para asomarse, y dice con voz un tanto recia y tono no del todo cortés: «Señores burgaleses, á casita, que aquí estoy yo y lo mando y al que no obedezca le emplumo un catarro tal y tan bueno que no sale de paseo en quince días.» Los naturales, que ya saben esto, y los forasteros, á quienes humanitariamente se advierte lo que hay, antes de que el tirano haga la intimación, la dan por hecha y toman gentilmente las de Villadiego. Y el señor clima ó viento cierzo (que tal forma puede adoptar) se queda

por dueño del cotarro y campando por su respeto hasta el otro día. Con razón se dice que tal viento es el alcalde perpetuo de Burgos.

Se me ha quedado en el tintero una cosa que debo sacar de él. La cosa es que el Salón, cumpliendo con los deberes que le impone su nombre, sirve de punto de estancia, durante las horas de paseo, á la turba de niñeras que, crío al brazo, acuden á la música, á muchas niñas que forman sus tertulijas, á bastantes chicos del orden de gaznápiros y á no pocas personas formales que quieren evitarse el bullicio de los otros paseos. Pero llega la banda, principia el paso doble de reglamento, y aquí te quiero ver, escopeta: las niñeras alzan los críos cuanto pueden y empieza cada una á dar vueltas como perinola; las chicas dan comienzo á su bailoteo, ya en corros, ya en parejas; los gaznápiros saltan y revuelven, alteran y perturban, encontrándose á veces, en justa recompensa á sus alborotinas, ó con un pescozón, ó con la visita en las posaderas de una encolerizada bota. La gente formal suspende su movimiento y discusiones, se para y permanece quieta hasta que termina el bailoteo. Si no quiere pararse, tiene que variar de rumbo á cada paso, porque la gente menuda no repara, lo ocupa todo y entorpecería la marcha del lucero del alba, si éste se presentara en forma de paseante. Cesa la música, disuélvense los corros, recóbrase el orden é impera la formalidad. Vuélvese á tocar, y aunque lo que se toque sea el rondó de *Sonámbula*, el final de *Hernani* ó el coro de locos de *Jugar con fuego*, vuelve el baile. Y así sigue hasta que el ya dicho alcalde perpetuo anuncia su presencia, en cuyo momento, y como todos los demás, chicos y grandes ponen pies en polvorosa.

El agrado que proporciona la estancia en Burgos durante los meses estivales hace que afluya á la ciudad crecido número de personas, que podemos dividir en dos clases: una, burgaleses que residen en otras poblaciones y que, disponiendo de medios, vienen á pasar en su patria la buena temporada; otra, personas avecindadas en puntos diversos, que, merced á la fama de clima fresco, paseos amenos y monumentos importantes, aprovechan la situación de la ciudad, intermedia

entre el centro de España y las playas cantábricas, y á la ida y á la vuelta de sus correrías balnearias se detienen en Burgos dos, tres ó cuatro días.

Los primeros, esto es, los burgaleses, suelen llegar en familias enteras á casa propia ó de parientes, y entran en la ciudad como en domicilio conocido, hallando amigos en todas partes, mirando con cariño lo que ya les fué familiar en otros tiempos, revisándolo todo, evocando reminiscencias juveniles y viendo con gran complacencia que la gente nueva quiere á lo antiguo, lo respeta y aun le añade algo á medida que las fuerzas lo van permitiendo. Los segundos, ó sean los forasteros, pertenecen á todas las clases sociales, desde el magnate al artesano; todos los días hay de ellos entrada y salida, todos se ven caras nuevas, y para notar el fenómeno basta concurrir á la Catedral al mediodía. Esta es la hora en que esto escribo, y de la Catedral vengo para observar á los forasteros: allí he visto una comparsa de diez y seis mirando el tras-sagrario de la capilla mayor, notable por sus cinco cuadros en piedra de alto relieve; otra de once en la del Condestable; dos señores, ingleses á juzgar por algunas palabras que les oí, ante el sepulcro hermosísimo del arcediano D. Pedro Fernández de Villegas, de fama literaria como traductor del Dante; otra media docena en la capilla del Cristo, y ocho ó diez mirando al papamoscas y viéndole dar las doce. De estas concurrencias diarias, los sacristanes, que son personas diligentes, pueden dar perfecta razón, puesto que ellos son los que dirigen, enseñan y explican, aunque con erudición que podríamos llamar, si el lenguaje no se escandalizara, un poco barroca. No he de callar otra cosa, no sólo agradable, sino buena, que los visitantes encuentran en Burgos, y es una comida sana, apetitosa y compuesta de excelentes alimentos.

Ahora hablemos algo de arte, no de las cosas máximas, que respecto de éstas harto se hallan en las guías, sino de otras menores que pueden ser de curiosidad ó interés, según el punto de vista que se tenga al mirarlas.

Señalo como la primera los arcos de Bernesi, que están como á unos tres kilómetros de la ciudad, Arlanzón abajo y

próximos á su orilla izquierda. Constitúyelos una columnata de catorce columnas acopladas dos á dos y formando, por consiguiente, siete pares. Sobre ellos se levantan seis arcos de medio punto, resultando el total una arcada. Arcos y columnas son de corte sencillo, airoso y elegante; pertenecen á los albores del Renacimiento, se conservan muy bien y se alzan en medio de un campo de trigo. Su vista produce una impresión arqueológica de mucha nota, porque nada hace sospechar su existencia, y extraña encontrar tal construcción entre granjas, arroyos, arboledas y tierras de labor. Por su aspecto parecen del tiempo de los Reyes Católicos ó de algo después, y se atribuyen, no como arquitecto, sino como propietario, á un noble señor llamado D. Diego de Bernesi. Tienen su leyenda. Cuéntase que el fundador hizo un magnífico palacio para vivienda de una hija suya que iba á casarse con un joven muy distinguido. Que se hizo el matrimonio, que fueron los contrayentes con sus familias y amigos á festejar la boda al nuevo palacio, y que durante el baile y á las altas horas de la noche se declaró un terrible incendio que consumió todo el edificio. No conozco nada que confirme la verdad de tal cuento, ni en la arcada se nota señal de incendio.

Otra curiosidad son unos sepulcros que se encuentran á la entrada de la iglesia del Monasterio de las Huelgas. Son seis, unos sin adornos, pero otros, principalmente dos situados á la derecha de la puerta y parecidos entre sí, tienen muchísimos.

Enterramientos y adornos son románicos, y aunque se hallan muy estropeados por la acción del tiempo, ostentan muchas figuras y resultan muy curiosos. Su vista produce la impresión de que estuvieron en otro sitio, del cual han sido trasladados al que hoy ocupan. Carecen de inscripciones, y todo lo que he oído respecto á ellos es que allí están sepultados los comendadores de Alfonso VIII, frase que dice bien poco.

Mencionaremos en tercer lugar la iglesia de San Gil, pegada á uno de los restos de muralla que aún quedan, y de sólida y antigua construcción. Hay en ella, y se conservan en buen estado, tres retablos góticos, uno de ellos con un boni-

to frontal de altar; muchos sepulcros de diferentes épocas, bien ornamentados de estatuillas, columnitas, escudos, cesterías y relieves; varias pinturas que merecen verse, y la singular capilla que llaman del Socorro, muy pequeña y oscura, pero cubierta de cuadros no malos en techo y paredes.

Y como cuarta cosa merecedora de visita es de relacionar el Museo artístico y arqueológico que se halla en la torre de Santa María, la cual fué Casa Consistorial hasta fines del siglo XVIII, en que se edificó la actual. Formaba la torre una parte de la muralla, y el arco del mismo nombre, que en ella está, una de las puertas de la ciudad. La torre tiene un grueso de 33 pasos, el arco una longitud igual, y en una de las paredes del segundo se nota una puerta baja, no muy ancha y también de arco. Por ella se entra, súbese por una escalera de piedra muy gastada, poco iluminada y que tiene por pasamanos dos cadenas de hierro. Todo esto se halla como cuando la torre dejó de ser Consistorio y no se cambia porque ello por sí mismo es materia arqueológica. Subida la escalera, se llega al Museo, que ocupa todo el interior de la torre y está dividido en cinco compartimientos. De pintura hay poco notable, pero de escultura existen buenas muestras, consistentes en sepulcros suntuosos, procedentes de los conventos de Fres del Val, San Esteban de los Olmos y San Pablo de Burgos. El mejor es de un D. Juan de Padilla, que se dice fué paje de la Reina Católica. Encuéntrase luego lápidas romanas y otros objetos de igual origen, procedentes los más de las ruinas de Clunia; á esto sigue lo bizantino, sobresaliendo en ello un frontal de altar que fué del convento de Santo Domingo de Silos, el cual se conserva muy bien; capiteles de columnas que se dice son de los siglos XI, XII y XIII; estatuas yacentes, escudos de armas labrados en piedra, restos de otros, arquetas muy bonitas, entre ellas las que fueron robadas hace dos ó tres años y recuperadas luego, piezas de armaduras, algo de cerámica, un monetario bastante curioso, muchos cuadros con fotografías de los monumentos de la ciudad y otra porción de objetos cuya enumeración alargaría demasiado este escrito. Este Museo, aunque pequeño, merece verse, sobre todo por la parte arqueológica.

Muchas más cosas curiosas ó importantes se podrían mencionar; pero tal mención haría demasiado largo este artículo. En el siguiente daremos cuenta de otras curiosidades no desprovistas de interés. ¡Es tan rico en recuerdos históricos, artísticos y legendarios mi queridísimo pueblo!

L. MARISCAL.

Burgos 2 Septiembre de 1902.

ILUSIÓN DESVANECIDA

Por la agreste hermosura del paraje en que se halla asentada, al pie de pequeñas colinas sembradas de pinos y de castaños, por lo delicioso de la temperatura en la estación estival, por lo suave del declive que formando blanda alfombra de finísima arena ofrece fácil acceso al mar, la playa de Altazurrún será seguramente con el tiempo una de las más frecuentadas por los veraneantes.

La dificultad de las comunicaciones, no allanada hasta el presente por ninguna empresa particular, el abandono de la Diputación provincial hacia lo que pudiera ser venero de riqueza para la provincia, y la ignorancia de los habitantes de aquel pueblo, dedicados en su totalidad á los rudos trabajos de la pesca, acerca de las excelencias de que son dueños, hábilmente explotadas quizás con menos motivos en otras partes, han sido causa de que sólo contadísimas familias pertenecientes á la clase media, y amigas de la economía, pasen el verano en Altazurrún.

Compréndase la sorpresa de los asiduos concurrentes á tan esquiva playa al saber el año último que la única casa notable del pueblo, perteneciente á rico indiano, ausente á la sazón, y administrada por el Alcalde, iba á ser ocupada durante el estío por la egregia familia del Duque de Valcázar.

Las noticias referentes á lo noble de la progenie de los Valcázar, á su alta posición en Madrid, á lo cuantioso de su fortuna, fueron suministradas á los moradores de Altazurrún por Gonzalo Ruipérez, sobrino del párroco. Era Gonzalo un mocetón de veintidos años, que había residido durante algún tiempo en la capital de la provincia, y por espacio de dos meses en Madrid, lo cual, unido á lo simpático de su esbelta figura, al despejo de su inteligencia, á su nativa modes-

tia y á la buena voluntad con que se desvivía por hacer un favor á cualquiera, le habían dado la supremacía en el pueblo, convirtiéndole en la persona de más viso de la localidad.

El hermano del párroco, padre de Gonzalo, había querido darle una carrera; mas su muerte cortó los vuelos al chico, y éste, en unión de su bonísima madre, por exigencias de la necesidad, se había visto obligado á refugiarse en Altazurrún, al amparo de su tío. Allí vegetaba, sirviendo en el Ayuntamiento, cuya secretaría estaba seguro de ocupar algún día, sin que, debido á la bondad de su temperamento, las aspiraciones á lanzarse á un mundo distinto, constreñidas á reducirse á tan estrecho campo de operaciones, hubieran agriado su carácter. En lo más recóndito de su ser flotaba, sin embargo, la esperanza vaga en algún acontecimiento que le permitiera romper el círculo prosaico y estéril que le envolvía. Su alma soñadora pensaba que allá, tras los montes lejanos, había posiciones que conquistar, goces que sentir, ambiente de vida distinta de la que le encarcelaba en la risueña campiña. El mar y el cielo no decían nada á quien aspiraba á gastar sus energías en aquel Madrid de sus ensueños, que, agrandado por la distancia, se le presentaba como meta de sus afanes.

Los Duques de Valcázar llegaron á Altazurrún con su única hija, Elena, hermosa joven de veinte años, y multitud de criados, instalándose en la casa que habían alquilado. Sucedió entonces, y Gonzalo fué, desde luego, el primero en observar el contraste, que mientras la servidumbre hizo todo género de melindres y repulgos, y trató á los pescadores con aire de afectada superioridad, los Valcázar usaron con indígenas y bañistas tan franca llaneza, y tuvieron para unos y otros tan cortés cordialidad, que se ganaron desde el primer momento todas las voluntades.

No hubo grandes ni chicos, é invitados por las noches los bañistas á la tertulia de los Duques, pasábanse allí las horas agradablemente, sabiendo éstos mantenerse en su justo medio, tan lejos de la soberbia como de la familiaridad.

Quedaron el Duque y la Duquesa encantados de las buenas prendas de Gonzalo, y le distinguieron y agasajaron en extremo, sin que jamás el mozo saliera de la más exquisita

discreción. Elena, por su parte, mostróse con él cariñosa y amable, naciendo de aquí una amistad que era orgullo de la madre de Altazurrún, reclusa en su casa por sus achaques.

Mas aquel afecto que comenzó en Gonzalo siendo placer, no tardó en acibararse. La belleza asombrosa de la joven, su trato distinguido, las cualidades todas de la aristocrática niña, clavarón profundamente dardo de amor en el corazón del mancebo. Y el día en que se convenció de que se hallaba enamorado, al medir la inmensa distancia que hacía para él inaccesible el objeto de sus deseos, una tristeza inmensa conturbó su espíritu.

Mas el amor es ciego, y lo que fué al principio mortal desasosiego, se dejó iluminar por rayos de esperanza.

Elena, en sus diálogos interminables, mostrábase cada vez más afectuosa, y los ojos, con su mudo lenguaje, iban más allá que los labios, dando alientos á lo que en lo más hondo del pecho del joven pugnaba por esconderse.

Entre todas, una tarde estuvo Elena más que nunca expansiva.

Hablóse del amor, y la Valcázar, con acento firme en que vibraba el entusiasmo, sostuvo la teoría de que la pasión es superior á todas las convenciones humanas, y que no existen para ella desigualdades.

Las objeciones que anhelante y respirando apenas opuso Gonzalo fueron deshechas por Elena con tan sincero acento y con tan imponderable brío, fijando en su interlocutor con afán tan extraño la límpida mirada de sus ojos azules, que éste quedó anonadado y confuso.

—Piense usted lo que le he dicho—dijo la joven estrechando calurosamente la mano de Gonzalo al despedirse;—mañana espero la prueba de que se halla usted convencido y de que cree, como yo, que para el amor no existen desigualdades.

Gonzalo no pudo dormir un solo instante aquella noche. Un mes hacía que conocía á Elena, y la amistad era ya pasión insensata. No cabía duda: la joven le amaba y sus palabras eran orden imperiosa de romper un silencio que, sin tan claros alientos, hubiera sido eterno, sumiéndole en el descon-

suelo mientras ahora sentía alzarse en su alma risueña y luminosa la imagen de la felicidad. Obstáculos se alzarían, mas con firme voluntad sabrían vencerse, prometiéndose al mismo tiempo hacerse digno de aquel amor que le inundaba de tanta alegría, después de haberle hecho sufrir angustias y tristezas.

Al día siguiente, en la actitud de Elena leyó el afán de hablar con él á solas, y las miradas se cruzaron afectuosas y atractivas, mostrándose alegres su común acuerdo.

Cuando llegó el ansiado momento, Elena, sentada junto á él en una roca situada á orillas del mar y alejada de sus padres y del grupo de los bañistas, le dijo conmovida y balbuciente:

—Gonzalo, es usted bueno y no hará traición á mi secreto. Amo á disgusto de mis padres á un oficial de Artillería. No pertenece á la aristocracia, y el maldito orgullo de los Valcázar se opone á nuestra felicidad. Mi venida á Altazurrún es un castigo; no puedo fiarme de los criados, cuidadosamente escogidos por mis padres. La correspondencia con el que tarde ó temprano ha de ser mi esposo se halla interrumpida. ¿Quiere usted favorecer á dos desdichados? ¿Quiere usted remitir mis cartas y recibir las que él escriba á usted... para mí?

Elena ocultó el rostro entre sus manos. Hallábase encendido como una rosa por las ondas de rubor que salían por sus mejillas, y la niña no pudo ver que el de Gonzalo se ponía pálido como la muerte, porque la sangre afluía con angustia infinita hacia el corazón.

Gonzalo aceptó doliente y poseído de pena inmensa el papel de mediador que se le ofrecía.

¡Espantoso egoísmo de la felicidad! Los obstáculos se han vencido, y Gonzalo, olvidado por los felices amantes, ha sabido hace pocos días que la boda se ha verificado... por la revista de salones de un periódico.

Al verse condenado eternamente al abandono, una ráfaga de desesperación y de muerte se apoderó del joven. Mas lo que parecía decisión irrevocable, se deshizo en su corazón generoso al ver entrar en su cuarto, en el momento en que iracundo hacía añicos el periódico, la figura avejentada de su

madre. Y comprimiendo un sollozo que con pesar inmenso le hinchaba el pecho, depositó un beso en la arrugada frente de la anciana, beso que era la expresión del único amor que podía contrapesar en su alma el dolor acerbo de su ilusión desvanecida.

ENRIQUE CORRALES Y SÁNCHEZ.

SÁTIRA

A Rafael Alvarez Sereix.

No es hijo mi silencio del olvido
ni de que la amistad que te profeso
el tiempo destructor haya extinguido;

Es que ya de los años siento el peso
y mi dulce enemiga, la pereza,
siempre me tiene entre sus brazos preso.

Mas hoy sacudo el yugo con fiereza
y, antes de comenzar esta diatriba,
te pido el parabien por mi proeza.

No hallarás en las líneas que te escriba
ni el más ligero asomo de lenguaje
que en los modernos escritores priva.

Me place más vestir antiguo traje:
el que vestía el clásico Rioja
y otros cien de su fama y su linaje.

Y si mi insulsa charla no te enoja,
te abonaré mi gusto con razones
á las que no hallarás vuelta de hoja.

Cuando del clarín bélico á los sonos,
triunfante el idioma castellano
recorría del mundo las regiones,

sus leyes imponía, cual tirano,
y la cerviz doblaban á su yugo
el francés y el sajón y el lusitano,

De su caudal el inexhausto jugo
creó el libro inmortal que por doquiera
de andantes caballeros fué verdugo,
y su prosodia varonil, guerrera,

infiltró sus acentos de combate
en el lenguaje de la Europa entera.

Hoy todo nos humilla y nos abate,
y copiamos con gusto un desatino
cuando es transpirenaico el disparate.

Aquel arroyo puro y cristalino
que dió fertilidad al siglo de oro,
es hoy un charco fétido y mezquino
en el que cantan su aburrido coro
las ranas modernistas, destrozando
la patria lengua y su rimar sonoro.

Nada más fácil que afiliarse á un bando
de estos batracios, que por todas partes
pululan nuestro oído atormentando.

Ni es preciso saber ciencias ni artes,
ni hay obra de estos Píndaros modernos
que no parezca concebida en martes.

¿Por qué sus disparates sempiternos
Apolo no castiga, á esos autores
mandando á los mismísimos infiernos?

Los hay (y no son éstos los peores)
que fingen esquivar, por muy zurrados,
los aplausos del vulgo y sus loores,
y en su celda poética encerrados,
escriben sus estrofas misteriosas
para sí y para algunos iniciados.

Te marean sus frases ampulosas,
mas ni en un siglo entero desvaneces
las nieblas con que envuelven á las cosas,
y por eso en sus obras, muchas veces,
se realiza aquel dicho conocido
de que es más el ruido que las nueces.

El símbolo es su Dios; mas escondido
del santuario en el recinto obscuro
cuyo velo jamás se ha descorrido,
é invisible al mortal que, el recio muro
violando, penetrase en el misterio
y lo manchara con su aliento impuro.

Toma sus jeroglíficos en serio
y, ó vas al manicomio antes de un año,
ó te llevan difunto al cementerio.

Otros te pintaré que hacen más daño,
y son los que se llaman coloristas,
de los cuales es grande ya el rebaño.

Presumen de profundos lingüistas
y al mísero idioma dan tormento
con voces por los libros nunca vistas.

Idolatan la forma; el pensamiento
es cosa secundaria y pasajera,
indigna de ocuparles ni un momento.

Y, aun con buen arma y vista muy certera,
si en sus obras de ideas vas á caza,
no hallarás rastro de una tan siquiera.

Prueban con esto ser de inferior raza,
pues con trajes y plumas de colores
salen, cual los salvajes, á la plaza.

Y del pavo real imitadores,
hacen la rueda y llaman á la gente,
pero graznan y ¡adiós espectadores!

Pues ¿y de la falange decadente,
que de neurosis dice estar herida
y la cura con dosis de aguardiente,
qué te diré? Que no encontré en mi vida
ni gente más vacía de mollera,
ni lectura más tonta y aburrida.

Lo sencillo y real les exaspera,
y en busca de ignoradas sensaciones
recorren con afán la tierra entera,
escribiendo, al volver, veinte renglones
en que hay de extravagancias dos millares
y de mentecateces dos millones.

¿Y son estos grafómanos los pares
de aquellos escritores castellanos
cuya fama cruzó los anchos mares?

Del lenguaje sayones inhumanos
se les puede decir con el poeta:

—«¡Todos en él pusisteis vuestras manos!»—

No: nuestra indignación llegó á la meta
y el silencio, de hoy más, es vergonzoso
ante turba que al arte no respeta.

El arte es la verdad. Astro glorioso
ante el cual el sol mismo palidece
porque es de Dios destello luminoso.

En el azul del cielo resplandece
en letras que formaron las estrellas
el génesis del arte que amanece.

Y en páginas de luz nos dicen ellas
al hablar del origen de las cosas
que, al darles vida Dios, vió que eran bellas.

Las obras verdaderas son hermosas,
y creer bello lo más extravagante
es preferir los cardos á las rosas.

Huyamos de este ejército pedante
que, envuelto entre tinieblas como un ciego,
marcha hacia atrás, creyendo ir delante.

Y pidamos á Dios que envíe luego
sobre tan perniciosos literatos
una chispa siquiera de aquel fuego
que á Sodoma abrasó. De esos pazguatos
así quede extirpada la simiente
que dió la vida á frutos tan ingratos,
y brote en nuestra patria, floreciente,
la semilla inmortal que engendró un día
del siglo de oro la famosa gente,
y ella te haga olvidar, por dicha mía,
esta catilinaria que te escribo
defendiendo la vieja poesía
y para darte fe de que estoy vivo.

LUIS CÁNOVAS.

PSICOLOGÍA DEL ARTE

LA VIDA ARTÍSTICA

Puede considerarse como un factor ó como una forma de la vida psico-social. En el primer caso, es una cantidad de energía irreductible en la vida del organismo individual, integrado en el superior organismo social; en el segundo, se prescinde en cierto modo de su sustantividad, considerándola como un *fenómeno*.

Desde que los estudios positivos han comenzado á aplicarse al arte, va prevaleciendo la primera concepción, no tan señalada y distinta en los filósofos platónicos y neoplatónicos, ni en los mismos aristotélicos. Más aún: el arte no es una redundancia de vida, una superior evolución del juego, sino algo serio é irreductible con significación propia, según ha demostrado Guyau.

En estas condiciones, el arte y la vida artística, entrando en el terreno de la psicología y de la sociología, son susceptibles de una sistematización científica, que ha de ser experimental para ser fecunda.

La actividad artística es una función psico-social, destinada á realizar un acto psico-social, con un órgano psico-social de producción. Sin organismo social no es posible la vida artística, porque el arrebató lírico del salvaje es pura explosión del instinto, desnuda de toda forma, sin la cual no hay arte. La forma es el signo de *inteligencia* y *simpatía* posible en el intercambio de nuestros estados de alma.

Actividad estética, naturaleza, artista, tradición y público son los factores de la vida artística.

Es ésta un doble proceso de asimilación y desasimilación.

Sus funciones irreductibles son la nutrición y la reproducción, y aun esta última, según las nuevas teorías biológicas, puede reducirse á aquélla. Luego, en la vida artística, debemos analizar este proceso para ver si se cumple exactamente lo que arriba hemos supuesto.

Nuestra actividad psico-fisiológica es una actividad correlativa, coordinada á otras en un medio social y natural de convivencia. Según el principio de la conservación de la energía, cualquier acción de uno de los elementos del agregado social, repercute (y debe repercutir siempre que sea perfecto) en todos los demás, determinando en ellos un movimiento adaptado á su naturaleza, ó permaneciendo como energía potencial en su masa. Por la ley de la división del trabajo, la energía social se diversifica en funciones múltiples, como en todo organismo complejo. Cada célula social, cada individuo apto para el cumplimiento de una función, asimila en el organismo en que vive los elementos necesarios, si ha de vivir y reproducirse antes de morir. Dentro del superior organismo, el individuo-artista conserva una autonomía, pero solidaria. El acto que ejecuta no es solamente celular: tiene trascendencia orgánica, colectiva. Para el organismo y por sí trabaja.

El primer deber de todo artista es adaptarse: dar trascendencia práctica y humana á su obra, aspirando siempre á pensarla y sentirla sobrehumanamente. Más claro: debe *concebir* y *hacer* para su época con los elementos que de ella recibe, y en la forma que los demás individuos lo precisan. El carácter subjetivo y caprichoso del artista extravagante, se explica solamente en el *anormal*. La forma reflexiva del arte impone deberes de concepción y ejecución al artista. Tiene que moldearse y moldear su obra, no en las ansias de un gusto refinado, de una forma superviviente, de una alucinación enfermiza, porque su trivialidad, ó le atrofia para que su función no *repercuta*, ó le somete á combustión violenta y le secreta después como célula cadavérica é inútil. El artista *actual* y la obra artística *actual* han de tener una estructura necesariamente coordinada al organismo social *actual*. Si el factor artístico de nuestra vida contemporánea ha de ser útil social-

mente, debe socializar su función primero, y hacerla necesaria después. Los extravíos de la ciencia, que tiende á hacerse empalagosa y pedante por querer invadirlo todo, en vez de contentarse solamente con dar su aliento á todo, y los extravíos del instinto sexual, polarizados brutalmente en nuestra época, impotente para crear un nuevo ideal si la tradición le ha desheredado de los suyos, piden al arte una misión muy alta que no pueden cumplir esas almas decadentes monopolizadoras hoy de sus funciones; piden una regeneración seria en la vida y en el temperamento del artista para ejecutarlas más viriles, un cerebro equilibrado, una imaginación constructiva, fuertemente nutrida de ideas, un corazón lleno de afectos humanitarios y una voluntad tenaz y constante.

El artista contemporáneo no debe trabajar para una clase social privilegiada, ni para un agregado social, que el tiempo y las vicisitudes históricas consolidaron en *patria*; su labor ha de ser, como decíamos antes, *humana, humanizadora* del hombre para el hombre.

Así están bosquejadas globalmente las funciones de asimilación y de desasimilación. El artista debe concebir para crear, y debe crear para satisfacer una necesidad social presente, y peremnizar su obra virtualmente, haciéndola viva con poder generador en la mente de otro artista.

¿Cuáles son los elementos que el artista asimila para cumplir sus funciones, y cómo los asimila? Esta cuestión nos coloca ya en el terreno concreto del análisis.

Estudiaremos, por lo tanto, la actividad artística en sí misma, el dato artístico como materia de esta actividad, y el producto artístico como hecho en que se revele la forma de aquélla.

Según los trabajos de Grosse sobre el juego de los animales y del hombre, resulta ser el arte una forma de actividad específicamente distinta del juego. En su obra *Die Spiele der Thiere* Grosse opone á la tesis de la suprabundancia de energía genérica la de una especie de instinto cuya expresión formal sería el juego.

La actividad estética, esta fuerza instintiva de que habla Grosse, tiene dos fases como todo acto psicológico: una objetiva y otra subjetiva; puede emplearse en un acto de *creación*

ó en un acto de *recreación*. La fase objetiva dice orden al público; la fase subjetiva, al artista. En ambos casos esta actividad supone una representación y una emoción, un proceso mental y otro emocional, sólo que en el primero la emoción surge por imitación simpática, la representación es puramente reproductiva, y en el segundo la representación debe ser constructiva y la emoción original.

Esta diferencia no es absoluta. Entre la emoción colectiva del público y la emoción individual del artista no hay nunca una separación completa, y lo mismo puede decirse de la representación. Ni el público es puramente pasivo, ni el artista totalmente activo. En el alma del público late virtualmente la energía creadora que en el momento de la inspiración se acumula en el artista. De ella arranca la inspiración verdadera, real y humana. Más claro, público y artista son factores de *coproducción* estética.

La misma actividad artística, individual tiene dos fases, subjetiva y objetiva; subjetivamente considerada en ella se contiene todo el caudal de representaciones que la memoria artística conserva (Hirth, Fisiología del arte), la fuerza emotiva, determinada por el carácter y temperamento artístico, y la fuerza constructiva, creadora, característica de su originalidad.

Objetivamente considerada la actividad artística, es un reflejo estético. Recibe el individuo las excitaciones del medio físico y social en que vive y responde á ellas inconcientemente. Esta inconciencia no es de tal naturaleza que anule por completo la conciencia particular de los actos múltiples de la incubación mental y emocional de la obra. Hay una conciencia analítica en la concepción y una inconciencia sintética en la producción. El artista puede hacer con conciencia reflexiva el plan de su obra, puede acumular los materiales para la misma; pero es necesario que la acción productiva, si ha de ser fuerte, sea irreflexiva.

Los materiales de la asimilación artística para la producción, proceden de la naturaleza del público y de la tradición artística. Más que colaboradores en la obra son los que proporcionan al artista la primera materia para ella, porque éste, como hemos visto, por sí nada vale.

Naturaleza, público y tradición artística no son para nosotros tres entidades abstractas y aisladas, sino más bien tres formas vivas de una misma realidad, *actual, concreta* y en cierto modo *presente*. Formas ó factores que viven íntimamente integrados con energías correlativas y cooperación inconciente para la obra del progreso universal. Esta inconciencia de la realidad es la base primera de toda creación. Por el acto de crear, lo inconciente *socialmente* se hace conciente *individualmente*. La obra artística no es una *revelación*, sino una *inferencia*. Su órgano, su instrumento es el artista. Éste, para tener inspiración, necesita ante todo intuición. Así podrá ver con mirada fácil lo que sin ser invisible está fuera de la *visión distinta* de la conciencia social. Las fuerzas subconcientes que en la naturaleza, en el público y en la tradición están acumuladas, reclaman un poder mental casi sobrehumano para utilizarlas como propulsores de acción artística. Por eso Nietzsche ha considerado al artista como un superhombre, *Hueber-Mensch* y Carlyle como un héroe. Por eso se llama artista por excelencia al poeta, revelador y adivino para la humanidad, necesitada del misterio.

Cuando el artista disocia su público de la naturaleza, se convierte en *profesional de clase*, en falsificador de obra, según frase de Tolstoi. Cuando bebe solamente en la tradición artística de su época, cristalizando en ella, en cuanto muerta é inmutable, tiende á consolidar el espíritu de escuela y de rutina, tan peligroso en la obra viva de renovación estética. Cuando se entrega solamente á la naturaleza, por no saber leer en ella, con la mente desnuda y vacía de toda preocupación, por querer aislarla á conciencia del hombre, por ignorar que es el escenario de la acción del hombre, se hace amanerado. Así tenemos, pues, el *arte profesional*, el *arte hiperclásico* y el *arte convencional*, tres formas incompletas, tres degeneraciones del arte verdadero; pero degeneraciones pobres y miserables por ser simplistas en grado sumo.

El dato artístico: de dos maneras podemos determinarlo: por introspección en el acto de crear la obra, cosa difícil si se tiene en cuenta que no todos los que reflexionan son artistas, y además que el acto complejo de crear implica una

especie de sobreexcitación *eyectiva*, que hace difícil la obra reflexiva del pensador; y por inducción. Eso es lo que á todo el mundo es asequible, observar la influencia que la obra artística ya producida ejerce en el individuo, como unidad elemental del público. Este método es además mucho más seguro, en cuanto podemos experimentar sobre la influencia sugestiva de la obra, repetir los casos é inducir con más probabilidad. Colocándonos en este punto de vista, el estudio del dato artístico debe hacerse por comparación. El dato científico y el dato vulgar nos servirán de términos. Entre el dato científico y el dato artístico descubrimos semejanzas y diferencias. Las semejanzas son éstas: 1.^a, ambos son una especie de abstracción de la cosa en sí, y en este sentido tienen una gran universalidad; 2.^a, ambos suponen un trabajo previo de percepción sensible de la cosa; 3.^a, ambos pueden coordinarse con otros por asociación, espontánea ó refleja, y esto es lo que constituye en la ciencia las inferencias nuevas, las sistematizaciones nuevas, y en el arte la originalidad; 4.^a, á medida que la ciencia se basa sobre un mayor número de datos, de hechos, su trabajo de sistematización es más fácil, pero también más complejo; á medida que el arte descansa en una mayor observación, en un caudal más grande de representaciones y de recuerdos, la construcción original se hace más probable, siempre que haya una marcada individualidad, una nota de personalismo artístico en el trabajo de elaboración.

He aquí las diferencias: la ciencia ejerce sobre las cosas una función más abstractiva, tan abstractiva como lo consiente su objeto formal. El arte no lleva nunca su acción sobre los hechos hasta este punto. Si bien los desnuda de sus notas de singularidad, no separa nunca su esencia de sus propiedades, el noumeno del fenómeno. En este sentido, su labor es mucho más compleja; la fuerza de idealización artística supone la doble acción del intelecto, que es abstractiva, universalizadora, y la de la imaginación, reproductiva y transformadora. El objeto visto por los ojos de un artista aparece siempre transfigurado. La representación que acompaña á la abstracción científica es meramente esquemática. La obra científica y la obra artística son universales de dos modos: la

primera, en cuanto es una semejanza posible de las cosas, un aspecto simple de su esencia; la segunda, en cuanto es una recreación de la cosa. Por la ciencia llegamos á la realidad formal; por el arte aspiramos á la realidad concreta, pero ideal.

El dato artístico y el dato vulgar. Tiene de semejante el dato artístico con el vulgar lo que de diferente tiene con el científico y viceversa. El dato artístico no ocupa un lugar intermedio entre el científico y el vulgar, como suponen muchos, sino que, dada su naturaleza, es una integración espontánea y reflexiva de los dos. Cuando el arte, por propia vitalidad, arranca de conocimientos vulgares, es como el precursor de la ciencia; cuando de la ciencia desciende al conocimiento vulgar, es para animar con formas concretas y vivas lo frío y abstracto de sus sistematizaciones. Por obra del arte lo incomprendible á la mente social se adivina fácilmente. Porque ella es como el verbo del misterio, de lo incognoscible. Por obra del arte, prospera el espíritu popular, se eleva el tenor mental de las multitudes, se dignifica el ignorante redimiéndose de su esclavitud. El dato artístico y el dato vulgar son concretos á más de ser universales; pero mientras el primero está sujeto á un proceso psicológico, á una obra de reconstrucción ó de reproducción sin inferencia, el segundo infiere, porque recrea, porque transfigura.

De aquí se deduce que los caracteres del dato artístico son: 1.º, la universalidad; 2.º, la individualidad. La primera cualidad se adquiere con el talento artístico y la segunda con el genio. Por la universalidad, el dato artístico debe poseer, en cierto modo, las semejanzas de todas las cosas que son de la misma naturaleza que él; por la segunda debe tener el mayor número de cualidades posibles, el mayor caudal de ciencia, que puede existir bajo una forma limitada. Por la extensión el arte y la ciencia se parecen. Por el contenido, las aspiraciones del arte rebasan el límite de las de la ciencia.

La naturaleza, la tradición y el público, en labor conciente ó inconciente, pero solidaria, se encargan de presentar al artista el dato, elaborándole primero en una especie de síntesis viva. La vitalidad y el sintetismo son también caracteres fundamentales del dato artístico.

Este dato influye en el artista de dos maneras: 1.º, produciendo en él un reflejo estético; 2.º, determinando en su conciencia una representación estética, la huella compleja de su estado de alma, también complejo. A medida que el artista, como individuo, persigue el acto reflejo, tiende á hacerse voluntario, la espontaneidad evoluciona hacia la actividad consciente. Cuanto más largo es el ciclo que la impresión estética recorre, y cuanto más honda sea su huella, tanto más compleja será la asociación de las representaciones estéticas y más original la función constructiva del artista. Si el artista, la naturaleza, la tradición y el público están en una relación más estrecha de convivencia, el reflejo estético se hace cada vez más complejo y sintético. Será expresión de la solidaridad real de estos elementos y base de tal solidaridad en cuanto fielmente la expresa. En este sentido ha dicho Guyau que el arte es la religión del porvenir en cuanto á su ver es la única relación posible entre los objetos que responden á la concepción moderna del Universo. Entre el *acto estético reflejo* y el *acto estético reflexivo* hay una distancia inmensa, tan grande como la que existe entre la bárbara expresión del gesto de un *bosquimano* y la viva y variada *fisonomía* del europeo. Ya estudiaremos la evolución del arte según las razas y en el niño, para convencernos de este aserto.

El dato artístico, á medida que el arte progresa, es más complejo y más individual. Gana en complejidad y personalismo lo que en espontaneidad salvaje haya perdido. Tiende á ser expresión del estado del alma del que crea, y disminuye el valor y el poder social del arte. Pero, por otro lado, hay en él una sociabilidad virtual, una solidaridad potencial latente en cuanto carece de oportunidad actual para revelarse. El individualismo del arte civil desaparecerá cuando el estado de clase desaparezca; es más, tal individualismo, haciéndose integralmente solidario, creará el arte social y humano, que ya tiene en nuestra época precursores.

De la misma manera que sin un caudal inmenso de hechos es imposible la inducción científica, sin un caudal inmenso de datos artísticos es imposible la creación original. Nace la ori-

ginalidad de la concepción, de las relaciones nuevas que entre un mismo caudal de representaciones se establezcan ó de relaciones nuevas entre nuevas representaciones. Y es claro que lo primero no se consigue solamente con una imaginación reproductiva. Hace falta la imaginación creadora y además una fuerza habitual para ver las cosas de distinta manera, lo cual supone que hayan sido miradas por muchos lados.

Las representaciones nuevas y las relaciones nuevas son para el arte verdaderas invenciones, cosa que solamente puede conseguir el genio. A la primera originalidad puede llegar el talento.

La originalidad y la inspiración son las notas distintivas del arte creador; pero ambas brotan de un caudal inmenso de hechos, de representaciones, de datos que se asimilan por trabajo cotidiano. La inspiración, forma de toda creación original, supone antes una gestación misteriosa de la obra, larga elaboración subconciente de los elementos que el extramundo proporciona al artista.

El dato artístico por propia virtualidad y por la virtualidad creadora del artista, es elemento de una coordinación, como lo es la verdad científica de un sistema. El mayor número de datos, con valor cualitativo y el poder de invención, determinan la creación de la obra, como la nutrición celular determinan la reproducción de la célula. Es decir, que el dato artístico, tiende á la acción. El acto de crear es para el artista una necesidad. Pero ¿por qué no todos la sienten? Y si la sienten, ¿por qué no todos tienen la facultad suficiente para satisfacerla? Si bien se medita sobre esto, la respuesta no se hace difícil. Ni la humanidad es un agregado de eunucos para el arte, ni de impotentes. La psicología de las multitudes nos convence de todo lo contrario; en el lenguaje, en la acción, en el trabajo, hay una resonancia más ó menos lejana de la palabra arte. Buecher ha estudiado en una obra muy reciente (*Arbeit und Rhythmus*) la relación que existe entre el trabajo y el ritmo, y ha querido sacar de sus investigaciones una hipótesis muy luminosa sobre los orígenes del arte. Los trabajos de Grosse sobre los comienzos del arte nos convencen de su universalidad, como obra producida por todos.

Tiene en los comienzos un carácter eminentemente social y anónimo, se especializa diferenciándose después y se hace de clase por último; pero esta hipertrofia de la función artística, vinculada en un profesionalismo productivo y crítico, esta manera de ver el arte, en el reducido horizonte de la tradición ó de la tendencia, no ahoga jamás la potente circulación de vida emocional de las multitudes por cauces groseros y vulgares, eso sí, pero fecundos en bellezas y en deleites no gustados, si se rectifican. Por eso toda renovación artística, si es atávica solamente, muere. Sólo es viable si busca la tradición en las entrañas vivas del pueblo que inconscientemente la atesora.

Sucede que la diferenciación de clases en el organismo social implica una diferenciación de artes, que á medida que el agregado de individuos se hace más complejo, las funciones se localizan, la división del trabajo comienza y con ella la especialización. Tal estado no implica de ninguna manera en el individuo la atrofia de sus facultades artísticas, sino que, á lo más, supone una anormalidad en el funcionamiento del organismo social. Vinculada la producción artística en un órgano, la herencia por una parte y la falta de ejercicio por otra, determinan en el individuo artista una facultad creadora, y en los demás una facultad aprehensora de la obra ya creada. Pero si el individuo, coordinado á un conjunto de individuos, es incapaz de producir para ellos una obra, no puede decirse otro tanto de lo que para sí mismo hace; puede verter toda su alma en un símbolo, y puede ser este símbolo un gesto.

Con estos precedentes, parécenos haber localizado bien la cuestión en su aspecto psíquico-social: 1.º El individuo tiene ó puede tener facultad de ser artista (de poeta, músico y loco, todos tenemos un poco), pero la división del trabajo social especializa su operación y hace dificultosa la función creadora de la obra de arte. 2.º Esta división del trabajo, originada por la de las clases sociales, puede desaparecer cuando tales clases desaparezcan, ó se anule al menos su valor jerárquico. 3.º Esto supone ya la posibilidad de una mayor personalización del individuo causa de una mayor actividad conciente, de una mayor cultura. 4.º Como la función artística es la más

compleja y la más laboriosa de la vida psico-social, no se revela sino en aquellos individuos normalmente coordinados al ambiente que la producción artística requiere. Los individuos que se deleitan en una obra, no son impotentes ni eunucos para crear otra semejante. Son inadaptados al ambiente convencional de la producción artística presente, son niños para la función artística, que no pueden engendrar obras fecundas por falta de edad ó por falta de nutrición. Alimentemos el alma de las multitudes con cultura, dignifiquemos su personalidad servilizada, moralicemos su tenor de vida, y el arte, que, según frase de Schopenhauer, es su flor predilecta, brotará de ellos como un himno universal de consonancia perdurable.

ELOY L. ANDRÉ.

ORGANIZACIÓN MILITAR DE MÉXICO

CUERPOS TÉCNICOS

ESTADO MAYOR

El personal del cuerpo de Estado Mayor no tiene plantilla fija. Consta actualmente de: un General de brigada ó Brigadier, jefe del cuerpo y departamento en la Secretaría de Guerra; dos Coroneles, subjefes en el departamento; cuatro Coroneles; ocho Tenientes Coroneles; 15 Mayores; 24 capitanes primeros; número variable de capitanes segundos y tenientes y dos Mayores de Caballería adjuntos. La sección de cartografía se compone de dos Mayores, primeros dibujantes; dos capitanes primeros, segundos dibujantes; de los jefes y oficiales del cuerpo que se destinen á esta sección y del personal de talleres anexos. La sección de archiveros está constituida por cuatro archiveros de primera clase y cuatro de segunda.

El jefe del cuerpo de Estado Mayor da cuenta anualmente al Secretario de Guerra de las aptitudes demostradas por los jefes y oficiales de Estado Mayor en los trabajos y comisiones con arreglo á esta clasificación: muy apto, apto, medianamente apto y no es apto para el servicio de Estado Mayor. Los que obtienen la cuarta calificación son propuestos para su separación del cuerpo, pasando al arma para la que fueren útiles, así como los de la tercera, si esta nota persistiere en dos años consecutivos.

(1) Véase la pág. 197 de este tomo.

Por regla general, los oficiales que ingresan en Estado Mayor son destinados al departamento del arma en la Secretaría de Guerra, donde permanecen seis meses; pasan luego á los cuerpos de tropas, y por último, á los Estados Mayores ó comisiones geográficas.

Las comisiones desempeñadas por el Estado Mayor son: Departamento de la Secretaría de Guerra, viajes de Estado Mayor, Estados Mayores de tropas, zonas, plazas y comandancias militares, levantamiento de la carta de la República y correcciones en ella, comisiones geográficas y topográficas, agregados á legaciones y embajadas, misiones científicas en el extranjero, reconocimientos militares, inspecciones en el servicio de Estado Mayor y reconocimientos especiales de caminos de toda especie, prácticas en los cuerpos, comisiones pertenecientes á las Secretarías de Estado, á los Estados federados y á los municipios que tengan relación con los trabajos y levantamiento de la carta general, fuentes y vías públicas.

Los jefes y oficiales de Estado Mayor, así como los que se encuentren en comisión en el cuerpo, son inspeccionados anualmente, tanto en la parte personal como en el funcionamiento del servicio. La inspección personal, que se contraerá á la aptitud, instrucción, servicio que desempeña y conducta, versará acerca de lo siguiente: diferentes partes del servicio de Estado Mayor y Estados Mayores de tropas; servicio de los cuerpos tácticos en guarnición y campaña; reglamentos de maniobras de cada arma, de ferrocarriles y de transportes militares; y reglamento acerca de la organización y funcionamiento del servicio de etapas y de telégrafos. La inspección examinará además si las conferencias por oficiales de Estado Mayor, han tenido lugar, si éstos están montados y si son útiles sus caballos, etc., etc. En la parte referente al funcionamiento del servicio, los inspectores se cerciorarán de si éste se ejecuta conforme á reglamento, si hay oficiales que se hayan distinguido en alguna especialidad, si se han dedicado á la equitación, si las labores de la oficina han sido bien llevadas y si el local que ésta ocupa es adecuado.

Los asuntos que se despachan en cada Estado Mayor se distribuyen en dos secciones como sigue:

PRIMERA SECCIÓN

Correspondencia general, instrucción, operaciones militares, personal, justicia militar y servicios de sanidad y veterinaria.

SEGUNDA SECCIÓN

Reclutamiento, organización, movilización, y en general, los asuntos que se relacionen con la zona territorial ó región; administración, establecimientos de Artillería é Ingenieros y establecimientos militares, fortificación y almacenes.

En cada Estado Mayor, además de los libros de entrada y salida de correspondencia, se llevan los siguientes: de fuerza; de armamento y municiones; de vestuario, montura y equipo; de órdenes generales; de índice de expedientes de personal; de índice de expedientes de impersonal; de escalafón para el nombramiento de servicio; carpetas de correspondencia y documentos recibidos, de minutas, de cartas geográficas, topográficas y de fortificaciones, y cuadernos de estudios, noticias y reclutamiento.

El servicio de un Estado Mayor, en tiempo de paz, se divide en dos partes: el de oficina ó sedentario y el extraño á él.

Depende del Estado Mayor la sección de intérpretes, los que nombrados por la Secretaría de Guerra, quedan designados para el caso en que las tropas entren en campaña. Para ser nombrado intérprete se precisa ser mexicano, tener buena conducta y constitución física y someterse á las siguientes pruebas: examen escrito, que implica la traducción, sin diccionario ni otro documento, de pasajes de autores mexicanos ó reglamentos, en el término de una hora; examen oral del idioma, que requiere acreditar aptitudes para tomar informes de los habitantes, para interrogar prisioneros y desertores, para leer documentos ó correspondencia más ó menos mal escritos, para interpretar abreviaturas usuales, para hacer extractos de los periódicos, etc.; examen oral militar, que se refiere á justificar nociones acerca de la organización de los ejércitos, del

servicio y de los deberes militares suficientes para poder ser empleado en un Estado Mayor.

Los intérpretes son de primera ó segunda clase, según que posean dos ó un idioma; los sueldos de una y otra categoría son de 120,50 y 90,50 pesos respectivamente. Los paisanos nombrados intérpretes, mientras están en funciones, tienen la categoría de oficiales sin asimilación de grado; usan el uniforme de la Caballería, sin vivos, franjas, bordados ni galones, y se hallan sujetos á las leyes y reglamentos militares.

Los archiveros hemos indicado que son de cuatro clases. Para ser nombrado de cuarta, se necesita poseer buena letra, conocer las obligaciones desde el soldado á las del capitán, órdenes generales para oficiales, aritmética, gramática castellana y geografía de México, todo lo cual se comprobará por medio de un examen que tiene lugar en el departamento de Estado Mayor de la Secretaría de Guerra; para ascender á archivero de tercera, segunda y primera clase no se necesita examen. Los ascensos entre los archiveros tienen lugar en la proporción de dos tercios por antigüedad y un tercio por mayor aptitud y servicios distinguidos.

En el cuerpo de Estado Mayor se conceden tres cuartas partes de las vacantes al ascenso por antigüedad sin defectos, y una cuarta parte al mérito de los que hayan desempeñado comisiones militares de gran importancia, bien sean éstas de más peligro ó fatiga, ó en ellas hubieren demostrado mayor aptitud. Para evitar injusticias, compruébanse dichas comisiones por medio de una información y por la opinión de una Junta que levanta acta de lo dispuesto en ella.

En tiempo de guerra, el servicio de los asuntos se reparte en tres secciones, del modo siguiente:

PRIMERA SECCIÓN

Personal y material.

Organización.—Situaciones. — Efectivo: Pérdidas, evacuaciones y reemplazos.—Mutaciones, ascensos y recompensas.—Disciplina.—Justicia militar y prebostazgo. —Salvaguardias.—Estado civil.—Municio-

nes, víveres y material de toda especie.—Constitución, consumo y renovación de los aprovisionamientos.—Correspondencia general con los diversos servicios.—Mando del Cuartel General.—Recepción, apertura, distribución y expedición de despachos.

SEGUNDA SECCIÓN

Noticias y negocios políticos.

Orden de batalla y movimientos del enemigo.—Servicio de noticias.—Exploraciones y reconocimientos.—Servicio topográfico y estadístico.—Intérpretes, periodistas y agentes diversos.—Relaciones con el enemigo, con las autoridades y los habitantes de los países ocupados —Parlamentarios.—Contribuciones de guerra y requisas.

TERCERA SECCIÓN

Operaciones y movimientos.

Estacionamiento, movimientos, combates, destacamentos, partidarios, etc.—Palabras de orden.—Revistas y ceremonias.—Diario de marchas y operaciones.

Cada sección lleva un registro distinto con su legajo correspondiente en esta forma:

SECCIÓN PRIMERA.....	} Registro de correspondencia. ..	}	A. Con el Comandante en Jefe de la unidad principal.
			B. Con los de las otras unidades semejantes del Ejército, y con los de la Caballería independiente.
			C. Con los Comandantes de las unidades de Infantería, el de la brigada de Caballería y los Jefes de servicio.
			D. Con diversas autoridades.
	} Registros especiales ..	}	E. Registro de órdenes generales del cuerpo de Ejército.
			F. Registro confidencial.
			G. Registro de justicia militar.
			H. Registro de estado civil.
	} Documentos diversos ...	}	I. Estado de correspondencia de la unidad superior.
			J. Colección de situaciones del personal y material.
			K. Catálogo de los despachos y documentos conservados.

SECCIÓN SE- GUNDA.....	}	Registros de correspondencia....	} A. B. C. D. Como en la primera sección.	
		Registros especiales..		} E. Diario de noticias del enemigo, con cartas presentativas. F. Diario de noticias topográficas y estadísticas, acompañado de la carta del país, rectificadas día á día.
		Documentos diversos..		
SECCIÓN TER- CERA.....	}	Registro de correspondencia.....	} A. B. C. D. Como en las secciones primera y segunda.	
		Registros especiales ..		} E. Registro de las órdenes de movimiento. F. Diario de las marchas y operaciones, con cartas representativas y documentos que justifiquen.
		Documentos diversos....		

Los trabajos que se llevan á cabo en los Estados Mayores de las zonas, comandancias militares y jefaturas de armas por el personal del cuerpo comprenden cuatro partes: servicios especiales, prácticas de campaña, labores comunes de oficina y enseñanzas técnicas.

Los servicios especiales del Estado Mayor consisten en el levantamiento de planos (escala 1 : 5000) y de itinerarios (escala 1 : 20.000). La parte descriptiva y estadística de la Memoria contendrá: población y alojamientos, edificios, subsistencias, medios de transporte, caminos, clima, localidad y situación militar.

Las prácticas de campaña son éstas: marchas con las tropas, ejercicios y maniobras, viajes de Estado Mayor y reconocimientos rápidos. Cuando marchan tropas, acompaña á éstas un oficial de Estado Mayor que va haciendo observaciones diversas, tales como resistencia de los soldados al sol, á la lluvia, al mal camino, á la sed y á la carga que soportan. En los ejercicios y maniobras desempeña el oficial de Estado Mayor las funciones correspondientes.

Los viajes de Estado Mayor, en los que toman también parte jefes y oficiales de otras armas, se verifican anualmente y duran diez días. Los reconocimientos rápidos se hacen una vez cada año durante ocho días, llevándose á cabo como si se estuviera en campaña y á pocas jornadas del enemigo.

Además de las dos secciones que tramitan los asuntos en el Estado Mayor, hay otra sección, independiente de aquéllas, en la cual se concentran los planos, itinerarios, estadística, reclutamiento, transportes y la parte referente á las reservas.

«El buen porte civil y militar—dice el reglamento del cuerpo de Estado Mayor,—el estar siempre listo para el servicio que se nombre, la discreción, el estudio y el cumplimiento de las órdenes y comisiones del superior, son requisitos indispensables para todo oficial del Ejército, y muy particularmente para el de Estado Mayor, como agente del mando. Por ese medio obtendrá el aprecio de sus jefes y asegurará sus ascensos.»

Categorías, procedencia y situaciones del cuerpo de Estado Mayor.

Categorías.—Son las siguientes:

Coronel.

Teniente Coronel.

Mayor.

Capitán primero.

Capitán segundo.

Teniente.

Auxiliares del cuerpo de Estado Mayor.

Archivero de primera, Capitán primero.

Archivero de segunda, Capitán segundo.

Archivero de tercera, teniente.

Archivero de cuarta, subteniente.

Depende el cuerpo de Estado Mayor directamente de la Secretaría de Guerra, que es la que puede emplearlos en comisiones técnicas y militares, así como destinar sus ofi-

ciales á los cuerpos tácticos cuando lo juzgue necesario.

El personal del cuerpo, tanto en paz como en guerra, no tiene número fijo, pudiendo aumentarse con las necesidades del servicio.

Procedencia de la oficialidad.—Proceden los Jefes y oficiales de Estado Mayor:

- 1.º Del Colegio militar.
- 2.º De los Capitanes segundos de los cuerpos tácticos y técnicos que en concurso ganen nota para estudiar el curso de aplicación de Estado Mayor en el Colegio militar.

En este concurso, que consiste en presentación de Memorias escritas con arreglo al tema señalado y de los trabajos llevados á cabo por cada uno durante su tiempo de servicios, los opositores han de reunir las siguientes condiciones:

- 1.ª Haber salido del Colegio con la calificación de bien, por lo menos, en todos los cursos.
- 2.ª Demostrar celo é inteligencia durante el tiempo de servicio prestado, y
- 3.ª Tener excelente salud y agilidad.

Situaciones de la oficialidad.—Son éstas:

- 1.ª En servicio de armas.
- 2.ª En comisión.
- 3.ª En disponibilidad.
- 4.ª En reserva.

Los comprendidos en las dos primeras disfrutan del haber íntegro que les corresponda, los de la tercera el de disponibilidad y los de la cuarta carecen de sueldo, teniendo sólo derecho á uso de uniforme.

Corresponden á la primera situación cuantos prestan servicio en zonas militares, Comandancias ó cuerpos de tropas.

Á la segunda pertenecen los destinados en la Secretaría de Guerra y sus dependencias, en las Comisiones geográficas, en los Tribunales militares y otros ramos de Guerra, los que desempeñan cargos de elección popular de la Federación y los agregados militares á las legaciones.

Á la tercera, los que por orden de la Secretaría deben

hallarse dispuestos para prestar servicio en comisiones especiales, y los que se encuentren comisionados en la Administración.

Á la cuarta, los que soliciten el pase á la reserva, una vez cumplido el tiempo reglamentario de servicio, los que desempeñen puestos civiles de la República que no sean de elección popular, y los que obtuviesen licencia temporal por más de seis meses ó ilimitada (á excepción del caso prescrito en la Ordenanza).

Dependencias del cuerpo de Estado Mayor.

Talleres.—Los talleres de fotografía y litografía, dirigidos por el Estado Mayor, constan de un número variable de jefes de taller y obreros, según las necesidades del servicio; montados con arreglo á los adelantos modernos, en ellos se publican excelentes trabajos militares que en nada pueden envidiar á los más afamados de Europa y América.

Escolta de comisiones.—Á fin de que el oficial de Estado Mayor cuando sale á trabajos de campo no tenga necesidad de acudir á los cuerpos en demanda de soldados-escoltas, existe organizada una pequeña unidad con la siguiente distribución:

Capitán primero (de Caballería).....	1
Tenientes (de íd.).....	2
Sargento primero (de íd.).....	1
Sargentos segundos (de íd.).....	6
Cabos (de íd.).....	12
Soldados.....	68
Banda.....	3
Caballos.....	90

Servicio de transportes.—El escuadrón encargado de este cometido depende directamente de la Secretaría de Guerra, si bien puede ser empleado por el Estado Mayor en los servicios de éste ó bien en el de transportes de Administración militar. Los Jefes y oficiales son todos de Caballería, y el escuadrón consta de una Plana Mayor y dos compañías con la siguiente composición:

<i>Plana Mayor</i> ...	}	<i>Personal:</i> Teniente Coronel	1
		Mayor, encargado del detall	1
		Teniente, Subayudante	1
		Sargento primero, mariscal	1
		Sargento segundo, mancebo	1
		Cabo de banda	1
		<i>Ganado:</i> Caballos	3
<i>Una compañía</i> ...	}	<i>Personal:</i> Capitán segundo	1
		Tenientes ó Subtenientes	2
		Sargento primero	1
		Sargento primero, talabartero	1
		Sargento segundo, mariscal	1
		Trenista, mancebo	1
		Sargentos segundos de trenistas	4
		Banda	2
		Cabos de trenistas	8
		Trenistas de primera	24
		Idem de segunda (cinco son asistentes)	16
		Carros de cuatro ruedas	16
		Carros de dos ruedas	8
		<i>Ganado:</i> Caballos	10
Mulas de tiro y silla (40 son de reserva)	176		

CUERPO DE ARTILLEROS CONSTRUCTORES

Categorías, procedencia y situación.

Categorías.—Son éstas:

Coronel.

Teniente Coronel.

Mayor.

Capitán primero.

Capitán segundo.

Teniente.

Procedencia.—Los Jefes y oficiales del Cuerpo de artilleros constructores proceden:

1.º Del Colegio militar, ó

2.º Del Cuerpo táctico correspondiente, mediante examen.

Situaciones.—Pueden tener las siguientes:

1.º Servicio de armas.

2.º Comisión.

3.º Disponibilidad.

4.º Reserva.

Pertenecen á la primera los que sirven en los Cuerpos de tropas. Á la segunda, los empleados en los establecimientos de construcción de material ó en otras dependencias de Guerra, los agregados militares y los que desempeñen puestos de elección popular. Á la tercera y cuarta, los que se encuentren en idénticas condiciones que las indicadas al hablar de las situaciones de la oficialidad de Estado Mayor.

Los sueldos son iguales á los que disfrutaban los oficiales de Estado Mayor en idénticas condiciones.

El personal del Cuerpo técnico de Artillería, dependiente directamente de la Secretaría de Guerra, no tiene plantillas fijas, constando del número que exijan las necesidades del servicio

Categorías y situaciones de los auxiliares del cuerpo de artilleros constructores.

Categorías.—Son las siguientes:

Jefe de contabilidad, equivalente á Teniente Coronel.

Oficial de íd., íd. á Mayor.

Guardaalmacén de primera, íd. á Capitán primero.

Idem íd. de segunda, íd. á Capitán segundo.

Guardaparque de primera, íd. á Teniente.

Idem de segunda, íd. á Subteniente.

Maquinista de primera, íd. á íd.

Idem de segunda, íd. á sargento primero.

Maestro mayor, íd. á íd.

Escribiente, íd. á íd.

Jefe de taller, íd. á sargento segundo.

Cabo de obreros, íd. á cabo.

Obreros de primera, segunda y tercera, íd. á soldados.

Situaciones.—Tienen éstas:

1.^a En activo servicio.

2.^a En disponibilidad.

3.^a En reserva.

Los de la primera categoría gozan del haber íntegro y

de las gratificaciones que les correspondan; los de la segunda, el sueldo de disponibilidad, y los de la tercera no reciben sueldo, teniendo sólo derecho á uso de uniforme.

Pertenecen á la primera situación los empleados en los cuerpos de tropas y en los establecimientos de construcción; á la segunda, los empleados en otras dependencias y los que desempeñen cargos de elección popular; á la tercera, los que cumplido el tiempo reglamentario de servicio pasen á la reserva, los que ocupen puestos civiles que no sean de elección popular y los que fuera del caso previsto en la Ordenanza obtengan licencia ilimitada ó temporal por más de seis meses.

Dependencias del cuerpo de artilleros constructores.

Maestranza.—Además de tener á su cargo el Museo y Biblioteca militares, se halla encargada de la construcción de montajes, carruajes, arneses y accesorios del material de artillería. Consta su personal de un Director, un Subdirector, un Capitán primero del detall y de los oficiales, maquinistas, maestros mayores, jefes de taller, obreros y empleados necesarios para el funcionamiento de esta dependencia.

Fundición nacional.—En este establecimiento se construyen proyectiles, espoletas y piezas fundidas que necesitan las otras fábricas, metal para cartuchería y además se reparan las piezas de artillería. El personal compónese de un Director, un Subdirector y de cuantos son precisos para atender su necesidades, no siendo fijo por esta razón el número de los empleados.

Fábrica nacional de armas.—Se halla encargada de la construcción y reparación de armas portátiles y de la de municiones metálicas y estopines. Su personal es también muy variable.

Fábrica nacional de pólvora.—Tiene por objeto la fabricación de pólvoras y explosivos, la carga de los proyectiles y la construcción de artificios de guerra. Su personal varía según los trabajos que hayan de ejecutarse.

Almacenes generales de Artillería.—Tienen á su cargo la recepción, conservación y distribución del material de artillería, armas y municiones para el Ejército; su personal depende asimismo de los pertrechos depositados y de las necesidades del servicio.

INGENIEROS CONSTRUCTORES

ORGANIZACIÓN DEL CUERPO EN PIE DE PAZ

Categoría, procedencia y situaciones.

Categorías.—Son:

Coronel.

Teniente Coronel.

Mayor.

Capitán primero.

Capitán segundo.

Teniente.

Procedencia.—Los Jefes y oficiales del Cuerpo de Ingenieros proceden:

- 1.º Del Colegio militar.
- 2.º Del Cuerpo táctico de Ingenieros, mediante examen.
- 3.º De los Ingenieros civiles que aprueben las materias necesarias.

Situaciones.—Pueden ser las siguientes:

- 1.^a En servicio de armas.
- 2.^a En comisión.
- 3.^a En disponibilidad.
- 4.^a En reserva.

Los de la primera y segunda categoría gozan de haber íntegro; los de la tercera, el de disponibilidad; y carecen de sueldo, con sólo derecho á uniforme, los de la cuarta.

Pertenecen á la primera situación los que sirven en los cuerpos de tropas; á la segunda, los destinados á la Secretaría de Guerra ú otras dependencias, los agregados milita-

res, los señalados para comisiones especiales y los que desempeñen cargos de elección popular en la República; á la tercera, los que prestan servicio en otras Secretarías, en Estados de la Unión, con autorización expresa, y los no comprendidos en el caso anterior; á la cuarta, los mismos que se dijo en el Estado Mayor.

Categoría, procedencia y situaciones de los auxiliares del cuerpo de ingenieros.

Categorías.—Son las siguientes:

Telegrafista de primera, equivalente á Capitán segundo.

Idem de segunda, íd. á Teniente.

Idem de tercera, íd. á Subteniente.

Celador de primera, íd. á sargento primero.

Idem de segunda, íd. á sargento segundo.

Idem de tercera, íd. á cabo.

Idem de cuarta, íd. á soldado.

Guardaalmacén de primera, íd. á Capitán primero.

Idem de segunda, íd. á Capitán segundo.

Sargento primero talabartero, íd. á sargento primero.

Idem primero mariscal, íd. á sargento primero.

Idem segundo mariscal, íd. á sargento segundo.

Idem primero de trenistas, íd. á sargento primero.

Idem segundo de trenistas, íd. á sargento segundo.

Cabo de trenistas, íd. á cabo.

Soldado de trenistas, íd. á soldado.

Obreros, íd. á soldados.

Procedencia.—Los auxiliares del Cuerpo de Ingenieros proceden:

1.º De los Cuerpos tácticos.

2.º Del personal civil idóneo.

Situaciones.—Pueden ser:

1.º En servicio de armas.

2.º En comisión.

Á la primera corresponden los empleados en los cuerpos de tropa; á la segunda, los comisionados en el Departamen-

to y dependencias. En ambas situaciones se consideran de activo servicio y los comprendidos en ellas gozan del haber íntegro.

Dependencias del cuerpo de ingenieros.

Parque general de Ingenieros.—Tanto este establecimiento como la compañía del tren están destinados á recibir y conservar el material técnico del Cuerpo y dotar á las unidades de Ingenieros del necesario, bien para la ejecución de las obras, ó bien cuando se pase del pie de paz al de guerra. El personal y ganado del parque general de Ingenieros es el siguiente:

Coronel.	I
Teniente Coronel.	I
Mayor, Jefe del detall.	I
Capitán primero.	I
Capitán segundo.	I
Tenientes	2
Guardaalmacén de primera	I
Sargento primero de trenistas.	I
Cabo de trenistas.	I
Trenistas de primera.	12
Portero.	I
Mulas.	55

Compañía del tren del parque.—Se compone de pontoneros y parque, distribuídas en esta forma:

<i>Pontoneros.</i>	<i>Personal:</i> Capitán primero.	I	} 4 herreros, 2 carpinteros, 2 cordele- ros, 2 carreteros, 2 calafates y 4 asis- tentes.
	Tenientes.	3	
	Sargento primero.	I	
	Sargentos segundos.	6	
	Cabos.	9	
	Cornetas.	3	
	Soldados.	43	
<i>Parque.</i>	Sargento primero, mariscal.	I	
	Mancebo.	I	
	<i>Ganado:</i> Caballos.	8	
	Mulas.	4	
	<i>Personal:</i> Guardaalmacén de primera.	I	
	Guardaparque de primera.	I	

<i>Parque</i>	{	Sargento primero talabartero.	1
		Sargento primero de trenistas.	1
		Trenistas de primera.	8
		Trenistas de segunda.	12
		<i>Ganado</i> : Caballos.	3
		Mulas.	80

Compañía de telégrafos.—Su objeto no necesitamos indicarlo. Consta la compañía de Plana Mayor y dos secciones con cuatro estaciones cada una de estas.

La distribución es la siguiente:

<i>Plana Mayor</i>	{	Capitán primero....	1
		Idem Jefe del detall.....	1
		Subteniente, subayudante.....	1

<i>Primera sección (cuatro estaciones)</i> . . .	{	<i>Plana Mayor</i> .	Telegrafista de primera.....	1
			Idem de segunda.	1
			Celador de primera.....	1
			Telegrafista de segunda	1
	{	<i>Una estación</i> .	Idem de tercera.	1
			Celador de primera....	1
			Idem de segunda.....	1
			Idem de tercera.....	4
			Idem de cuarta.....	10
			Mulas.....	4

<i>Segunda sección (cuatro estaciones)</i>	{	<i>Plana Mayor</i> .	Telegrafista de primera	1
			Idem de segunda.....	1
			Celador	1
			Telegrafista de segunda	1
	{	<i>Una estación</i> .	Idem de tercera...	1
			Celador de primera.....	1
			Idem de segunda...	1
			Idem de tercera.....	2
			Idem de cuarta.....	2

Organización del Cuerpo de Ingenieros en pie de guerra.

TREN DEL PARQUE DE INGENIEROS Y COMPAÑÍA DE TELÉGRAFOS

Estas unidades son las que únicamente sufren importantes modificaciones en época de guerra, pues el resto de las dependencias del Cuerpo admiten el número de obreros que reclamen las exigencias de las operaciones, á fin de llenar las necesidades de éstas.

Tren del parque de Ingenieros.—La sección de pontoneros

recibe el aumento de dos sargentos segundos trenistas, dos cabos trenistas, 11 trenistas de primera, 11 trenistas de segunda, 31 pontoneros, 42 mulas y ocho caballos. El parque igualmente se aumenta con dos Tenientes, dos sargentos segundos, dos sargentos trenistas, seis cabos trenistas, ocho trenistas de primera, cuatro trenistas de segunda, 28 mulas y ocho caballos.

Compañía de Telégrafos.—En tiempo de guerra se forman tantas como divisiones resulten, dividiéndose la compañía divisionaria en sección á lomo y sección rodada; la primera á su vez se subdivide en dos partes, correspondiente cada una de ellas á una brigada y sirve para el tendido de las líneas volantes; la segunda se emplea para el establecimiento de líneas semipermanentes.

La sección rodada conduce en cuatro carruajes (tres con tiro de cuatro mulas y uno con tiro de seis mulas) 2.500 kilos, distribuídos del modo siguiente: 25 km. de conductor no aislado de 0,002 mm. de grueso con peso de 25 kilos el km., ó sean 625 kilos; 250 postes de hierro formados por dos tubos de 2,20 m. de altura y 25 de 6,40, á 5 kilos de peso los primeros y 10 los segundos (colocando los postes á 76 metros se necesitan 14 por km., ó 350 para 25 km., de los que 25 han de ser de 6,40 m.), 1.875 kilos; peso del conductor, 625 kilos.

El parque á lomo conduce 16 km. de cable (40 kilos cada km.), ó 640 kilos que conducen ocho mulas; estación, pila, tienda y señales, en dos mulas; documentación y equipo, en otras dos; dos aparatos volantes, pila y 500 metros de conductor, ó sea un peso de 22 kilos, en una mula y reserva y forrajes, en dos.

El personal y ganado de una compañía divisionaria es el siguiente:

<i>Plana mayor...</i>	<i>Personal:</i> Capitán primero.....	1
	Teniente.....	1
	Sargentos.....	2
	Cabos.....	1
	Cornetas.....	4
	Sargento mariscal.....	1
	Camilleros.....	6
	Asistentes.....	9
	<i>Ganado:</i> Caballos.....	4

Sección rodada.

<i>Para la construc- ción</i>	{	<i>Personal: Teniente</i>	1
		Sargentos	2
		Cabos	6
		Zapadores	33
		<i>Ganado: Caballos</i>	3
<i>Para el trans- porte</i>	{	<i>Personal: Sargento</i>	1
		Cabo	1
		Conductores	12
		Carruajes	6
		<i>Ganado: Caballos</i>	2
		Mulas	20

Sección á lomo.

<i>Para la construc- ción</i>	{	<i>Personal: Teniente</i>	1
		Sargentos	2
		Cabos	3
		Zapadores	27
		<i>Ganado: Caballos</i>	3
<i>Para el trans- porte</i>	{	<i>Personal: Teniente</i>	1
		Sargento	1
		Cabo	1
		Conductores	14
		<i>Ganado: Caballos</i>	2
		Mulas	14

ANTONIO GARCÍA PÉREZ,

Capitán de infantería.

(Continuará.)

ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA Y SOCIOLOGÍA ⁽¹⁾

EL VAGO, EL VAGABUNDO Y EL MENDIGO

CAPÍTULO V

Caracteres generales de los mendigos.—Opinión del Dr. Vega Rey.— Los mendigos voluntarios, su psicología, sus procedimientos, sus hábitos, según Mateo Alemán, Hurtado de Mendoza, Vélez de Guevara y Quevedo.—Persistencia del tipo del mendigo y de sus prácticas, cual se demuestra comparando al de otros tiempos con el de hoy.

I

Vamos a ocuparnos, aunque no con toda la extensión que quisiéramos, de una de las más extensas y dolorosas llagas que corroen el cuerpo social, cual lo es la *mendicidad*, merecedora de consideración y de lástima cuando es producto de la miseria efectiva junta con la invalidez, la enfermedad, la vejez, la falta involuntaria de trabajo, y altamente vituperable cuando tales causas no la determinan, y sí la pereza, la holgazanería, la dejadez, la ociosidad y los vicios. Vamos también á hacerlo de los *pordioseros* ó *mendigos*, de esos *homes valdíos e folgazanes* *ca no quieren ocuparse en lavor honrada*, como con su expresivo lenguaje dijo el Rey Sabio en sus leyes de Partidas; *homes valdíos*, algunos de los cuales se ven llevados á tal situación por su invalidez y desamparo, pero los más por su voluntad y ninguna afición al trabajo; que hacen de la mendicidad un oficio; que son estafadores de la

(1) Véase la pág. 215 de este tomo.

caridad privada; que pueden calificarse de malhechores de hecho, ó de delincuentes en potencia ó latentes, según los casos y circunstancias; que campean libres con su respeto, y hacen alarde de sus rebuscadas miserias corporales y de sus miserias morales; que asedian, molestan y persiguen á cuantos les tropiezan; que unas veces se envuelven en repugnantes harapos y toman posturas humillantes para mejor conmover los ánimos, y otras adoptan, cual el singularísimo *sablísta*, traje raído pero relativamente pulcro; que tienen sus ritos, prácticas, reglas y hasta leyes consuetudinarias especiales, y que no ha mucho constituían un organismo particular, dentro del organismo general del Estado; vagos por naturaleza ó por hábito, vagabundos muchos de ellos, viciosos casi siempre, y con frecuencia dispuestos lo mismo á tender la mano para recibir lo que voluntariamente se les dé, que á alargarla para tomar lo que no se les otorga, verdaderos *atracadores* del *chápiro* (sombrero), como en el lenguaje de la *Hampa* se les denomina.

El mendigo de oficio es un injerto del vago, del vagabundo y del malhechor, aunque no hayan puesto de manifiesto algunos de ellos estos dos últimos caracteres; es un producto de la degeneración fisio-psíquica, innata ó adquirida, pero esto último con más frecuencia; es un esclavo de sus pasiones y de sus vicios; es un parásito de la sociedad, que encuentra en el medio ambiente social elementos que le permiten vivir y desarrollarse.

Mendigos los ha habido en todos los tiempos y en todos los pueblos, así en las regiones asiáticas como en las europeas, tanto en la antigüedad como en las edades media y moderna; antes más numerosos y con más completa organización que ahora, porque las condiciones particulares de aquellas sociedades permitían y hacían casi inevitable su crecimiento y organización, siendo las *Cortes de los milagros*, tales como la magistralmente descrita por el genio eminente de Víctor Hugo, conocidas en todos los países, sin exceptuar al nuestro, donde se llegó al extremo, no ya de consentir, sino de dar protección y conceder privilegios á las *cofradías de los pobres*, algunas de las cuales, como, por ejemplo, la de

los *ciegos*, tenían el monopolio de la venta de los que llamaremos romances carcelarios y patibularios.

El mendigo, como el gitano, como el vagabundo, no ha variado en su esencia. El de hoy se diferencia en muy poco del que pintaron los novelistas y los poetas de la época del apogeo de nuestra literatura: se ha modificado todavía menos que el gitano. Así lo reconocen algunos antropólogos. Con efecto, en el mendigo de hoy se encuentran iguales sentimientos é ideas que en sus predecesores, fermentan las mismas pasiones, bullen idénticos deseos, se preparan y desarrollan vicios semejantes é inclinaciones no diversas, y todo ello, unido á otros elementos, le lleva á cometer hechos anti-jurídicos y antisociales en nada distintos de los cometidos en épocas anteriores. Puede afirmarse que la generalidad de los mendigos no se hacen, sino que nacen, como acontece respecto á bastantes criminales; llevan en la sangre, y maman con la leche materna los gérmenes que al desarrollarse han de fijar su porvenir; son hijos de mendigos ó de proletarios entregados á la ociosidad, y ellos lo serán también; es la herencia que reciben de sus ascendientes. Otros, también en algo afectos de degeneración, van á la mendicidad por el influjo de la educación y por la fuerza del ejemplo; el medio ambiente les forma. Algunos, como, por ejemplo, los *sablistas*, faltos de suficientes energías, y acaso sobrados de vicios, se abaten ante las menores contrariedades, no se sienten con vigor para luchar por la vida en la noble pelea del trabajo, se rinden, dejan pasar el primer rubor de la vergüenza, y el hábito les sostiene en el nuevo oficio: al que ha tenido cierta posición social, ó disfrutado de mayor ó menor fortuna, le es dolorosísimo acudir por primera vez á la caridad; después le es menos sensible, y últimamente se le hace grato y cómodo. Con razón se ha dicho que los primeros pasos son siempre los más costosos.

Estas tres clases de mendigos forman una sola, la de los profesionales. Viven del fingimiento y del engaño, y explotan la caridad ciega, llegan al delito, soportan, no con resignación, sino con impasibilidad, las privaciones, gozan con no hacer nada, aman al vicio, tienen sus francachelas, sus *lunes* como

en Barcelona, se vengan del rico, cual el pordiosero de la canción de Espronceda, haciéndole contemplar sus hediondos harapos; y lo mismo les da morir acurrucados en el portal, la cueva ó la zahurda donde se recogen para descansar, que en el hospital, donde sirven para las lecciones prácticas de los alumnos de las escuelas de medicina, y donde el escalpelo del profesor busca en sus vísceras, en sus órganos, en sus músculos, en su cerebro, nuevas conquistas para la ciencia. De esta clase de mendigos, no de los infelices hijos de la desgracia, es de la que vamos á tratar.

II

Pero ¿qué es la mendicidad? ¿Cuáles sus clases? ¿Cuáles son los verdaderos mendigos? He aquí tres preguntas que desde luego se ofrecen á nuestra consideración, alguna de las cuales tiene contestación en lo ya dicho, y que lo han sido muy cumplidamente por un ilustradísimo médico, el Dr. Vega Rey, en un notable opúsculo sobre «La pobreza y la mendicidad», trabajo menos conocido que debiera serlo, atendiendo á su mérito. «La mendicidad—dice,—vicio de las sociedades antiguas y baldón de las modernas, tuvo su origen en los tiempos más remotos... El mendigo ó *pordiosero*, llamado así entre los cristianos porque demanda el socorro invocando el santo nombre de Dios, es *aquel individuo que sin tener medios de fortuna ni dedicarse á trabajo ni ocupación de ninguna especie, vive y se sostiene pidiendo lo que necesita á los que poseen alguna cosa*»; definición bastante exacta, de la que se desprende la de la mendicidad, y que por abarcar, cual correspondía hacerlo, dado su carácter general, á cuantos constituyen la clase, lo mismo se reflere á los inválidos y á los que no trabajan por causas que no les son imputables, que á los que estando en aptitud para hacerlo, y aunque les sea posible, no emplean su actividad en faena productiva ó útil de ninguna especie, que les depare los medios de subsistencia.

Pero considerando ya á la mendicidad y á los mendigos bajo nuestro mismo punto de vista, restringiendo el campo de observación, y ajustando á este campo restringido sus obser-

vaciones, hace el estudio de los caracteres de los mendigos válidos, voluntarios ó de oficio, y dice: «Por punto general, los que se dedican á la mendicidad, autorizada en los tiempos antiguos y tolerada en los modernos, son *vagos*, perezosos, dotados de *malos instintos y enemigos del trabajo*, como consecuencia de la *poca ó ninguna educación* que han recibido, y de la facilidad con que encuentran quienes atiendan á sus necesidades y aun á sus caprichos... El mendigo imita al animal, que rehuye el trabajo porque no conoce su necesidad... Cómodo les pareció á los mendigos de todos los tiempos, como les parece á los de ahora, vivir en la holganza y comer sin ganarlo. No poseyendo instrucción de ningún género, y sólo por una especie de intuición natural, ó, como si dijéramos, espontánea, han resucitado la antigua secta de los *cínicos*... El mendigo ha sido y es el individuo más libre y hasta el más feliz de la sociedad, considerado bajo el aspecto de la degradación moral á que voluntariamente se ha entregado. Ninguna de las consideraciones sociales le merece respeto, y las leyes civiles no tienen imperio sobre él, procurando, por lo que toca á las penales, no incurrir en su acción ó eludir las con su astucia cuando llega el caso: es consumidor y no produce; partícipe y no contribuyente; es un parásito de la peor especie. Prefiere la limosna en metálico, porque con él compra lo que desea; pero no desdeña nada de lo que le dan, por más inútil que parezca y aunque no le agrade su uso. Las ropas que recibe, si están en mediano estado, no se las pone, porque le conviene para excitar más la compasión ir cubierto de miserables harapos. La comida que le dan tampoco la consume, á menos que no excite su apetito, así como tampoco el pan, que comúnmente recoge en grandes cantidades. Hoy que la industria fabril aprovecha todos los desperdicios que tiempos atrás se abandonaban, el pordiosero vende, aunque sea á ínfimo precio, los muebles rotos y desechados, las ropas deterioradas y el calzado inservible que le entregan. Rara vez es casado, aunque siempre tiene en su compañía alguna mujer ó algunas, pues á consecuencia de su falta de moralidad y respeto á las leyes divinas y humanas, y como resultado de su vida nómada y de su perpetua ociosidad, la poligamia no

le es desconocida, y de su asqueroso contubernio tampoco es difícil cuente con numerosa prole: desgraciados hijos del vicio, educados en la holganza, mendigos seguros en su mayoría, futuros pobladores otros de las cárceles y presidios, y las hijas, repugnantes meretrices nocturnas».

Tales son las ideas del Sr. Vega Rey referentes á la mendicidad y á los mendigos, á sus caracteres y sus hábitos, inclinaciones, instintos y prácticas. De ellas resulta la confirmación de cuanto hemos dicho, que el mendigo profesional es un vago agravado y un malhechor latente ó declarado. Su falta de moralidad, su carencia del verdadero sentimiento religioso, por más que afecta tenerle para explotar el de los otros; su hipocresía, que excede á cuanto pueda imaginarse; su horror al trabajo, que excede al que experimenta el simplemente vago; su anhelo de libertad, entendida en un sentido muy próximo á la concepción anarquista; su ningún reparo en utilizar todos los medios, por repulsivos que sean, para realizar sus propósitos; sus pasiones, que le llevan á contubernios cual el por el Sr. Vega Rey indicado; sus vicios, especialmente el de la embriaguez, que es el que más le domina; la explotación que hace de infelices niños, á quienes á veces deforma y tortura para más excitar la compasión; las artimañas que emplea para más impresionar los ánimos; los procedimientos que usa para suponer dolencias é inutilidades; la osadía con que penetra en las habitaciones, más que para implorar caridad, para aprovecharse de los descuidos, todo ello hace de él un ser degradado, peligroso y funesto á la sociedad. Conforme vamos á ver, esta psicología del mendigo ha persistido al través de los siglos; hoy puede comprobarse su exactitud, y grandes escritores de otras épocas nos la dan á conocer idéntica.

III

Los caracteres que el Sr. Vega Rey, y con él otros antropólogos, atribuyen á los mendigos profesionales, y son en mucho iguales que los de los vagabundos, y en bastantes de ellos que los propios de los delincuentes por hábito, vamos á

verlos claramente determinados, cual acabamos de indicar, por nuestros más eminentes literatos, cuyas inmortales obras demuestran asimismo la persistencia del tipo, la igualdad de la psicología, la semejanza, cuando menos, de los usos, costumbres, procedimientos, vicios, pasiones é inclinaciones malévolas de los mendigos. Interesantísimo, pues, sería y es para el criminalista, para el sociólogo y para el antropólogo este estudio, enlazándole con el de los vagabundos y de los vagos, que entendemos no pueden separarse de los mendigos. Nosotros le bosquejaremos, pero circunscribiéndole al de algunos de dichos literatos, comenzando por Mateo Alemán, quien, refiriéndose á su héroe en su *Guzmán de Alfarache*, nos ha dejado un perfectísimo cuadro de los usos y costumbres y un exactísimo retrato del mendigo de su época.

La que puede decirse psicología de esos seres, que se perpetúan é infestan los pueblos por causas á que hemos hecho mérito, resulta perfectamente expuesta en dicha novela. De la misma se desprende claramente cómo en el vago, en el vagabundo y en el mendigo, obran fuerzas internas y externas que les determinan á ser lo que son, como la debilidad mayor ó menor de las facultades intelectuales y de ciertos sentimientos unas veces, y su perturbación total ó parcial otras; la herencia morbosa degenerativa de padres vagos, mendigos, criminales, alcoholistas, epilépticos, viejos, etc.; las causas que pueden calificarse de sociales, puesto que de la sociedad emanan, como el abandono y la mala educación en la niñez; los malos hábitos que llegan á constituir una segunda naturaleza; y los ejemplos inmorales, sobre todo cuando se ofrecen por aquellos que tienen la gran misión de encaminar los primeros pasos de la vida, etc. etc. Constituye también un estudio acabado de aquella lejana sociedad, tan desemejante de la nuestra, y muy en particular de algunas de sus clases, demostrando la permanencia de ciertos caracteres de las colectividades, de ciertos hábitos que con éstas y sus elementos constituyentes se identifican, de particulares extravíos del sentido moral que dan lugar á hechos verdaderamente antisociales, de los procedimientos empleados para el engaño y para la estafa, y el sello especial de otros hechos

constitutivos, ó de meras faltas de moralidad, ó de delitos efectivos.

Los mendigos de Mateo Alemán no se diferencian de los numerosos con que tropezamos á diario, de los que vemos agrupados á las puertas de las iglesias, esparcidos por las calles y paseos, subiendo á los pisos con fines los más diversos, recorriendo las carreteras y pidiendo limosna á los aldeanos; sus debilidades, sus vicios, sus formas de adquisición de los medios de subsistencia y sus maldades, se asemejan tanto que es difícil encontrar entre ellos algo que les diferencie; leyendo lo escrito de los que azotaron los siglos XVII y XVIII, parece que se refieren aquellas páginas á los del nuestro; á iguales condiciones se llega respecto á los vagabundos y á los vagos.

«Comencé con mis harapos viejos, inútiles para papel de estraza, los pingajos colgando—dice Guzmán de Alfarache,— á pedir limosna, acudiendo al mediodía donde hubiese sopa, y tal vez hubo que la cobré de cuatro partes... Guiábame otro mozuelo de la tierra, diestro en ella, de quien comencé á tomar lecciones. Éste me enseñó á los principios cómo había de pedir á los unos y á los otros, que no á todos ha de ser con un tono ni con una arenga; los hombres no quieren plagas, sino una demanda llana por amor de Dios; las mujeres tienen devoción á la Virgen María, á Nuestra Señora del Rosario, y así Dios encamine sus cosas á su santo servicio y las libre de pecado mortal, de falso testimonio, de poder de traidores y malas lenguas; esto las arranca el dinero de cuajo, bien pronunciado y con vehemencia de palabra recitado. Enseñóme cómo había de compadecer á los ricos, lastimar á los comunes y obligar á los devotos. Dime tan buena maña que ganaba largo de comer en poco tiempo. Conocí desde el Papa hasta el que estaba sin capa; todas las calles corría, y para no fastidiarles pidiendo á menudo, repartía la ciudad en cuarteles y las iglesias por fiestas, sin perder punto. Lo que más llegaban eran pedazos de pan; éste le vendía y sacaba de él muy buen dinero.»

¿No se ve aquí empleada para el engaño, para la estafa, á la caridad, que estafa es suponer miserias, invalideces, dolen-

cias, deseos y sentimientos que no se tienen ni se sienten, para obtener dinero á fin de holgar y darse buena vida? ¿No se ve aquí la misma *táctica* que emplean los mendigos profesionales de nuestros días, los que se estacionan en las puertas de las iglesias y recorren las calles con las precauciones indicadas por Guzmán de Alfarache y explotan las flaquezas humanas y fingen sentimientos que en manera alguna experimentan y trafican con lo que sonsacan á las personas caritativas? ¿No se ve en esa *táctica* un bosquejo ó más bien una de las formas de los que se llaman *timos* en la tecnología criminal moderna? ¿No se ve en un mendigo válido, bien impuesto en su oficio y marrullero, á ese vago por naturaleza, por anomalías psíquicas ó por hábito adquirido, frecuentemente por todo ello á la vez, un verdadero malhechor ó cuando menos un malhechor incipiente, por más que algunos Códigos penales de él hagan caso omiso, y que otros, cual el nuestro, no consideren á la vagancia voluntaria sino como una circunstancia agravante de la responsabilidad? Y, por otra parte, ¿no aparece cual fotografiada el alma de todos los mendigos á quienes nos referimos?

Pero donde más perceptiblemente se descubre á los mendigos, vagos y vagabundos, tales cuales eran en la época de Mateo Alemán, es en las que denomina *Ordenanzas mendicativas*, algunos de cuyos particulares vamos á transcribir:

«Mandamos que los pobres de cada nación, especialmente en sus tierras, tengan tabernas y bodegones conocidos, donde presidan de ordinario tres ó cuatro de los más ancianos, con sus báculos en las manos, los cuales diputamos para que allí dentro traten de todas las cosas y casos que sucedieren, den sus pareceres y juzguen al *ventrí*, puedan contar y cuenten hazañas ajenas y suyas y de sus antepasados. Que ninguno pueda traer y traiga pieza alguna no deslucida, sino rota y remendada, por el mal ejemplo que daría con ella, salvo si se la dieren de limosna, que para sólo el día que la recibiere le damos licencia, que se deshaga luego de ella. Que en los puestos y asientos guarden todos la antigüedad de posesión y no de personas, y que el uno al otro no le usurpe ni defraude. Que puedan los enfermos ó lisiados andar juntos

y llamarse hermanos, aunque pidan á remuda y entonando la voz alta, el uno comience donde el otro dejare, yendo parejos y guardando cada uno su acera de calle, y no encontrándose con las arengas, canta cada uno su plaga diferente y parten las ganancias. Que ninguno *descorne levas*, ni las divulgue, ni *brame* al que no fuere del arte, profeso en ella; y al que nueva *flor* entreverare la manifieste á la pobreza, para que se atienda y sepa, siendo los bienes tales comunes, no habiendo entre los naturales estanco. Damos licencia y permitimos que traigan alquilados niños hasta cantidad de cuatro, examinando las veladas, y puedan los dos haber nacido de un vientre juntos, con tal que el mayor no pase de cinco años; y que si fuere mujer, traiga el uno criando á los pechos, y si hombre en los brazos, y los otros de la mano, y no de otra manera. Mandamos que los que tuvieren hijos los hagan *venteros*, *perchando* con ellos las iglesias, y siempre al ojo, los cuales pidan para sus padres que estén enfermos en una cama; esto se entienda hasta tener seis años; y si fuesen de más, *los dejen volar*, que salgan *ventureros*, buscando la vida y escudan en la casa por la pobreza en las horas ordinarias. Que sus hijos, *ni que aprendan oficio, ni les den amos*; que ganando poco trabajan mucho, y vuelven pasos atrás de lo que deben buenos á sus antepasados.»

Estas cláusulas de las supuestas ordenanzas, que á modo de ejemplo hemos copiado, y las demás que contienen y omitimos por ser menos significativas, no se deben al reconocido ingenio de Mateo Alemán: son una recopilación de los sentimientos, ideas, prácticas y manera de ser y de obrar de los mendigos de su tiempo, y cuya confirmación encontramos en Cervantes, Hurtado de Mendoza, Quevedo, Zavaleta y otros. Al leerlas no se puede menos de recordar á nuestros mendigos estantes y vagabundos. Conforme en dichas ordenanzas se expresa, los de entonces, como los de ahora, tenían sus *tabernas* y *bodegones* donde se reunían, comunicándose sus hechos ó *hazañas*, dándose á conocer mutuamente sus nuevas *flores* ó engaños, refiriéndose sus aventuras, jugando y divirtiéndose. Los *luncs de los pobres* y los *miércoles de los ciegos*, en Barcelona, que hemos presenciado, dan idea, por

lo que son ahora, de lo que fueron en otros tiempos tales reuniones. En las mismas ordenanzas se hace mérito de los trajes y cachivaches convenientes al mendigo para inspirar lástima, de la forma mejor de pedir la limosna, del respeto de los puestos y asientos, respetando la posesión y atendiendo la antigüedad, de las horas de levantarse, antes de salir el sol, y de recogerse, al oscurecer, y de las comidas, según los sitios y circunstancias.

En ellas se pone de manifiesto la antigüedad del uso, verdaderamente criminal, de alquilar niños de corta edad para inspirar mayor lástima, comercio infame que sigue realizándose. Y en ellas, por último, se traduce como precepto lo que era y sigue siendo general práctica de criar los hijos en el arroyo, de educarlos en medio del vicio y para el vicio, de estimularlos á la vagancia, á la vida *venturera*, de impedirles servir á ningún amo y no permitirles aprender oficio, para que, acostumbrados desde la cuna á la vida callejera, vida con la cual todas las malas pasiones é instintos germinan y los vicios se desarrollan, cautivados por los goces de la ociosidad y del merodeo, educados por esos maestros que en los sitios públicos de todos los pueblos pululan con daño de la sociedad, «no vuelvan pasos atrás de lo que deben buenos á sus antepasados».

¿No entra todo esto de lleno en los dominios de la ciencia antropológica? ¿No constituye un estudio previo indispensable al de la generación del malhechor por hábito adquirido? ¿No da completa idea de cómo se forman la mayor parte de los verdaderos criminales? Del mendigo y del vagabundo nacen no pocos de los que cifran su subsistencia en el apoderamiento de los bienes ajenos, contra ó sin la voluntad de sus poseedores legítimos; y el mendigo y el vagabundo se forman á su vez casi siempre desde niños, por la fuerza del hábito, por el influjo del ejemplo, por efecto de enseñanzas cotidianas, por el placer que á ciertos espíritus predispuestos depara la vida, tan llena de accidentes, de divagar de unos á otros sitios, desplegando su habilidad en el engaño, sin sujetarse á la ley del trabajo, vida resumida por el inmortal Espronceda en su inspirada canción del mendigo, cuya primera cuarteta tra-

duce maravillosamente el pensamiento íntimo del ser degradado en boca del cual la pone:

«Mío es el mundo; como el aire libre,
 otros trabajan por que coma yo;
 todos se ablandan si doliente pido
 una limosna por amor de Dios».

Con esto podríamos dar por terminada la parte que pensábamos dedicar al mendigo de oficio, tal cual resulta de la notable historia de Guzmán de Alfarache, que tanta y tan justificada celebridad ha deparado á su autor Mateo Alemán. Pero como éste es uno de los más notables literatos del llamado género picaresco en la época del mayor florecimiento de nuestras letras, y como también es uno de los que más han profundizado en las sinuosidades y puesto de relieve bastante de lo que caracteriza á la no contenida *Hampa* española, ampliaremos lo dicho transcribiendo el pasaje en el que aparece refiriendo el buen caballero de industria Guzmán las lecciones del viejo pordiosero que «le enseñó á fingir lepra, hacer llagas, hinchar una pierna, tullir un brazo, teñir el color del rostro, alterar todo el cuerpo, y otros primores del arte»; procedimientos y habilidades que con los adelantos científicos modernos siguen practicándose por no pocos de los mendigos de nuestros días. Los consejos que el perverso anciano daba á su aprovechado discípulo son bien conocidos y apreciados por los que conocen á fondo su malamente denominado oficio.

«No abras puerta cerrada, pide sin abrirla ni entrar dentro, que acontece abriendo, descuidado de lo que sucede, salir un perro que se lleva media nalga de un bocado, y no sé cómo nos conocen, que aun dellos estamos odiados. Cuando pidas, no te rías ni mudes tono; procura hacer la voz de enfermo, aunque puedas vender salud, llevando el rostro parejo con los ojos, la boca justa y la cabeza baja. Responde con humildad las malas palabras, y con blandura á las ásperas; que á quien ha de sacar dinero de bolsa ajena, más conviene rogar que reñir, orar que renegar, y la *becerra mansa mama madre ajena y de la suya*. Donde no te dieran limosna responde con devoción: *loado sea Dios, Él se lo dé á vuestras mercedes con mu-*

cha salud, paz y contento desta casa, para que lo den á los pobres. Esta treta me valió muchos dineros, porque respondiéndoles con tal blandura, y las manos juntas, levantándolas con los ojos al cielo, me volvían á llamar y daban lo que tenían.»

Al tenor de éstos eran los demás consejos: la malicia y la hipocresía resplandecen en ellos. Pero dejando ya á Mateo Alemán, pasemos á examinar lo dicho por otros escritores.

IV

Mucho más conocido y encomiado que el autor del *Guzmán de Alfarache*, lo es D. Diego Hurtado de Mendoza, y mucho más que las aventuras de aquél se ha vulgarizado la *Vida de Lazarillo de Tormes*. Pero el mendigo que en ésta se retrata no supera á los que en aquél se pintan, considerados desde el punto de vista especial de nuestro estudio. Mateo Alemán presentó con más minuciosidad y con mayor extensión la mendicidad de oficio: Hurtado de Mendoza se fijó principalmente en ciertas agudezas y socarronerías del mendigo; aquél da á conocer al vagabundo y al pordiosero hasta en sus íntimos sentimientos, y no sólo lo particulariza, sino á la par, y por decirlo así, lo generaliza: éste se circunscribe á la reseña de ciertos hechos del que toma como tipo; mas, á pesar de tal limitación, el antropólogo y el sociólogo pueda sacar de su estudio bastante utilidad.

La primera lección que el ciego da á Lazarillo en el momento mismo de dejar la ciudad del Tormes, á más de singular agudeza, revela algo de lo que precisa ser el mendigo vagabundo. El que ha de recorrer las tierras y vivir á costa de los demás, necesita ser muy avisado, estar muy despierto: tal es la síntesis. Haciéndole creer que se sentían ruidos en el interior del toro de piedra de la época romana que hasta no ha mucho tiempo existía colocado en la entrada del puente de aquella venerable población, dió contra él un fuerte coscorrón al todavía inocente Lázaro, y al dolerse éste, como era natural se doliera, le dijo: «Necio, aprende que el mozo del ciego un punto mas ha de saber que el diablo», lección que no cayó en saco roto, pues desde entonces pareció que

Lazarillo «despertaba de la simpleza en que como niño dormido estaba», y dijo para sí: «Verdad dice éste, pues necesito avivar el ojo, pues estoy solo, y pensar cómo me he de valer».

Refiere después Hurtado de Mendoza, poniéndolo en boca del mismo Lazarillo, cómo el mendigo ciego fué aleccionándole en la *carrera de la vida*, convirtiéndole en un mendigo *truhán* y predisponiéndole para traspasar sin trabajo las fronteras de la delincuencia, y refiere igualmente las artimañas y engaños de que se valió en lo sucesivo, á veces muy á costa de su maestro. Esta parte de la novela, que, como hemos dicho respecto de Mateo Alemán, es una transcripción ingeniosísima de las realidades de la vida mendicante, ofrece el mayor interés y es muy apropiada á nuestro objeto, puesto que sirve para determinar los caracteres de la mendicidad en aquel entonces, que no se diferencian sino en lo accidental de los peculiares á la de hoy, contribuye á establecer la psicología del mendigo-vagabundo, patentiza los efectos de la educación, ya se encamine al bien, ya al mal, hace ver cómo las primeras impresiones, las primeras ideas y los primeros sentimientos del niño van cambiando poco á poco, cómo también se modifica su organismo, cuando no han tenido tiempo para fijarse, dando lugar a otras, conforme las enseñanzas, hábitos, ejemplos, etc., van ejerciendo su influjo, al igual que, digámoslo así, se transforma su alma. He aquí el pasaje á que nos referimos:

«Comenzamos nuestro camino—refiere Lazarillo,—y en pocos días me mostró *jerigonzas*, y como me viese de muy buen ingenio, holgábase mucho y decía: «Yo oro ni plata no te lo puedo dar, mas ánimos para vivir muchos te mostraré»; y fué así, que después de Dios éste me dió la vida, y siendo ciego me alumbró y adiestró en la carrera de vivir... En su oficio era un águila; ciento y tantas oraciones sabía de coro; un tono bajo, reposado y muy sonable, que hacía resonar la iglesia donde rezaba; un rostro humilde y devoto, que con muy buen continente ponía cuando rezaba, sin hacer gestos ni visajes con boca y ojos, como otros suelen hacer. Al lado de ésta tenía otras mil formas y maneras para sacar dinero;

decía saber oraciones para muchos y diversos efectos, para mujeres que no parían, para las que estaban de parto, para las que eran mal casadas, que sus maridos las quisieran bien; echaba pronósticos á las preñadas, si trajeran hijo ó hija. Pues en caso de medicina decía que Galeno no supo la mitad que él para muelas, desmayos, males de madre; finalmente, nadie le decía padecer una pasión que luego no le decía: «Haced esto, haced esto otro; cogereís tal yerba, tomad tal raíz». Con esto andábase todo el mundo detrás de él, especialmente mujeres. que cuanto las decía creían; de éstas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año... Todo lo que podía sisar y hurtar traía en *medias blancas*, y cuando le mandaban rezar y echaban *blancas*, como él carecía de vista, no había el que la había dado amagado con ella, cuando ya la tenía lanzada á la boca y la media aparejada, que por presto que él echaba la mano ya iba de mi cambio aparejada en la mitad del justo precio. También él abreviaba el rezo y la mitad de la oración no acababa, porque me tenía encargado que en yéndose el que le mandaba rezar, le firase por cabo del capuz. Y así lo hacía. Luego él tornaba á dar voces, diciendo: «mandar rezar tal y tal oración».

V

Encuéntrense en *El diablo cojuelo*, de Luis Vélez de Guevara, no pocas escenas de los mendigos, que, no sólo sirven para caracterizarles, para dar á conocer cuál era y es el nivel de su moralidad, tan bajo que no se eleva sobre el de los animales, sino que sirven, además, para hacer ver, comparando los de distintas épocas, la persistencia del tipo, muy ligera y superficialmente modificado por las diversas circunstancias é influencias sociales, y cómo en ellos se encuentran, á veces en embrión, á veces con todo su desarrollo, las anomalías psíquicas que son la principal característica del malhechor profesional. Para dar á conocer el espíritu del libro en esta parte, en el que al lado de truhanes, petardistas, jugadores, vividores y viciosos de todas las especies y categorías desfilan vagos, va-

gabundos y mendigos, copiaremos la descripción de una de esas escenas, ó más bien reunión ó *juerga* nauseabunda, muy parecida á las que hemos podido presenciar en varias ocasiones.

Presenta Vélez de Guevara, como lugar de la escena, «una sala baja, algo espaciosa, cuyas ventanas salían á un jardinillo de ortigas y maleza», sala que ocupaban «pobres que habían venido, comenzando á jugar al *venti y limetas* de vino de Cazalla, y algunos mirones también, sentados y en pie», jugando en «una mesa de pino, con tres pies y otro supuesto, que podía pedir limosna con ellos, un candelero de barro con una antorcha de brea», y viéndose en la otra parte «el estrado de las señoras, sobre una estera de esparto, de retorno del invierno pasado, tan remendados todos y todas que parecía les habían cortado de vestir de jaspes de los muladares».

Á esta sala, ó más bien cueva, y á semejante reunión, donde se confundían todos los vicios de una clase social que encenagada en el vicio vive, hace concurrir á lo más selecto y típico de la *hampa pordiosera*. «Entró el *Murciélagos*—dice,—llamado así porque pedía de noche á gritos en las calles, con *Sopa en vino*, que le había encontrado agazapado en una taberna y sacado por el rastro de los mosquitos que de él salían. Convidóles con un asiento el *Chicharrón* y el *Gago*, el uno que cantaba pidiendo por las fiestas en verano y despertando los lirones, el otro mendigaba por las madrugadas, y tomando el suelo por mejor asiento, porque cualquiera cosa más alta le desvanecía. Y estando en esto entró un hombre pobre en un carretón, á quien llamaban el *Duque*, y todos se levantaron, ellos y ellas, á hacerle cortesía; y él, quitándose un sombrerillo que había sido un carril de un pozo, dijo: «Por mi amor, que estén quedos y quedas, ó me volveré á ir». Temieron el disfavor y, acercándole el muchacho que le traía el carretón á la mesa donde se jugaba, pidió cartas. *Faraón*, que era uno de los del juego, llamado de esta suerte porque pedía con *plagas* á las puertas de las iglesias, y el *Sargento*, nombrado así porque tenía un brazo menos, le dijeron que les dejase jugar su excelencia, que estaban picados, que después harían lo que quisiese».

De este modo continúa introduciendo Vélez de Guevara á todos sus repulsivos personajes, tan parecidos á los que Víctor Hugo da á conocer en su *Corte de los milagros*, y entre ellos al *Marqués de los Chapines*, «que andaba arrastrando, y de la cintura arriba muy galán»; la *Patillana*, «que pedía en los conventos limosna, no dejando calle ni barrio que no recorriese cada día»; la *Berlinga*, «tan larga como el nombre, que había sido cerda de *esguiba* ó zapardiel»; la *Faleona*, «que andaba artillada de niños que alquilaba para pedir», y las *Fuerzas de Hércules*, dos pobres que andaban el uno sobre el otro.

Refiere á continuación las cuestiones que se suscitaron entre unos y otros, pobres y pobras, como dice, la intervención oportuna del *Duque* y del *Marqués* para impedir que pasasen á mayores, los dicharachos más ó menos groseros que se cruzaron, y que acusan el más alto grado de perversión moral, y concluye presentando como escena final la entrada de un *ministril*, de igual modo y con las mismas mañas que los caricaturados por Quevedo, el tumulto con tal motivo promovido, y la fuga del *Diablo Cojuelo* y de su acompañante.

Hacemos gracia á nuestros lectores de esta parte, pues basta lo dicho y copiado para dar idea de lo que en tiempo de Vélez de Guevara eran las cotidianas reuniones nocturnas de los mendigos profesionales, y para penetrarse de la exactitud con que los escritores todos reflejan sus costumbres, sus inclinaciones, sus instintos y sus malas mañas.

VI

Hemos dejado intencionalmente para el último lugar, por más que atendiendo á su mérito debiera ocupar el primero, al más popular y eminente, después de Cervantes, de los novelistas y poetas del género picaresco; aludimos á D. Francisco de Quevedo. Su nombre es uno de los que más descuellan entre los de nuestros más grandes literatos; sus obras, verdaderamente geniales, saturadas de aguda sátira, acaso las más difundidas y vulgarizadas, y los tipos que profusamente y con sumo acierto presenta, retratos magistrales tomados del

natural, aunque exagerados en sus rasgos, como lo son también sus descripciones de las costumbres de clases y subclases sociales, con sus defectos, vicios, miserias, etc., y en cierto modo, de la sociedad entera.

Del mendigo de su tiempo nos ha dejado diferentes pinturas acabadísimas, brillantes en sus toques, respirando vida, resultando del conjunto de ellas el cuadro general de la mendicidad pública, tan desarrollada en aquel triste período de la decadencia española. Pero principalmente fotografiaba al pordiosero que, á la par que para mantenerse en la vagancia y satisfacer sus múltiples y no contenidos vicios, explotaba la caridad, se utilizaba para los mismos fines de los descuidos, de la candidez y de la estupidez de los demás, llegando, siempre que la ocasión se le presentaba propicia, desde los pequeños hurtos y *timos*, hasta los robos en grande y con las más agravantes circunstancias. Los célebres *caballeros de la tenaza*, á los que podrían referirse otros similares que con frecuencia se nos ofrecen á la vista, y sus no menos célebres hidalgos haraposos, podrían sin error ser incluidos en tal clase. Pero á nuestro propósito, y por representar mejor y con mayor exactitud al pordiosero vagabundo, son otros los tipos de que como muestra daremos á conocer algunos. Para ello acudiremos á lo que dice en su *Buscón ó Historia del gran tacaño*, novela conocidísima, digna indudablemente de los apreciables estudios que de ella se han hecho.

Refiriéndose al que llama D. Cosme y á la reunión de sus vividores personajes, dice: «Tenía asolado medio reino; hacía creer cuanto quería, porque no ha nacido tal artista en el mentir, tanto que aun por descuido no decía verdad. Hablaba del niño Jesús, entraba en las casas con *Deo gracias*, diciendo *el Espíritu Santo sea con todos*. Traía completo ajuar de hipócrita: un rosario con unas cuentas frisonas; al descuido hacía que se le viese por debajo de la capa un trozo de disciplina salpicado con sangre de narices; hacía creer (concomiéndose) que los piojos eran cilicios y que la hambre canina era ayuno voluntario; contaba tentaciones; en nombrando al demonio, decía «Dios nos salve y nos guarde»; besaba la tierra al entrar en la iglesia; llamábase indigno; no levantaba los ojos á

las mujeres, pero las faldas sí. Con estas cosas traía el pueblo tal, que se encomendaban á él, y era propiamente como encomendarse al diablo».

Después de este retrato hace el no menos perfecto de otro que se presentó «haciendo gran ruido y pidió saco pardo, cruz grande, barba larga postiza y campanilla». Semejante disfraz le era muy utilísimo, pues gracias á él «cogía mucha limosna y entrábase en las casas que veía abiertas, y si no había testigos y estorbos, robaba cuanto podía; si le hallaban, tocaba la campanilla, y decía (con una voz que él hallaba muy penitente): «Acordaos, hermanos, de la muerte, y haced bien por las ánimas».

Siempre que hemos leído estas y otras partes de los ingeniosos escritos de Quevedo, hemos recordado algunos mendigos-vagabundos que vimos primero en las calles y mercados de los pueblos y después en las cárceles. Entre ellos haremos mención especial de dos que parecían copiar á los personajes del *Buscón*, y que ni en su interior ni en su exterior tenían nada que les hiciese inferiores, lo cual nos afirma en la idea de que Quevedo y los demás literatos copiaron del natural. El más notable, y también el más taimado, imitaba en su traje, en sus ademanes y en sus palabras á Jesús; llevaba un traje morado, á modo de Nazareno, sujeto á la cintura con un grueso y tosco cordón amarillo; tenía descubierta la cabeza, ostentaba una barba rubia y partida y el cabello igualmente larguísimo y asimismo partido por el medio desde la frente; levantaba la mano derecha, replegando los dedos á excepción de dos, cual se pinta al Salvador en sus predicaciones, y se expresaba en los términos que creía llenos de unción evangélica; su ocupación aparente era el rezar y peregrinar de santuario en santuario; su ocupación real la investigaron las autoridades. El otro explotaba también los sentimientos religiosos, y recorría las aldeas de la provincia de Salamanca. Iba vestido de peregrino, permanecía largos ratos de rodillas, como algunos se presentan en las calles de Madrid, hacía la señal de la cruz cada vez que oía una blasfemia y aparentaba recogerse para descansar en la puerta de los cementerios. Ambos fueron detenidos: el imitador de

Jesucristo, por haberse equivocado tomando cautelosamente cosa ajena; el penitente, en un despoblado, haciendo compañía á otros vagabundos, hombres y mujeres, por tener todos ellos cuentas pendientes con la justicia.

Tales tipos, que tanta semejanza ofrecen con los de Mateo Alemán, Hurtado de Mendoza y Vélez de Guevara, que tan perfectamente marcan los rasgos más salientes de la mendicidad en varias épocas, y determinan los que pueden decirse psicológicos de los pordioseros profesionales, los encontramos todavía, cual acabamos de decir, muy abundantes en las sociedades de hoy; la hipocresía, la mentira, el engaño, el vicio, las malas y bajas pasiones, el odio á toda ocupación que se parezca á trabajo, juntos á frecuentes anomalías y deficiencias físiopsíquicas, se advertían en la generalidad de otros tiempos y se observan en los de ahora, á poco que en los mismos se pare la atención. Tanto se parecen los unos á los otros, los de antaño á los de ogaño, y todos entre sí, que los escritores que de ellos se han ocupado parece que han venido copiándose. En el siguiente pasaje de Quevedo, donde el tipo es el del mismo héroe de la novela, el popularísimo *Buscón*, se encuentra la prueba:

«No teniendo dinero—dice Pablos,—determinéme á salir con dos muletas de la casa, y vender mi vestido, cuellos y jubones, que era todo muy bueno. Hícelo, y compré con lo que me dieron un colete de cordobán viejo y un jubonazo de estopa famoso, mi gaban de pobre, remendado y largo, mis polainas y zapatazos, la capilla del gabán á la cabeza; un Cristo traía colgado del cuello y un rosario. Compasión en la voz y frases doloridas en pedir, un pobre que entendía del arte mucho; y así, comencé luego á ejercitarlo por las calles. Anduve ocho días por las calles aullando en esta forma, con voz dolorida y reclamamientos y plegarias: «Dadle, buen cristiano, siervo del Señor, al pobre lisiado y llagado, que me veo y me deseo». Esto decía los días de trabajo; para los de fiesta comenzaba con diferente voz, y decía: «Fieles cristianos y devotos del Señor, por tan alta Princesa como la Reina de los Angeles, Madre de Dios, dadle una limosna al pobre tullido y lastimado de la mano del Señor». Y paraba un poco,

que es de grande importancia, y luego añadía: «Un aire corruuto, en hora menguada, trabajando en una viña, me trabó mis miembros; que me vi sano y bueno, como se ven y se vean, loado sea Dios». Venían con esto los ochavos trompiciando y ganaba mucho dinero; y ganara mucho más si no se me atravesara un mocetón mal encarado, manco de los brazos y con una pierna menos, que me rondaba las mismas calles en un carretón, y cogía más limosna con pedir mal criado. Decía con voz ronca rematada en chillido: «Acordaos, siervos de Jesucristo, del castigo del Señor por mis pecados; dadle al pobre lo que Dios reciba». Y añadía: «Por el buen Jesús». Y ganaba más que un juicio. Lo advertí, y no dije más *Jesús* sino quitando la *s*, y movía á más devoción. En fin, yo mudé de funciones y cogía maravillosa mosca. Llevaba metidas entrambas piernas en una bolsa de cuero y liadas y mis dos muletas. Dormía en el portal de un cirujano con un pobre de *cartón* (uno de los mayores bellacos que Dios crió): estaba riquísimo y era como nuestro rector; ganaba más que todos; tenía una potra muy grande, y atábase con un cordel un brazo para arriba, y parecía que tenía hinchada la mano y manca y con calentura, todo junto. Poníase echado boca arriba en un puesto, y con la potra de fuera, tan grande como una bola de puerto, y decía: «¡Miren la pobreza y el regalo que hace el Señor al cristiano!» Si pasaba mujer, decía: «¡Señora hermosa, sea el Señor en su ánimo!» Y las más, porque las llamase así, le daban limosna y pasaban por allí aunque no fuera camino para sus visitas; si pasaba un soldadico, «señor capitán», decía, y si otro hombre cualquiera, «señor caballero». Si iba alguno en coche, luego le llamaba señoría, y si clérigo en mula, «señor arcediano»; en fin, él charlaba terriblemente... Me descubrió un secreto que en dos días estuvimos ricos, y era que este tal pobre tenía tres muchachos que recogían limosna por las calles y hurtaban lo que podían. Dábanle cuenta á él, y todo lo guardaba.»

Esta parte del *Buscón*, de Quevedo, es de verdadero interés. Más que producto de su fecundo y brillante ingenio, puede decirse traducción exactísima de la realidad, recopilación acertada de los hechos de la vida de los vagabundos y

mendigos que tenía á la vista. Cuanto refiere y en gran parte atribuye á su héroe, es lo que su aguda observación le hizo conocer. Sus pobres, que vivían y aun llegaban á una riqueza relativa empleando al efecto engaños, supercherías y medios de toda especie, procedimientos que de efectivos *timos* ó *estafas* pueden calificarse, y que no sentían el menor escrúpulo en acudir al *hurto* y al *robo*, excitando á imitarlos y educando para ello á niños ó niñas de corta edad alquilados, y á quienes despiadadamente explotaban, pervertían y torturaban, son los que pululaban en las ciudades y se extendían, cual plaga de langosta, por la campiña, cuyos habitantes no tenían otra defensa que la insignificante de los famosos *cuadrilleros*, que tan malparados han salido de la pluma de Cervantes. Vagos por instinto y por hábito, su desiderátum ó aspiración suprema era el vivir de la holganza; vagabundos, también obedeciendo á causas parecidas muchos de ellos, cambiaban de continuo de sitios y lugares, respondiendo á la á modo de fuerza interna que los empujaba; malhechores, ó por instinto, ó por educación, ó por costumbre, ó por todo ello á la vez los más, no desperdiciaban la ocasión de apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de sus dueños; degenerados en su casi totalidad, ofrecían todos los caracteres físicos y morales consecuencia de la degeneración.

De igual modo se presentan por cuantos más ó menos y en las diferentes épocas se han ocupado desde distintos puntos de vista de la mendicidad y la vagancia. Su estudio entra de lleno en los dominios de la sociología y de la antropología criminal. Tanto como al antropólogo y al sociólogo, conviene su conocimiento al jurisconsulto que cree, diferenciándose en ello de los miembros de la justicia histórica, no debe limitarse á glosar y comentar la legislación positiva. Para poder apreciar debidamente el hecho delito, es preciso conocer á fondo al delincuente; para juzgar la criminalidad de un pueblo, es necesario conocer bien sus causas productoras; para poner remedio al mal, se requiere penetrar antes en el interior de los individuos. Las obras de nuestros eminentes literatos no lo son de mero pasatiempo, aunque ofrezcan la forma de la novela ó de la poesía; son también obras de estudio

científico; ellas reflejan la vida social, las costumbres, los hábitos, las tendencias, las ideas, las virtudes, las maldades, las grandezas y las miserias de las distintas clases que constituyen la sociedad y la de los individuos. Nuestra literatura clásica, que hoy desdeñan los desequilibrados *decadentes* de Max Nordau, y dentro de ella el llamado género picaresco, sobresalen en este particular. De dicha literatura, en cuanto se refiere á la materia que nos ocupa, se desprende la psicología del mendigo, del vago y del vagabundo, patentizando cómo de padres mendigos, vagabundos y vagos y criminales provienen hijos que también lo son, cómo la educación y el ejemplo desarrollan y vigorizan los gérmenes resultantes de la herencia, cómo el instinto de imitación y el hábito los fijan, como la degeneración física y moral contribuye en gran manera á tales resultados, y cómo del engaño á la caridad se pasa insensiblemente al timo, al hurto y á otros delitos más calificados.

Por eso los médicos cultivadores de la antropología criminal conceden no escaso lugar en sus libros á la literatura de los distintos pueblos; por eso le dan igual importancia los sociólogos, y por eso también se la hemos concedido en este imperfecto trabajo.

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará.)

VIDA Y SUCESOS PRÓSPEROS Y ADVERSOS

DE

DON FRAY BARTOLOMÉ DE CARRANZA Y MIRANDA

ARZOBISPO DE TOLEDO (1).

*Escribiólos el Dr. Pedro Salazar de Mendoza, canónigo
penitenciario de la santa Iglesia de Toledo.*

Anotólos F. O. R.

CAPÍTULO LV

D. Sancho Busto de Villegas, Gobernador del Arzobispado.

Con acabarse la vida del Arzobispo, acabó y cesó el oficio de gobernador en lo espiritual y temporal del arzobispado de Toledo, que estaba haciendo D. Sancho Busto de Villegas desde el tiempo señalado en el capítulo XLI. Al punto que se hizo la sede vacante, se recogió á una casa de campo suya y de sus padres, llamada el Aldegüela, cerca de Ocaña, su patria, en el camino de Aranjuez; aquí estuvo algún tiempo y le dió el Rey un canonicato de Sevilla, que pareció á muchos cosa moderada para sus merecimientos; mas él lo aceptó con mucha modestia y se fué á servir la plaza del Consejo de la General Inquisición. De allí á poco, le presentó el Rey á la iglesia de Avila que había vacado por D. Antonio Maurino de Pazos, que le resignó sin tomar posesión, por haber sido proveído de la Presidencia de Castilla. Tuvo esta iglesia D. Sancho Busto, desde el día de la Purificación de la

(1) Véase la pág. 225 de este tomo.

Virgen á 2 de Febrero de 1579, hasta 19 de Enero de 1582, que murió en Madrid. Está sepultado en el convento de Esperanza, de la orden de San Francisco, junto á Ocaña, en una capilla de sus antecesores. Creyóse lo había mandado el Rey venir á la corte con intento de hacerle Presidente de Castilla. Ya se ha dicho algo de su persona hasta que llegó á ser gobernador del arzobispado, y mucho de lo que después le pasó. Este oficio hizo admirablemente acudiendo á todas las cosas y obligaciones de él, sin hacer falta ninguna. Dió muchas limosnas á los pobres del arzobispado; la entrada cada un año era con 10.000 ducados y 4.000 fanegas de trigo que mandaba repartir. Hizo mucha instancia con el Cabildo para que se escribiesen las vidas de los Arzobispos de Toledo, y nombrase cronista para ello; empresa digna de Busto de Villegas, porque tratar de la virtud y nobleza de los pasados para que se imiten sus acciones, y los que las leyesen se adelanten y señalen, es cosa santa y necesaria en la república, como nos lo dejaron escrito Valerio Paterculo y Plutarco mayormente, que entre los Arzobispos de Toledo ha habido muchos muy eminentes en las especies de nobleza, porque algunos han sido santos, otros hijos de reyes, otros de muy grandes señores y otros muy valerosos y excelentes prelados.

Tuvo muy acertado voto en estas letras y en otras Busto de Villegas, y tanta noticia de los linajes de estos reinos, que puede decirse de él lo que de sí mismo dijo Marco Tulio Cicerón, que una de las cosas que le hicieron subir á la dignidad de Cónsul fué tener grande conocimiento de las familias y linajes de Roma y de los negocios públicos, sin lo cual su elocuencia y oratoria fueran música sin compás. Cornelio Celso y Diodoro Sículo dicen que ninguna facultad y estudios hay de mayor provecho para la república que la historia.

Fué Busto de Villegas de muy buen cuerpo, bien proporcionado, el semblante grave, antes triste que alegre, la fisonomía de un hombre ingenioso, entendido y melancólico. Hablaba el idioma castellano con grande primor y propiedad, y escribíalo con mucha elegancia y agudeza de sentencias y

apotegmas. Reprendía los vicios y castigaba las culpas de los ministros con severidad, teniendo muy presente lo que escribe Cicerón, que las reprensiones y castigos se han de hacer sin injuria de los castigados y reprendidos. En todo fué tal Busto de Villegas que puede dársele muy buen lugar entre los más claros varones de su nación por haber sido uno de los que más la ilustraron, y á quien ella tiene mayores obligaciones.

CAPÍTULO LVI

De lo que se siguió á la muerte del Arzobispo.

Sucedió al Arzobispo en la silla de Toledo D. Gaspar de Quiroga, Obispo de Cuenca, inquisidor general. Estando ya de asiento en su iglesia, una vez entre otras que se halló en los cabildos, echó de menos el retrato del Arzobispo con los demás que han sido desde San Eugenio, el primero de este nombre y también el primer prelado; loable costumbre, como lo será en todas las iglesias que la tuviesen. Con esto se puso el retrato luego, después del Cardenal D. Juan Martínez Siliceo, su inmediato predecesor. También se puso el epitafio que se acostumbra poner á todos los Arzobispos á la puerta del sagrario, junto al del mismo Cardenal Siliceo. Excusáronse el deán y Cabildo con la causa del Arzobispo, pareciéndoles de buen respeto aquella consideración.

El intento que se ha pretendido con poner estos retratos y epitafios á los Arzobispos de Toledo ha sido conservar su memoria y tenerlos presentes para saber cuáles hayan sido. Dice Plinio: *Majus nullum est felicitatis pecimen, quam omnes scire cupere, qualis fuerit aliquis*: refiérese al uso de las estatuas á Nino, primer Rey de los asirios, que la puso á su padre Nelo para consolarse en el sentimiento de haberle perdido. De ésta pasó á otras naciones. Los romanos tenían en los zaguanes de sus casas los retratos de sus mayores para verlos á la entrada y salida, recibiendo de esto mucho consuelo, ya que no los habían alcanzado. Tuvieron tanta devoción á estas efigies,

que si bien se enajenaban las casas ó las ocupaban nuevos señores, siempre se habían de guardar y permanecer. Otras naciones las ponían en las proas y popas de sus navíos. Otros las traían consigo en medallas llamadas así porque la mayor parte eran de alguno de los metales; muchos dicen que tomaron el nombre de un verbo griego: *medallo*, que dice en latín *impero*, porque ordinariamente en estas medallas estaban retratados los emperadores. Sea lo que fuese, todos han tenido razón en usar de los retratos, porque más que el oído mueve la vista y con mayor eficacia. Horacio nos lo dijo: *Segnius irritant animos demissa per aurem, quam quæ sub oculis subjecta fidelibus, et quæ ipse sibi tradit spectator*. Los epitafios se entiende haber sido invención de poetas en honra de los difuntos, y para que de ellos quedase memoria. Platón ordenó que no pasasen de cuatro versos cada uno, para que los caminantes los leyesen con facilidad, ni se habían de poner en el cerro Meco, que era una de las plazas de los griegos, ni las laudes habían de tener espacio para preámbulos ni epigramas, sino solamente para las alabanzas del difunto. Bien sé que los latinos se alargaron en las oraciones fúnebres, y como dice Polibio, el primero que esto hizo fué Valerio, que publicó la muerte de Junio Bruto su compañero. Licurgo mandó en una de sus leyes que no se pusiesen epitafios sino á los que hubiesen muerto en defensa de la patria, ó hecho alguna gran cosa por la república, y lo mismo se ha escrito de los Spartas.

Así lo hace y acostumbra la santa iglesia de Toledo, tratando del bien que sus prelados han hecho á estos reinos y á su arzobispado, y poniendo juntamente los oficios y las virtudes en que más se aventajaron. Con el Arzobispo estuvo detenido por sus trabajos y adversidades, y por esto advertidamente le dijo lo siguiente:

Frater Bartholomæus de Carranza et Miranda, ordinis Prædicatorum, Archiepiscopus Toletanus obiit postridie Kalendas Maii, anno MDLXXVI.

Después trató el mismo Cardenal Quiroga de que se hiciesen honras, como se suelen hacer á todos los Arzobispos.

Para esto se juntó Cabildo en 15 de Abril de 1578, y nombraron por comisario que fuese á la corte á tratar de ello á

D. Jerónimo Manrique, canónigo penitenciario. Hízosele un túmulo, como á los demás sus antecesores, en medio de los dos coros, y celebráronse sus exequias en 13 y 14 días del mes de Julio del año de 1578 con la solemnidad acostumbrada (1).

APÉNDICE A.

Carta que escribió D. Sancho Busto de Villegas, gobernador del arzobispado de Toledo, á D. Felipe II, Rey de España, sobre la venta de vasallos de la muy santa iglesia de Toledo y otras de estos reinos.

Es digna de ser leída y entendida.

«Señor:

Recibí la de V. M. de 7 de éste, y juntamente la copia del breve que Su Santidad ha concedido á V. M. para la venta de los vasallos, jurisdicción y rentas temporales de las iglesias y monasterios, y acerca de ello haré lo que V. M. manda, advirtiéndole primero de no faltar á lo que debo, que ni el tenerme puesto V. M. en el este lugar por sombra del Primado (á quien toca traer á la memoria á V. M. la defensa de las iglesias de España), ni el temor y nota de que en mi tiempo se vendan los vasallos de la de Toledo, ni otra ninguna consideración humana me pudiera dar atrevimiento para suplicar á V. M. mande reveer este negocio, si no estuviera persuadido que hago en ello á V. M. el mayor servicio que podré hacer en mi vida, y en cosa muy importante á la conciencia, autoridad y reputación de V. M. y á la religión y república cristiana; y según el desasosiego que he tenido después que recibí la de V. M., podré decir con verdad lo que la mujer de Pilatos á su marido, que he padecido tanto, no en sueños, sino velando, que me ha impelido y forzado á dar á V. M. esta pesadumbre, y suplicarle muy de veras que antes que pase á la ejecución, lo

(1) Así terminan cuatro de las cinco copias que he tenido presente. En la quinta se añade:

Benedictus Deus in servis suis;
Et sanctus in omnibus operibus suis.

considerare V. M. mucho; y lo que principalmente me ha movido es haber visto lo contrario de lo que V. M. quiere hacer, firmado del Emperador nuestro Señor (que haya gloria) en las leyes de estos reinos y capítulos de Cortes donde por los procuradores le fué pedido esto mismo, y respondió que no convenía al servicio de Dios ni al suyo que se hiciese; y apretándole más, refieren que dijo: ¡Nunca plegue á Dios que yo quite á las iglesias lo que no les di! Y tornándolo á consultar con el Arzobispo de Toledo que hoy es, y con fray Melchor Cano, y con el maestro Gallo y con Fr. Alonso de Castro, respondieron á V. M. que ni el Papa podía dar licencia para ello por no tener el señorío de estos bienes ni Vuestra Majestad pedirla con buena conciencia, y que ya que se pudiera dar y pedir que no era cosa decente tratar de ella, y si ahora otros letrados han aconsejado á V. M. lo contrario, será justo considerær si son mayores que los juristas que respondieron á los capítulos de cortes, y que los cuatro teólogos susodichos, y también que tenemos ejemplos en la Escritura, de personas que con deseo de conseguir sus intentos anduvieron de profeta en profeta hasta que Dios permitió que topasen alguno que los engañase. Conforme á la opinión de estos teólogos, el breve que V. M. tiene no parece que releva, y también se puede fundar que no basta la extrema necesidad que V. M. tiene, porque en el Deuteronomio y otras partes de la Divina Escritura se prohíbe con amenazas la enajenación de estos bienes santificados para ningún efecto, por importante, necesario y forzoso que sea, especialmente cuando el estado eclesiástico, con ser tan exento y privilegiado, ha socorrido y socorre á V. M. con las tercias, subsidio y excusado, que son, según dicen, cinco partes de diez de toda la renta eclesiástica, y más con los maestrazgos y con lo que se ha vendido de las órdenes militares, que son bienes eclesiásticos, y con las condenaciones peculiares, y dejadas aparte las tercias y las posesiones y lo que se paga de ordinario por la langosta, y cargas sin deberse, que de sólo subsidio y excusado paga un prelado á V. M. (aunque sea hidalgo) cada año más pechos y derechos que dos mil labradores y cuatro mil hidalgos y caballeros, y para remedio de esta desigualdad

considere V. M. si es buen consuelo vender sus vasallos, jurisdicción y fortalezas, no habiendo los demás estados contribuido, siquiera con otro tanto, como el eclesiástico, porque realmente de pechos, alcabalas y otros derechos no paga á V. M. un seglar de veinte, uno, pagando el eclesiástico de diez, cinco; de manera que aunque el eclesiástico no fuese exento, ni privilegiado, para justificar V. M. estas ventas era necesario que el estado seglar contribuyese siquiera con otro tanto; y si esta relación se hiciera á Su Santidad, de creer es que no diera el dicho breve, aun en el caso que tuviera poder para darle, pues no es justo que la carga que toca al estado seglar se eche por sobrecarga al eclesiástico, y advierta V. M. que estas donaciones que los santos reyes, de gloriosa memoria, hicieron á las iglesias de los lugares y vasallos, no fueron graciosas, ni simples y revocables, sino con grandes causas remuneratorias é irrevocables, precediendo votos y promesas á Dios nuestro Señor y á la Virgen Santísima y á los Santos, y siguiéndose por ello grandes victorias, y dándoles Dios el retorno, el *centuplum* de ciudades y reinos, el cual es de temer no se revoque porque en alguna manera parece que es hacer fraude á Dios, y á nuestro Señor y á los Santos, que visiblemente pelearon y se hallaron en las batallas haciendo los milagros que las historias cuentan, especialmente en las del Infante D. Pelayo, que venció con tan poca gente y armas, volviéndose las saetas contra los que las tiraban, y concediendo otros milagros y maravillas con que se recuperó España.

Con gran razón podía quejarse el Apóstol Santiago, que habiéndose hallado con armas y caballo en esta batalla, y más particularmente en la de Clavijo, se le quitase ahora el sueldo que por ello le dió el Rey D. Ramiro.

La santa madre Iglesia es muy delicada, y quiere ser muy regalada, y donde no la tratan bien, huye; y así por los malos tratamientos que le hicieron en África y Asia, huyó en los tiempos pasados y se vino á Europa, y por la misma causa en los nuestros ha huído de algunas provincias de Europa, como son Alemania é Inglaterra y parte de Francia, y se ha acogido á España, debajo de las alas, amparo y protección

de V. M., dándole por ello nombre de católico, en lo cual debe V. M. considerar cuatro cosas: la primera, que no se le dé á la Iglesia ocasión que por esta causa y por nuestros pecados huya de España; la segunda, que en ley de caballero y cristiano está V. M. obligado á favorecer y amparar al que se acoge á V. M.; la tercera, que siendo madre tal y tan santa, no es justo que la despojen de su dote y joyas; y la cuarta, que se daría en ello no buen ejemplo á los Reyes cristianos convecinos y pasto á los luteranos, que aunque la causa por lo que V. M. lo hace es otra, el hecho y perjuicio para las iglesias es uno mismo. Los santos reyes Fernando y Alfonso, antecesores de V. M., tuvieron menos estados y mayores necesidades y aprietos, porque poseían una sola parte de Castilla y estaban rodeados de los reyes moros de Córdoba y Granada y Sevilla, y de otros enemigos, y con todo eso para sustentar su reino y estado y ampliarle, y para conseguir victorias y defenderse de sus enemigos, tuvieron por mejor camino dar á Dios y á las iglesias antes que quitarles, y así consiguieron en esta vida y en la otra el *centuplum* que Dios tiene prometido, y el nombre de santos y buenos reyes.

En harta aflicción y trabajo debía de estar el santo Rey D. Fernando cuando ganó á Sevilla, que teniendo sobre ella puesto cerco le fueron á decir los de su Consejo que ni se podía sustentar el cerco ni entretener al campo si no se valía de los bienes de la Iglesia y de otros repartimientos; y respondió el santo Rey que más quería un *Pater noster* de ella que tomarle los bienes, y fué Dios servido que el día siguiente se le entregó la ciudad sin pensarlo ni esperarlo.

Si todos los vasallos y las cosas de las iglesias se pudieran vender en un mes ó en un año y juntar el precio y éste fuera suficiente socorro y remedio de V. M., fuera muy bien empleado; pero habiéndose de hacer las ventas por menudo y sacarse los dineros como por alquitara, pues es cierto que no ha de haber compradores para todo, crea V. M. que al cabo de pocos años vendrá á hallarse con la misma necesidad, ó mayor que ahora, habiendo hecho el daño y puéstose al peligro, que está santificado, dejando, entre tantos triunfos y religiosa monarquía, mancillado por esta causa su glorioso nom-

bre en las crónicas ó en las ajenas, y sólo servirán estas rentas para enriquecer á los verdaderos enemigos de V. M., que son los extranjeros y logreros, en cuyas manos y provecho estos dineros han de pasar y convertir; de manera que si V. M. pone en una balanza el daño tan perpetuo, perjudicial y peligroso, y en otra el poco provecho momentáneo y sin efecto, facilísimamente en breve tiempo podrá elegir lo que conviene. Si fuese cierta la opinión del tesorero Alonso de Baeza, que preguntándole cuál era la causa por que lucían tan poco las rentas reales habiéndose aumentado tanto, respondió que después que en casa entraban dineros del subsidio no se logran los demás; y lo mismo se refiere haber dicho el comendador mayor Cobos, lo cual tiene fundamento en lo que en muchas partes los sabios y los santos doctores dicen.

Los graves perjuicios que de estas rentas vienen son muy notorios y el mayor de ellos es desautorizar las iglesias y prelados de ellas, como se hizo en Alemania é Inglaterra, que fué el fundamento, origen y principio de la perdición de aquellos reinos y estados que tan antiguos y católicos eran, y quedando los prelados sin nervio, autoridad y sustancia, no podían ayudar á resistir á los herejes, ni servir á su reino como era menester, que aunque en el de V. M. no sea necesario, no sabemos lo que será en los siglos venideros, y las voluntades pías, sufragios y memorias de los difuntos que dieron estos vasallos á las iglesias quedan defraudadas y las de los vivos desanimadas y resfriadas para hacer semejantes memorias.

Los vasallos que fuesen vendidos pierden limosnas y buen tratamiento, porque como no se escogen los compradores, sino que se admiten los que vienen con dineros, es verosímil que tendrán más consideración los tales compradores á pujar sus rentas que relevar los vasallos.

La recompensa que á las iglesias y prelados se ha de dar se entiende que no puede ser justa, proporcionada y equivalente, sino que así como el que compra joyel de oro, lleno de perlas preciosas y esmaltes, por sólo el peso no satisface, así el que compra vasallos y villas y fortalezas de la Iglesia por el valor de la poca renta, está claro que lo lleva por el peso, y que deja por pagar las piedras y esmaltes de la honra, pre-

eminencia, calidad y autoridad, con otras circunstancias, que son el verdadero valor, y montan mucho más que la renta y el peso.

Muy prósperos sucesos se han visto y se leen de los Reyes y Príncipes y repúblicas que han atendido al aumento de las cosas de las iglesias y templos, y muy adversos de los que han hecho lo contrario. La mayor monarquía y el más poderoso y florido imperio fué el de los romanos, lo cual atribuye San Agustín á la religión y magnificencia de que usaron con los templos que ellos pensaban que eran del verdadero Dios, y las veces que sus capitanes no hicieron esto les sucedieron notables desgracias é infortunios, como fué cuando Marco Craso, yendo á la conquista de los partos, por sola su autoridad y codicia, tomó del templo de Jerusalem muchas cosas de oro, y sucedióle por ello que los partos le vencieron y le tomaron á él y á su hijo y les dieron muerte, y á él le echaron mucho oro derretido por la boca para apagarle la sed que de ello tenía y lo más propio y verdaderamente. En castigo del sacrilegio del oro que había tomado del templo y de otras indecencias, fué de mal en peor, hasta que perdió la vida, honra y hacienda, habiendo antes gozado del nombre de *Magno* y de tantos triunfos y victorias, y esperando, cuando menos, á no tener ni consentir igual en el mundo. Por el robo de los vasos de oro que hizo Nabucodonosor del templo le vinieron muchas adversidades, y permitió Dios que de Rey se convirtiese en bestia y anduviese mucho tiempo por los campos comiendo yerbas; y por sólo por haber usado de estos vasos el Rey Baltasar, su hijo, vió aquel horrendo prodigio de la mano que escribía en la pared su muerte y la destrucción de su reino, lo cual le declaró el profeta Daniel; y al contrario, dió mucha prosperidad al magnánimo Rey Darío, su sucesor, porque restituyó al templo cinco mil cuatrocientos vasos de oro y plata, liberalidad increíble de gentil, si la divina escritura no lo dijera. Por las grandes é inmensas donaciones que el Emperador Constantino hizo á la Iglesia, ganó el nombre de *Magno*; y por lo que Dionisio y otros quitaron á los templos, ganaron el de tiranos. El Rey Salomón, por lo que tan larga y espléndidamente gastó en el templo, le pagó

Dios en la misma moneda, y le dió la mayor riqueza y prosperidad que ha habido en el mundo, pues se dice en el libro de los Reyes que en su tiempo había en Jerusalem tanta abundancia de plata como de piedras; y porque en España tenemos ejemplos del tiempo de los santos reyes, antecesores de V. M., y porque es de fe el *centuflum* que está prometido á los que diesen á las iglesias, será superfluo entre cristianos traer más ejemplos de la prosperidad y bonanza que han conseguido los que con las iglesias han sido largos y liberales, y así sólo referiré algunas desgracias que han sucedido en todos tiempos y reinos á los que han hecho al contrario, y dejando aparte lo de Nabucodonosor y su hijo, y de los cónsules y capitanes romanos y lo de Dionisio y otros gentiles que por esto cayeron en perpetua miseria, como he referido.

Al Rey Jeroboam (como se cuenta en el libro de los Reyes), por echar mano á la ropa de un profeta, permitió Dios se le secase la mano, y notan y ponen allí los santos doctores muchas amenazas á los Reyes y Príncipes que echaron mano á las cosas de las Iglesias, diciendo que será causa para que caigan de sus Estados. Á Ananías y Safira, su mujer, porque quitaron á la iglesia lo que ellos mismos le habían dado, se cayeron muertos á los pies de San Pedro. Abimelec quiso alzarse por Rey de Israel, y para hacer gente cogió 40 arrobas de plata de un templo y dejóle Dios por ello de su mano, de manera que hizo inauditas bestialidades y mató sobre una piedra misma sesenta hermanos suyos, y en fin, se perdió y vió á morir á manos de una esclava suya, que le quebró la cabeza. Al Rey Acab, por el despojo de un templo, le castigó Dios gravemente, y en la muerte no le quisieron dar sepultura entre los Reyes de Israel. Los libros de los Reyes y de los Macabeos están llenos de historias y tragedias de Reyes y príncipes que por atreverse á cosas de iglesias y templos fueron milagrosamente destruídos. El Emperador Federico sacó los ojos (con poca ocasión) á un secretario suyo; arrepintiéndose de tan feo caso después, le recibió en su Consejo, y sucedió que estando el Emperador en gran necesidad y no pudiendo sustentar un campo que tenía levantado, le aconsejó

el secretario que vendiese de las cosas de la Iglesia para ello, y preguntándole por qué había dado tan mal consejo al Emperador, respondió que para vengarse de él y que Dios le destruyese, y así sucedió después. No pudiendo la Reina doña Urraca, hija del Rey D. Alonso, que ganó á Toledo, sustentar su ejército, pidió á los monjes de San Isidro de León que le diesen de las riquezas y cosas del monasterio, y como lo rehusasen, enojóse mucho la Reina con ellos, y apretándoles, respondieron que no osarían tocar á las cosas de Dios, que entrase ella y las sacase; hizolo así, y dice su historia que saliendo con las cosas que había tomado, reventó á la puerta. Por haberse atrevido el Rey D. Alonso de Aragón el Batallador, marido de la Reina D.^a Urraca, á tomar otras cosas de las iglesias, cuenta su historia que perdió el nombre y hechos de Batallador, y que fué vencido en Fraga con grande ignominia y afrenta, y que no pareció más vivo ni muerto. El desastrado caso del Rey D. Enrique I, á quien mató una teja en Palencia, atribuyeron algunos al poco cuidado que aun en su tierna edad tuvo en remediar los agravios que á las iglesias hicieron los hijos del Conde D. Nuño de Lara, los tutores y gobernadores de su reino, y á ellos les sucedieron los trabajos y desastres que cuenta la historia. El Rey D. Alonso el Sabio (como es notorio) murió lleno de infelicidades y despojado de sus reinos, por su propio hijo, habiendo primero metido la mano en las tercias y rentas eclesiásticas. En tiempo del Rey D. Juan el I se hicieron grandes vejaciones á la Iglesia, so color de patronazgo, y al Rey le sucedió ser vencido con harta ignominia en lo de Aljubarrota, y después murió repentinamente de una caída de un caballo en Alcalá de Henares. Á D. Sancho Ramírez, Rey de Navarra, habiéndose aprovechado en sus necesidades de los bienes eclesiásticos, le sucedió por ello cosas adversas. D. García, Obispo de Jaca, su hermano y D. Ramiro, Arzobispo de Rodas, le compeliéron á hacer penitencia pública en la iglesia mayor delante de toda la corte. D. Alonso, Rey de Portugal, tuvo al principio prósperos sucesos contra los moros de África, y por meterse después en los bienes eclesiásticos, murió con grande ignominia y despojado. Al serenísimo Rey D. Manuel, abuelo

de V. M., le comenzaron á suceder adversidades, de manera que le avisaron los suyos que era juicio y azote de Dios por haberse atrevido á las cosas de la Iglesia, y persuadido por el Arzobispo de Lisboa y por otros de ciencia y conciencia, desistió de ello. Al Rey de Polonia, Cariamud, le sucedieron grandes desastres é infortunios por lo mucho que gravó á los clérigos y rentas eclesiásticas, y con ser para guerra contra el turco, teniéndole tan vecino, se levantaron sus ejércitos contra él, y dentro y fuera de su reino le sucedieron por esta causa muchas adversidades, miserias y trabajos. Constante II, Emperador de Grecia, tomó grande suma de las iglesias de Roma, y sucedióle por ello que le mataron los suyos á puñaladas. Porque Astolfo, Rey de los longobardos, insistió con el Papa que todos los vasallos de la Iglesia le pagasen un dinero, y sobre ello le hizo guerra, le castigó Dios matándole con un rayo. El Emperador Otón IV, por malos tratamientos que hizo á la Iglesia, murió descomulgado y depuesto de la Iglesia.

San Eulogio, mártir cordobés, dice que en su tiempo á los reyes moros de Córdoba les sucedieron grandes y extraordinarias adversidades por causa del gravamen que ponían á las iglesias y las rentas. Al jarife, Rey de Marruecos, le aconsejó un judío (en nuestros tiempos) que para defenderse de sus enemigos, no bastándole sus rentas, podía tomar una de cuatro bolas de oro de mucho peso y grandeza que están encima de una torre de la mezquita de Marruecos; ejecutólo así, y después que hizo de ella gran número de doblas y socorrido su necesidad, arrepintiéndose el jarife de haberlo hecho, mandó ahorcar al judío que le dió el consejo, y al jarife le mató un su hermano menor y le quitó el reino, lo cual atribuyen los moros (según dice su crónica) al atrevimiento que tuvo de tomar la bola de la mezquita.

Las lamentaciones de las historias francesas y las calamidades y trabajos que han sucedido en aquel reino por esta misma causa no las refiero, porque tiene V. M. entera noticia de ellas y podemos decir que las ha visto, habiéndoles sucedido á aquellos reinos cristianísimos muchas cosas contrarias é indignas de su nombre, porque por esta razón y causa le perdieron.

Las maldiciones de los padres y abuelos, aunque ellos no sean santos ni ellas fundadas en causa justa, siempre fueron temidas en España, y cuando fuesen de antepasados, como algunas son, santos y buenos, y con causa, más se deben temer, y todos los santos Reyes que dieron estos vasallos á las iglesias al fin de sus privilegios ponen las maldiciones siguientes: que si alguno contraviniese, ora sea Rey ú otra persona, que sea maldito de Dios y excomulgado, y se lo trague la tierra como á Datán y Abirón, y arda en los infiernos como Judas el traidor, y así están puestas en los privilegios de esta Iglesia de Toledo, la cual tiene muy particulares causas para que V. M. le haga merced de que no se entienda con ella lo de las ventas.

La primera causa es porque el Rey D. Alonso, que ganó á Toledo y fué el que dió todos los vasallos, no lo dió al Arzobispo ni á la Iglesia, sino á Nuestra Señora y en dote (como él lo dice); y si las dotes de cualesquiera mujer son privilegiadas y no pueden ser enajenadas, podrá V. M. considerar si en la persona de Nuestra Señora será justo que su dote esté privilegiada. La segunda es porque siendo esta Iglesia primada de las Españas y estando en reinos tan grandes y opulentos como los de V. M., es justo que tenga mucha autoridad y vasallos como cabeza principal de ellos; que aun el Papa Pio V refieren que dijo que, si en Roma faltase la silla de San Pedro, se podía colocar en estos tiempos en Toledo, y no sin causa, pues por ella y por sus Concilios se ha regido la Iglesia de Dios tantos años. La tercera, por haberla consagrado Nuestra Señora con su presencia cuando bajó á vestir la casulla á San Ildefonso, y haber tenido tantos Prelados santos, abogados de V. M. y otros tan valerosos que sirvieron tanto en las guerras, que merecieron por sus personas que se les hiciese merced de estos vasallos. La cuarta, porque es conveniente cosa que en estos reinos haya Prelado que tenga vasallos y fortalezas y autoridad para resistir herejes y servir á los Reyes en tiempo de necesidad y ser tutores de sus hijos y gobernadores de sus reinos, como siempre lo han sido los Arzobispos de Toledo. La quinta, porque placera á Dios dar á S. M. tantos hijos y sobrinos que quiera ofrecer alguno y hacerle clé-

rigo y á esta santa iglesia beneficio de darle este arzobispado, y en tal caso le pesaría á V. M. haberle desautorizado. La sexta, porque de las rentas de este arzobispado se ha socorrido y socorre á V. M. por estas necesidades con la cantidad que V. M. sabe; por lo cual sería justo que V. M. la salvase de esta otra carga. La séptima, porque el breve que V. M. tiene para estas rentas parece que no habla con la Iglesia de Toledo, pues no sólo excluye las iglesias que estuviesen vacantes, sino también las que carecieren de Pastor hasta que vuelva; lo cual parece que se puso para el arzobispado de Toledo. La octava, porque siendo V. M. más verdadero patrono de esta Iglesia que de otras y estando su Prelado preso y ella constituida en aflicción y trabajo y necesidad del patrocinio de V. M., está V. M. más obligado á favorecerla, ampararla y defenderla. La novena, porque las guerras, peligros y aprietos de V. M. están tan lejos de Toledo que parece que no le toca la defensa y socorro de este arzobispado.

Suplico humildemente á V. M. *per viscera misericordiae Dei nostri*, y de su beatísima Madre, y de los santos á quienes estos vasallos fueron dados, y en nombre de esta santa Iglesia, y de las demás de España, y de toda la república cristiana, que encomiende mucho á Dios este negocio como importantísimo y peligroso, y que lo mande V. M. reverer á personas cristianas desapasionadas, ó si quiere en el tribunal de su pecho y conciencia, sin tener atención de la poca autoridad de quien lo suplica, sino á la razón y religión en que se funda, tomando ejemplo en Alejandro Magno, que yendo con poderoso ejército á tomar las cosas del templo de Jerusalem, le salió á recibir un solo sacerdote revestido, y en viéndole Alejandro, con ser gentil, al punto se apeó del caballo, y le besó la mano, y le hizo adoración, y se volvió sin tocar á cosa del templo, ¡hazaña digna de tan gran Príncipe y Monarca! Y tomando ejemplo en el Rey Dotario de Francia, que teniendo para este efecto el consentimiento de todos los Prelados de aquel reino, aceptó uno que le dijo con gran libertad que, si lo hacía, en breve le quitaría Dios el reino, y á instancia de sólo éste, desistió de ello; y sobre todo esto advierta V. M. que hace gran novedad el quitar á las igle-

sias sus vasallos queridos, no sólo de tiempo inmemorial, sino de cuatrocientos años á esta parte, dados y vendidos en precio de los pecados de los progenitores de V. M. y para patrimonio de los pobres de Jesucristo, en cuya mano consiste más el verdadero remedio de las necesidades que de estas ventas se pueden sacar. Considere asimismo V. M. si teniendo tanta necesidad como se sabe del favor de Dios nuestro Señor y de las oraciones de la Iglesia, si para conseguirlo es seguro camino quitar á Dios y á la Iglesia; ó si será mejor, como suelen hacer todos los cristianos atribulados, darle dones y ofrendas para aplacarle, y salir de las necesidades y trabajos y rematar este negocio con hacer y decir lo que Filipo, Rey de Francia, que disputándose delante de él esta misma materia de tomar la jurisdicción eclesiástica, estando presentes los grandes prelados de aquel reino, y habiendo entre ellos opiniones, concluyó el buen Rey con el dicho de otro Emperador, diciendo que es más de Príncipes aumentar lo que está dado á las iglesias, que quitárselo.

Dios nuestro Señor inspire á V. M. para que como tan gran Monarca estime en poco el dinero de estas ventas, y como tan gran católico Príncipe espere el verdadero remedio de su Dios, que sin estos rodeos y dineros puede darle, el cual guarde y tenga de su mano la real persona de V. M. De Toledo y Junio 15 de 1574.

(Concluirá).

POLÍTICA INTERIOR Y EXTERIOR

Antes de entrar en el asunto comprendido bajo el epígrafe que encabeza estas líneas, permítaseme apuntar aquí una actualidad tristísima por la cual se hallan de luto la ciencia española y la Patria, huérfanas de uno de los hombres que más gloria y valimiento les dieron con sus trabajos admirables y sus virtudes cívicas. Ya se comprende que me refiero á la muerte de D. Federico Rubio.

Pocas veces como ésta pudieran derrocharse las pompas necrológicas en honor del médico ilustre y del ciudadano ejemplar; pero con ser corriente la plétora de encomios al fallecer cualquiera persona de viso, es inútil semejante empresa tratándose del patriarca de nuestra medicina contemporánea.

Por el doctor Rubio hablan sus escritos, de sólida y riquísima doctrina; la falange poderosa de sus alumnos, médicos ya de renombre muchos de ellos, nutridos con la savia exuberante de sus doctas enseñanzas, y sobre todo el Instituto que lleva el nombre de su fundador, monumento admirable y único en su género entre nosotros erigido á la cirugía operatoria.

Cuando baja al sepulcro uno de estos apóstoles de la verdad, que á tantas generaciones presentes y futuras han salvado la vida y que honraron nuestro suelo teniéndolo por cuna, todo español un poco reflexivo ha de sentir el amargo pesar y el hondo desconsuelo que produce el ver la desaparición de un reducidísimo núcleo de veteranos luchadores, los cuales caen desde la encumbrada altura á que les remontó su empuje, dejando muy abajo aún á los soldados de buena voluntad que siguen sus huellas.

*
* *

La política interior del mes último se ha deslizado con la calma y la pesadez de una siesta estival. Alejada de Madrid la atención preferente, por la ausencia de la corte y el interregno en las tareas parlamentarias; ahogada sin duda por los rigores de la estación la voz propagandista de ideales políticos, la prensa únicamente ha sido el campo donde alguna que otra vez han resonado los clarines de la oposición ministerial y donde los problemas no resueltos aún por el Gabinete del Sr. Sagasta, ni en vías de resolverse, han dado razón de vida con alguna frecuencia.

La falta de personalidad y de carácter propio del actual Ministerio se ha reflejado con lamentable exactitud en el viaje regio, que en sí ofrecía simpáticas circunstancias; pero a cual deficiencias incomprensibles en su organización se han encargado de deslucir.

En torno de D. Alfonso XIII, varios consejeros resultaron más bien contrafiguras destinadas al mayor esplendor de las ceremonias palatinas, que gobernantes poseídos de la importancia de su cargo.

La misma indecisión y ausencia de convicciones muéstrase ahora en los incipientes trabajos con que algunos Ministros anuncian su propósito de enmienda.

Las negociaciones con la Santa Sede, torpemente seguidas por nuestros diplomáticos, ocultan, con el artificio del misterio y la ampulosidad de las fórmulas cancillerescas, el vacío de su fondo.

La prolongación del estado de sitio en Barcelona, á pesar de los *meetings* organizados en son de protesta, como el que presidió el director de *El Evangelio*, muestra bien que en la oscilante política fusionista se pone una vela al dios de la libertad y otra al demonio de la represión violenta y arbitraria.

Parece que la nieve de los años que abruman al Sr. Sagasta pesa también sobre sus compañeros de Consejo, entre los que sólo alguno, como el Sr. Rodrigáñez y Conde de Romanones, trabajan con alguna voluntad, aunque el último haya visto más de una vez estrellarse contra montañas de hielo el fogoso ardor de sus entusiasmos juveniles.

Al dar comienzo á los preparativos otoñales de reformas en los diferentes departamentos, hállanse los Ministros cada vez más divididos y agitados por la probabilidad de la retirada de su jefe, á quien la voladora imaginación de nuestros augures ha designado ya multitud de puntos para su residencia y el mejoramiento de su salud entre las más templadas poblaciones del Mediodía. El Sr. Moret, fiel al sistema de equilibrio entre elementos contrarios que aprendió del patriarca fusionista, creíase único posible candidato á la presidencia, y mucho más habiendo ya lanzado al Sr. Canalejas por caminos de franca rebeldía; pero el Marqués de la Vega de Armijo invoca el privilegio de sus años y preséntase como un competidor á tan elevado puesto, con lo cual, si el venerable prócer no desiste de su actitud, gastará el partido gobernante en luchas interiores el exiguo caudal de energías que conserva aún y que debiera ser consagrado á los asuntos públicos.

Condenando este personalismo y esta doblez, se ha dejado oír la voz de D. Francisco Silvela, que reclama la verdad como remedio á todo. Pero la verdad es un *mundo nuevo* para nuestros políticos militantes, y está aún remoto el Colón benéfico que la descubra.

*.
* *

Los últimos días han sido de graves rumores, nada favorables al Gabinete del Sr. Sagasta. El rumor del alzamiento carlista parece tener su origen, como tantos otros, en maquinaciones bursátiles; pero, sin embargo de la desautorización de los primates del carlismo, en las regiones de Cataluña y Valencia agítanse carlistas de algún renombre, como el titulado general Adelantado, y todo indica que el belicoso espíritu de la discordia que durante el siglo XIX ensangrentó los campos españoles no ha plegado por completo la bandera de la tradición, aunque el viento de la libertad, que sopla cada vez con ímpetu más bravío, la arranque poco á poco del firmísimo mástil que la sostenía.

Otro rumor, originado por la extraña venida de nuestros embajadores de Inglaterra y Francia, ha puesto de nuevo so-

bre el tapete la grave cuestión de nuestras relaciones internacionales.

Sin ser un lince en materias diplomáticas, había motivo para sospechar que las mutuas y desusadas finezas cambiadas entre nuestro país y el país vecino, la entrevista de la Reina madre con Mr. Loubet, la acogida hecha en Bilbao á los buques de guerra franceses, la invitación al Príncipe de Asturias para que presenciara las maniobras militares de Tolosa, y más aún, la presencia en Madrid del Sr. León y Castillo significasen movimientos demasiado visibles de aproximación entre las dos naciones latinas.

Queremos creer las protestas del Marqués del Muni, corroboradas por todos los Ministros y no puestas en duda por los más expertos hombres públicos; pero sirva el revuelo que la posibilidad de una próxima alianza ha levantado en la opinión para dar la voz de alarma á los que gobiernan y á los que han de gobernar.

Las heridas de nuestra *debâcle* están demasiado recientes para que el más remoto riesgo de una aventura no haga estremecer de terror al pueblo lacerado. La filosofía de práctico positivismo y el odio á las proezas bélicas de la *leyenda dorada*, desarrollados á raíz del 98, han cerrado con doble llave el sepulcro de D. Quijote, como recomendaba Costa que se hiciese con el del Cid, y han formado el instinto de conservación, la cual, como demostró con la práctica Fernando VI, se basa más en aislamientos dignamente sostenidos que en amistades peligrosas.

*
* *

El Congreso de Gijón ha sido una revista de las fuerzas que puede movilizar el socialismo, y los Gobiernos que más combatan las radicales tendencias de esta secta política no pueden desconocer sus visibles progresos, y la inculcación lenta en las leyes sociales de varios principios de su programa, como la jornada de ocho horas, reconocida ya por muchas sociedades burguesas, algunas de la importancia del Ayuntamiento de Madrid.

En el estado de zozobra y agitación que los afañes reivindicadores han producido en los últimos años entre la masa obrera, el socialismo representa un papel cuya utilidad no puede ser desconocida por las clases conservadoras: es con su doctrina pacífica de la evolución una válvula de seguridad por la cual escapan los reprimidos enconos, los impulsos de acometividad, que de otra suerte engrosarían con sus violencias el poder de los frenéticos libertarios.

En tal sentido no tememos afirmar—distando mucho de hacer profesión de fe socialista—que más debe la causa del orden á los discursos de Pablo Iglesias que á las armas de la fuerza pública.

*
* *

Dedicaré breves palabras á la política exterior, pues el presente artículo se alarga más de lo justo.

Los Generales boers Botha, Dewet y Delarey mantienen viva la atención de Europa con su actitud dignísima, prudente y reservada, como la mantuvieron antes con su intrepidez y heroísmo. El pueblo inglés, que los combatió sañudamente en la guerra, los ha recibido en la paz con la admiración respetuosa que su grandeza moral impone.

No ha bastado al pueblo sudafricano renovar homéricas hazañas en el combate, sino que, después de la paz honrosísima, desea ampliar el número de concesiones referentes á su libertad y á la indemnización de sus pérdidas.

Inglaterra no ha dominado verdaderamente al Transvaal, como deseaba, y, como dice muy bien un escritor versado en las cuestiones sudafricanas, «Botha, Dewet y Delarey van á Inglaterra, no como vencidos á quienes se hace pasar por las horcas caudinas, sino como beligerantes, con los que hay que tratar como mejor convenga mutuamente».

El triunfo del pigmeo contra el coloso parece agrandarse con el transcurso del tiempo.

*
* *

Marruecos, el imperio abrumado por los siglos, y Haiti, la pujante y nueva república, demuestran el aforismo de que los extremos se tocan. La raza vigorosa y omnipotente de ayer

desciende hoy hasta la degeneración y la impotencia más tristes, y el pueblo marroquí, como el otomano, que llevan la empobrecida sangre de aquélla, son campos abiertos para la ambición europea. El Sultán, que parece abrir los ojos á la luz de la cultura contemporánea, lucha con las cabilas rebeldes, representantes de la inmovilidad retrógrada y la enervadora rutina; en tanto que las potencias interesadas en las cuestiones del Mediterráneo esperan gozosas el oportuno momento de la guerra civil para interponer su dominación ó su influencia.

Haiti, nacida hace un siglo como nación independiente, no ha cesado durante todo él de consumirse en luchas intestinas, que repetidas ahora atraen la atención de los poderosos Estados Unidos, siendo un excelente cebo para las actuales ansias de conquista que devoran á los descendientes de Washington.

También la Europa oriental vive en perpetua batalla. El imperio austro-húngaro, aglomeración confusa de distintos pueblos, razas y religiones mal unidos entre sí, muestra sus desigualdades étnicas con los turbulentos actos de violencia cometidos por los obreros y estudiantes croatas en Agram y Platten.

Rusia lleva á su grado agudo la fiebre de la inquietud. Anónimos amenazadores hallados á diario entre los pliegues de la servilleta turban la tranquilidad de Nicolás II; los más altos funcionarios de la policía no están libres del revólver asesino, y el comité revolucionario, cada vez más poderoso, responde con el terror del jacobinismo al terror de la autocracia.

Cúmplese en el vetusto imperio moscovita la ley histórica de reciprocidad, que mide la fuerza de las revoluciones por el poder de las tiranías que las provocan.

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

Le Monde Polynésien, por ENRIQUE MAGER, explorador.— *Un volumen de la Biblioteca de Historia y de Geografía universal, con 32 figuras y algunos mapas 2 francos.*—Librairie C. Reinwald, Scheleicher frères, éditeurs, 15, rue des Saints-Pères.—Paris, 1902.

Curiosísimo es el libro que acaba de publicar Enrique Mager. El incansable explorador, en un viaje de 80.000 kilómetros, ha recorrido la mayor parte de las colonias francesas é inglesas (Egipto, India, Indo-China, Australia, Nueva Zelanda é islas del Pacífico). El libro de Mr. Mager no es sólo muy interesante bajo el punto de vista científico, sino también como un estudio político-colonial. En *El Mundo Polinesio* se halla la solución de problemas considerados como oscuros y se procura desterrar algunos errores generalizados aún entre gente culta. Trátase en los dos capítulos primeros de los orígenes de tierras y pueblos, afirmando que las islas Polinesias nacieron merced al fuego subterráneo, y que los polinesios, como sus hermanos los malanesios y los malgaches, son originarios del Asia. En el capítulo tercero Mr. Mager se ocupa del descubrimiento de las islas Polinesias y de las gigantescas estatuas de 20 metros de altura encontradas en la isla de Pâques: muy amena es la descripción del Tahiti. La parte político-colonial, comprendida en el capítulo cuarto, ofrece un paralelo entre la colonización en Polinesia por los ingleses, alemanes, americanos y franceses, señalando la torpeza de estos últimos y censurando los defectos de su administración. Si Mr. Mager consiguió con sus denuncias hacer salir del Gobierno, en 1889, á un Ministro que no supo defender los intereses de Francia, en España, cuya colonización es mucho peor, sólo hubiera logrado disgustos sin cuento y tal vez sañuda persecución. Recomendamos á nuestros suscriptores la lectura de esta obra, adornada con 32 hermosos grabados y 8 excelentes mapas.

* * *

De mi rincón, por FRANCISCO ACEBAL.—*Precio, 0,75 pesetas.*—*IV volumen de la Colección Calón.*—Salamanca, 1902,

El Sr. Acebal es un narrador fácil, delicado y de exquisito gusto literario. Los cuentos del director de la *Colección Calón* son cuadros reducidos y ligeros, ingeniosos y artísticos, y se hallan escritos con bastante corrección, soltura y colorido. Son de in-

imitable naturalidad y de relevante mérito los intitulados *Un santo*, *Gotas amargas*, *Dos nubes* y *Una comedia nueva*, al paso que despiertan poco interés ó no tienen tanto atractivo *La despedida de la Reina*, *Vanidad de vanidades* y *Río negro*. Y colocados ya en el terreno de la imparcialidad, justo será consignar que *Un santo*, por su fondo y por su forma, es de lo mejor que hemos leído en este género de composiciones.

ALBERTO ORTEGA PÉREZ.

*
* *

LUIS VALERA, *Marqués de Villasinda*.—**Sombras chinescas** (*Recuerdos de un viaje al Celeste Imperio*).—Madrid, establecimiento tipográfico de la Viuda é hijos de Tello, 1902.—Dos volúmenes en 4.º, de unas 260 páginas cada uno, y ambos 5 pesetas.

El hijo del egregio literato D. Juan Valera ha seguido, como su padre, la carrera diplomática, y nombrado secretario de la legación de S. M. en Pequín, cuando ocurrían los dramáticos y terribles acontecimientos de que fueron teatro algunas provincias del Norte del Celeste Imperio en el verano de 1900, se embarcó en Marsella y llegó á Shanghai el 15 de Agosto del referido año. La narración del viaje de Shanghai á Pequín es materia del primer volumen de esta obra, y la descripción y narración de lo que vió y le pasó en la ciudad celeste se consigna en el segundo. Es la primera parte una verdadera odisea, y la segunda, puntualizada noticia de lo que era Pequín después de la insurrección boxer y la ocupación por las tropas de las potencias occidentales.

No se trata en esta obra de darnos á conocer la filosofía, ni la fisiología, ni la psicología del pueblo chino. ¡Nada de eso, gracias á Dios! Se trata de consignar, y se logra cumplidamente, las impresiones personales, y más aún que las impresiones, los hechos presenciados por un viajero ilustrado, y por tales hechos el lector llega á más altas filosofías de las que suelen suministrarle autores campanudos, quienes predicán, las más de las veces, para *el negro del sermón*.

Que el Sr. Valera se pertrechó de erudición para tal viaje, cuando no fuera más que por la misión que allí debía desempeñar, bien se comprende; pero tal erudición no se asoma en su escrito, sino en alguna curiosa nota, y deja el campo libre en todo el texto á la narración del viajero impresionista. La misma misión diplomática que desempeñaba y hubo de poner en sus manos importantísimos documentos, como secretario de la embajada que en China tenía la presidencia del cuerpo diplomático, está olvidada por entero, quizás por guardar el secreto profesional, quizás por no entrar en los planes del autor. El libro, tal como es, resulta amenísimo, muy rico de vocabulario, todo él muy bien parado. No en vano el actual Marqués de Villasinda ostenta el apellido de Valera, que ilustró é ilustra su egregio padre.

Nunca fué el cerrado imperio de China olvidado de los escritores españoles, y si las locomotoras modernas, como dice Pierre Leroy Beaulieu, son los mejores misioneros de la civilización occidental, hay que convenir que nuestras narraciones de viajes han sido el más fuerte ariete para derrumbar la impenetrable y gran muralla, contra la cual se estrellaron tantas misiones martirizadas.

Hermosamente ha inaugurado el joven Valera su personalidad literaria, mostrándonos en la observación, galán en la frase, lleno de amenidad en el estilo, y escogiendo materia en que á la verdad histórica se junta lo fantástico de países lejanos que atraen la imaginación.

* * *

Estudios españoles del siglo XVIII: Luisa Isabel de Orleans y Luis I, por ALFONSO DANVILA.—Madrid, librería de Fernando Fe, 1902.—Un vol. en 4.º menor, de XVI-294 páginas, 3,50 pesetas.

Hace dos años escasamente que D. Alfonso Danvila, muy joven aún, hizo su aparición al público con su abultada obra *D. Cristóbal de Moura, primer marqués de Castel Rodrigo*, estudio histórico-biográfico de verdadera importancia, labrado en gran parte sobre documentos inéditos. La obra no pasó ni podía pasar inadvertida á la crítica y á nuestros inmortales: los periódicos hablaron de ella con el merecido elogio y la Academia de la Historia abrió al Sr. Danvila el portillo de los académicos correspondientes; justa y aun escasa recompensa á quien se presentaba con valer propio y con tan decididos alientos.

Pero el Sr. Danvila, que lo mismo empolva los nacientes bigotes curvando el espinazo sobre vetustos documentos en los archivos, como luce almidonadas pecheras en los círculos más aristocráticos de la corte, pareció que en el último año de 1901 daba al traste con su flamante nombramiento de académico y consagraba su pluma á la buena sociedad madrileña, escribiendo para deleite de la misma dos narraciones de fantasía tituladas *Lully Arjona* y *La conquista de la elegancia*, en que esa misma sociedad había de encontrar no poco de sus propias costumbres, y hasta, á lo que sospechamos, la personificación de algunos de sus tipos. Si, como sospechamos también, fué intento del autor de esas novelas atraer la sociedad que frecuenta á la lectura de libros españoles, tan desdeñados por ella, todos estamos en el caso de agradecer al joven Sr. Danvila tan patriótica empresa.

Los antecedentes apuntados son antecedentes indispensables para conocimiento de la última obra de Danvila. En el estudio histórico de *Luisa Isabel de Orleans y Luis I* se juntan habilidosamente los esfuerzos eruditos del investigador y todas las murmuraciones de corte, y aun de alcoba, que pueden ser aperitivos

á quien por ellos se interesa, y motivos de estudio para el historiador.

Si las *Memorias* de Saint-Simón están muy explotadas en ese estudio, no lo está menos la correspondencia privada sostenida entre Felipe V y sus hijos, y otros documentos de época que el Sr. Danvila ha desenterrado del Archivo Histórico Nacional, para dejar fundamentado sólidamente cuanto expone ó para rectificar á veces opiniones aceptadas. Así, por ejemplo, al tratar de los móviles que guiaron á Felipe V á renunciar la corona de España, rectifica á Sánchez Moguel, ó mejor dicho, rectifica la especie lanzada por Coxe (ya que rectificar á Sánchez Moguel es empresa parecida á averiguar la autenticidad de las medallas de *Garibaldi*), y sostiene Danvila que la idea de la abdicación del trono de España en Felipe V corrió paralela con otras muchas, y no fué sólo dependiente de la idea de obtener el trono de Francia.

Todo lo que á la historia se refiere está expuesto en este interesante estudio como por quien se inició tan brillantemente en este género; pero junto con el trabajo histórico hay otro realizado por el autor de este librito, trabajo en que, aunque explícitamente enunciado, conviene insistir ahora.

En todo parece que el Sr. Danvila se propone reaccionar el espíritu español. «El siglo XVIII, en cuanto á España se refiere, está muy descuidado por nosotros... ¿Consistirá la razón de este olvido y de este desprecio en la carencia de libros españoles entretenidos, amenos y editados con esmero, que consigan excitar la curiosidad del gran público?» El Sr. Danvila no contesta explícitamente con palabras á esta pregunta por él mismo formulada; pero lanza al público un estudio histórico de nuestro siglo XVIII, y con él la descripción de una Reina la más grosera y malcriada que puede imaginarse, citando una á una sus groserías y pintando con vivos colores de realidad sus desacatos á la moral y buenas costumbres.

La pintura de las hijas del Regente de Francia, que como figuras cinematográficas pasan ante los ojos del lector, dejándole impresiones de realidad; el doble matrimonio para afirmar las relaciones entre España y Francia y el viaje de las Princesas; la mutua entrega de las mismas en la frontera; los primeros pasos de Luisa Isabel en territorio español; la despedida de Saint-Simón, regoldada (y *Don Quijote* perdone del vocablo) por la futura Reina; su matrimonio roto con el primogénito de Felipe V y del que sale tan malhumorado el Príncipe de Asturias; el uso exclusivo que de sus propias mujeres hizo el primer Borbón y el abuso á que con las mismas se entregaba; los vaivenes de la política internacional y la intervención de personajes bien conocidos; la simpática figura de Luisa Gabriela de Saboya, que pasa esfumada por el fondo de la narración; la de Isabel Farnesio, políticamente más interesante; los desafueros de Luisa Isabel, sus vastas glotonerías, sus paseos en camisa y excesivas libaciones; la enfermedad de Luis I y la única nota simpática de la joven Reina no

apartándose de la cabecera del lecho, con otras particularidades muy entretenidas é interesantemente unidas al relato, dan á esta obra el doble aspecto de estudio histórico y de murmuración palaciega, polos sobre los cuales había girado hasta ahora, aunque con independencia el uno del otro, la actividad productora del Sr. Danvila.

Este parte del recto criterio de que la Historia no es moral ni inmoral. Pero la justificación que con su firme teoría trata de dar al presente estudio se nos antoja sutil habilidad del escritor para prevenir y disponer los ánimos de los lectores desde la carta prólogo, enderezada al Sr. D. Juan Valera, como si tan egregio novelista no nos hubiera demostrado que está exento de los pacatismos de que maliciosamente y con ingenio trata de prevenir el Sr. Danvila á sus lectores.

Notas biográficas y reproducciones de interesantes retratos, alguno de ellos procedente de colecciones particulares y desconocidas, avaloran la obra que con tanto deleite acabo de leer y por la que felicito sinceramente al Sr. Danvila.

E.

